LUTZ WINCKLER

LA FUNCION SOCIAL DEL LENGUAJE FASCISTA

ariel

LUTZ WINCKLER

LA FUNCIÓN SOCIAL DEL LENGUAJE FASCISTA

Traducción de
ANTONIO PÉREZ-RAMOS

EDITORIAL ARIEL
BARCELONA - CARACAS - MÉXICO

Título original:
STUDIE ZUR GESELLSCHAFTLICHEN
FUNKTION FASCHISTISCHER SPRACHE

Cubierta: Josep Navas

1.ª edición: diciembre de 1979

© 1970: Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main
© 1979 de la traducción castellana para España y América:
Ariel, S. A., Tambor del Bruch, s/n - Sant Joan Despí (Barcelona)

Depósito legal: B. 37.362 - 1979
ISBN: 84 344 0807 4

Impreso en España

1979. – I. G. Seix y Barral Hnos., S. A.
Carretera de Cornellà, 134, Esplugues de Llobregat (Barcelona)

PREFACIO

El presente estudio pretende ser una aportación a la teoría del fascismo. Sus interrogantes apuntan al contenido social de la ideología fascista y su relación con el lenguaje, relación que está mediatizada en lo económico, histórico, institucional, psicológico y semántico. Por ello rechaza la vecina equiparación entre lenguaje y realidad fascistas. Este último no puede explicarse mediante la simple exposición de la lengua empleada. Y la barbarie fascista tampoco se limita al "imperialismo de la palabra", en expresión de Karl Kraus. Sólo una historia de los efectos de la lengua bajo el fascismo podría sacar a luz la verdad parcial de tales equiparaciones. Tal investigación está aún por hacer y el presente trabajo es, cuanto menos, un paso en ese camino. En él se describen típicos marcos estilísticos y su correlato ideológico; analiza la ideología fascista y trata de fijar en ella puntos de arranque para una praxis lingüísticamente dominada. En este procedimiento el método es ahistórico, en la medida en que no presta atención a los factores específicamente alemanes concurrentes en el fascismo. Tan indiscutible puede ser el sentido de tal interrogante, cuanto innegable es, sin embargo, su función, consistente en ocultar esas estructuras económico-sociales cuya supravivencia inhibe eficazmente incluso hoy cualquier renovación del pasado, en la medida que

ésta tendría que pasar de la pura descripción a la praxis.[1] Lo mismo es válido por lo que se refiere al intento de describir la historia del fascismo como la historia de Hitler. Su consecuencia es una deformación de la visión de conjunto, una dudosa personificación de complejas relaciones históricas y sociales.[2] La representación que lo personaliza oculta los factores objetivos del fascismo. Con una clara conciencia de las consecuencias de tal método Wilhelm Reich y Max Horkheimer nos han precavido contra la sobrevaloración del personaje Hitler y contra el análisis aislado de algunos de sus rasgos con respecto a las premisas sociales del fascismo y las estructuras psicológicas de su clientela pequeño-burguesa.[3] Nuestro estudio no lograría su cometido si la limitación impuesta por economía de tiempo sobre el libro *Mi lucha* de Hitler [4] y otros testigos del período del acceso al poder del fascismo, implicase la renuncia a cualquier otro análisis más cabal de las características fundamentales del lenguaje fascista, de sus orígenes sociales y transfondo social y psicológico. A ese respecto puede recordarse que el fascismo de la fase imperialista se ha desarrollado partiendo de su primera forma —de acuerdo también aquí con las propias contradicciones del capitalismo—, que los métodos ya probados en las confrontaciones acaecidas en el interior de sus sociedades ha transformado para uso exterior.[5]

Por mucho tiempo se ha contemplado la ideología fascista como producto casual de desordenadas experiencias y de pensamiento poco ejercitado, como puro vehículo para la lucha de uno solo por conseguir el poder político. Karl Dietrich Bracher la llamó "combinación oportunista de corrientes y susceptibilidades plebeyas".[6] Esta interpretación funcionalista

recibió, mediante la prueba de constantes integradoras en la "cosmovisión" del individuo Hitler, un sensible empuje.[7] En los modos de argumentar, sin embargo, no se ha introducido cambio alguno. Tal interpretación obedece al tradicional precepto de la crítica inmanente de las ideas, a cuyos principios insoslayables pertenece el de la autonomía de los productos espirituales. La crítica de las ideologías en cambio, la cual hace tiempo que ha puesto al desnudo el carácter histórico de tal pretensión, se centra contrariamente en el carácter social de las ideas. Tan sólo así puede con alguna posibilidad de éxito mostrar las "ideas dominantes" como "ideas de la clase dominante" y, al mismo tiempo, contradecir la "apariencia de que el dominio de una clase determinada tan sólo consiste en el dominio de ciertos pensamientos".[8] De tal error sólo nos defiende, como Walter Benjamin pronto reconociera, la solidaridad con los oprimidos.[9] Por ende, tampoco puede existir ningún concepto de ideología fascista que no se derive consecuentemente de su función como instrumento de opresión social, de reacción política y de represión psíquica.

El autor del presente trabajo recibió el estímulo para realizarlo durante sus estudios en el Seminario de Historia de la Universidad de Tubinga en 1964. Los acontecimientos políticos y sociales acaecidos en la República Federal Alemana desde entonces no han dejado de influir en su concepción originaria. De ello da prueba sobre todo el capítulo que sirve de conclusión. En lo demás se ha mantenido el principio de la crítica inmanente, sin ceder por ello la actualidad del estado de cosas criticado aquí.

Expreso mi agradecimiento al profesor Dr. Walter

Jens por su infatigable disposición al diálogo y a la crítica, y por su ayuda científica y humana brindada en todas las fases del trabajo. También a mi mujer por su indispensable asesoramiento en forma y contenido y por su comprensión de "la necesaria y provechosa inaccesibilidad del que trabaja".

FASCISMO, CAPITALISMO Y CRÍTICA DEL LENGUAJE

La crítica del lenguaje de Hitler desprovista de una teoría del fascismo es impensable. La investigación burguesa, a pesar de una plétora de notables estudios monográficos y de conjunto, sólo ha desarrollado esa teoría de forma embrionaria y sumamente tarde.[1] Las causas de tal hecho estriban sólo en parte en la estructura de división del trabajo propia de estas disciplinas, coadyuvando igualmente la hostilidad a toda teoría propia de la ciencia histórica y el eclecticismo histórico-económico imperante en las ciencias político-sociales. Pero mucho más grave resulta el hecho de que la burguesía ha pactado gustosa con el fascismo o, al menos, no le ha opuesto resistencia alguna. Con todo, la burguesía no ha vivido la caída de éste como si fuera la suya propia, el antagonismo de los dos bloques y la restauración social acaecida en el occidente de Europa han conservado pautas de comportamiento político y prejuicios burgueses procedentes del tiempo del fascismo hasta ya bien entrado el período de la postguerra. En el lugar de una teoría del fascismo que, a la vez, fuese autocrítica, apareció la concepción del totalitarismo en clave apologética. Con su ayuda pudieron proyectarse los propios fracasos sobre el "mortal enemigo" comunista. Apuntando a las que, en última instancia, son concordancias formales entre el aparato de dominación fascista

y el aparato de planificación en el socialismo, se ocultaba la profunda continuidad existente entre la estructura y metas sociales y económicas del fascismo y del capitalismo.[2] La investigación y la praxis marxista han adoptado otro punto de análisis. Para esta última la confrontación con el fascismo, ya desde los años veinte, se cuenta entre las más importantes tareas políticas y planteamientos ideológicos. En el curso de la lucha antifascista y sobre los fundamentos de un análisis detenido de las motivaciones sociales, económicas y políticas del fascismo italiano y alemán, ha surgido un compendio de sobresalientes contribuciones a la teoría del fascismo.[3] Frente a las investigaciones burguesas acerca del fascismo y del totalitarismo, que veían en el primero la ruptura con la tradición liberal de la burguesía y con la praxis de la democracia burguesa, la teoría marxista ha subrayado desde el principio el momento de continuidad en ese desarrollo. La conciencia de que el fascismo había surgido como forma terrorista de praxis de dominio burgués y capitalista, engendrado en las contradicciones propias a este sistema, constituyó el punto de partida común de análisis tan diversos como los debidos a August Thalheimer, Herbert Marcuse, Otto Bauer y Arthur Rosenberg.

Posición ideológica y estratégica clave en el interior de la disputa le correspondía al estudio histórico de Marx intitulado *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte* y a la teoría del bonapartismo dimanante de él.[4] En este estudio Marx describe el desarrollo político de Francia tras la Revolución de 1848 y analiza las causas económicas y político-sociales que precipitaron el acceso al poder de Luis Napoleón. En la burguesía, que, por temor a la pérdida de sus privilegios socia-

les, bloquea la democratización real de la economía y la comunidad, veía Marx aquella fuerza contrarrevolucionaria a la vez dirigente y dirigida. Las consecuencias de ese desarrollo obligan a la burguesía, tras pasar por los estadios de agotamiento y descomposición del régimen parlamentario, a proceder a un acto de autorenuncia política y al traspaso de ese poder a las manos de su comprado dictador. Marx lo había formulado así: "Mientras la burguesía declara herético como 'socialista' lo que antes alababa como 'liberal', procede a confesarse que su propio interés le exige zafarse del peligro de ser directamente gobernante; que, para establecer el orden en el país, es menester llevar la calma a su propio parlamento burgués; que, para que su poder social pueda conservarse intacto, su poder político habrá de sufrir quiebra; que el burgués privado puede continuar explotando a las demás clases y disfrutando de propiedad, religión, familia y orden, sólo bajo la condición de que su propia clase se condene junto con las demás a la misma nulidad política; que, en fin, para salvar su bolsa habrá de renunciar a la corona y colgar sobre su propia cabeza esa espada de Damocles que, a su vez, habrá de protegerla".[5]

August Thalheimer descifró el análisis histórico de Marx.[6] Partió de su pensamiento base, a saber, la "independización del poder ejecutivo", e interpretó el deterioro gradual de las instituciones parlamentarias en Italia y Alemania como resultado de un corrimiento de fuerzas más profundo entre las clases antagónicas de la sociedad capitalista. "El bonapartismo, o sea, la independización del poder ejecutivo, es la forma 'final' y a la vez más pútrida del poder del Estado burgués en una etapa después de que la sociedad

burguesa se ha visto peligrosísimamente amenazada por el empuje de la revolución proletaria y después de que la burguesía ha agotado sus fuerzas en el rechazo de este empuje, cuando todas las clases se encuentran anémicas y debilitadas y la burguesía busca su más fortificado atrincheramiento para ejercer su poder social. El bonapartismo es, pues, una forma de poder estatal burgués en las condiciones de guerra defensiva, de trincheras, del nuevo encastillarse de la burguesía contra la revolución proletaria." La "forma fascista del Estado" es una forma de dominio "emparentada de cerca a ese poder [...]. El factor común es la dictadura abierta del capital. Su forma aparencial es la de la independización del poder ejecutivo, el aniquilamiento del poder político de la burguesía y el sometimiento político de los restantes grupos sociales al poder ejecutivo. Sin embargo, su contenido social y de clase es el dominio de la burguesía y de la propiedad privada sobre la clase trabajadora y las demás capas de la comunidad explotadas por el capitalismo".[7]

En la definición de Thalheimer, la cual tiene puntos de contacto con la teoría burguesa en cuanto se pone de relieve el carácter defensivo del fascismo en el plano económico y social,[8] aparece también, junto a la existencia de otras características comunes fundamentales,[9] un número considerable de ulteriores críticas a ciertos aspectos parciales de la concepción de Marx. A éstos pertenece, en primer lugar, la distinción entre contenido social y forma política específica del fascismo.[10] Ésta posibilita a Thalheimer el establecimiento de una recíproca delimitación del régimen fascista en Italia y Alemania; [11] y a la vez, le proporciona puntos de arranque para una gradación dife-

renciadora entre las formas cualitativamente diversas de dominio burgués: desde las propias del gobierno parlamentario hasta, con el fascismo, las de "la dictadura abierta de la burguesía".[12] Aunque podemos reprochar a esta concepción no haber considerado con la suficiente claridad [13] el significado estructural del estrecho maridaje del Estado y la economía en el capitalismo tardío (*Spätkapitalismus*) para la propia teoría y en especial la tesis de la independización del poder ejecutivo, de todas formas su análisis sigue siendo hasta hoy uno de los más ajustados y felices intentos por descubrir con los métodos de la crítica ideológica y social del propio Marx, la relación existente entre el modo de dominio fascista y el modo de producción dentro del capitalismo avanzado. Las reflexiones críticas de Otto Bauer,[14] los estudios históricos de Arthur Rosenberg y el trabajo de crítica ideológica debido a Herbert Marcuse [15] le han dado la razón en lo esencial. Por su parte, la teoría del marxismo oficial y de partido no se detiene en los primeros intentos de teóricos y militantes del marxismo, sino en la definición del fascismo rudamente simplificadora que data de 1935 debida a Georgij Dimitrov.[16] El libro *Fundamentos de historia del movimiento obrero alemán* define el fascismo inalterablemente como "la abierta dictadura terrorista de los más reaccionarios, chauvinistas e imperialistas elementos del capital financiero alemán".[17] El retroceso a ese determinismo unilateral y esquemático [18] dificulta el acceso a la problemática central del fascismo mismo y de su teoría: la problemática de la resolución de las contradicciones primarias (entre la base de masas pequeño-burguesas y la representación de intereses del capitalismo monopolista), y las secundarias (entre el Partido y el complejo

industrial-militar).[19] En el mejor de los casos, lo tiene en cuenta una teoría que concede a la dirección política del fascismo un "cierto peso específico propio", una "más amplia capacidad de tomar decisiones", pero que fundamentalmente se atiene a la predominancia de los factores y las metas económicas a alcanzar.[20]

La historiografía burguesa no tiene en este respecto que contraponer a la teoría marxista más que una enconada polémica. Lo que aquélla agita bajo el rótulo de diferenciación histórico-crítica no puede a veces distinguirse del agnosticismo científico. Quien metódicamente trata las cuestiones atinentes a la estructura económica en el mismo plano que las intrigas personales, las colisiones de intereses periféricos, las miras y conductas de los industriales en cuanto individuos, está simplificando o falseando los problemas.[21] La insistencia obstinada en contraponer capitalismo y fascismo traiciona en el fondo la falta de una teoría económica, como si el fascismo hubiera ocasionado las contradicciones del capitalismo y no las contradicciones capitalistas el propio fascismo, o como si la política de guerra imperialista y la planificación estatal fueran incompatibles con el capitalismo. Más importante que señalar el número de algunos magnates de la gran industria que llegaron a contarse entre los opositores al fascismo es la reflexión de que en Alemania el capitalismo únicamente obtuvo provechos con el fascismo. Mediante la destrucción de controles y posibles contrapesos —del Parlamento, los sindicatos, los socialdemócratas y los comunistas—, el fascismo aceleró notabilísimamente el proceso de la monopolización y la concentración capitalista y aumentó sus beneficios de manera subs-

tanciosa.[22] Max Horkheimer escribía en 1939: "El orden totalitario no es otra cosa sino su predecesor, que ha perdido ahora sus cortapisas". En el fascismo, que ha "salvado la disposición de los medios de producción para la minoría que de forma más decidida había salido de la lucha en concurrencia", veía "la forma adecuada con los tiempos" del propio capitalismo.[23] No puede dudarse que el fascismo no puso en cuestión ni modificó de manera fundamental la estructura económica del capitalismo. El partido fascista y sus organizaciones totalitarias de masas crearon, sin que ellas mismas hubieran podido irrumpir en el campo del poder económico a través de un mercado ahora paralizado, la eficaz garantía para el mantenimiento y ulterior desarrollo de los métodos y fines de la producción capitalista.[24]

Si, sentadas estas premisas, se reflexiona sobre el contenido y funciones de la ideología y propaganda fascistas, no se perderán de vista las precondiciones económicas específicas de esta ideología y el transfondo social de las técnicas de seducción que la teoría del totalitarismo tan robustamente desarrollara. Si Hannah Arendt pudo ver en la construcción de un terrorista "mundo aparencial" la esencia y la meta de la propaganda fascista,[25] correspondió a Schweitzer descubrir la función política de esa "sham ideology": "property legitimacy was transformed into a community ideology the function of which was to disguise the practically unlimited power of employers over economic matters in plants".[26]

Su tarea era, para Neumann, la centrada "in the acceptance and strengthening of the prevailing class-character".[27] Para Marcuse la encaminada "al establecimiento de una sociedad sin clases sobre la base y

en el espacio de la sociedad de clases existente".[28]

La negligencia en la consideración de la función social de la propaganda e ideología fascistas en las investigaciones al uso sobre el totalitarismo [29] está íntimamente relacionada con la incorrecta apreciación de la "masa". Ese "atomizado y aislado individuo",[30] esa masa supuestamente desclasada, la cual constituye para Hannah Arendt el más manipulable objeto de la propaganda, no es, en ningún sentido, la precondición del fascismo, sino en el mejor de los casos, la meta que éste se propone conseguir. El fascismo reclutó su base de masas en esa clase media que sociológicamente podemos describir con exactitud como campesina y pequeño-burguesa.[31] La historia del fascismo en los años treinta es la historia de la irresoluta contradicción entre esa base de masas pequeño-burguesas, el confuso anticapitalismo de éstas y su propia base de poder capitalista y militarista.[32] Tal contradicción constituyó la premisa social objetiva de la propaganda fascista y explica su elevada posición en el interior de aquel sistema a la vez que determina de manera sobresaliente y definitiva, su contenido y métodos. Estos últimos apuntaban a una, a la neutralización y transformación del resentimiento anticapitalista. El cumplimiento de las esperanzas pequeño-burguesas puestas en las transformaciones sociales fue empujado por el fascismo de la realidad política al mundo aparencial de la conciencia, o por decirlo en una palabra: los nacionalsocialistas "realizaron lingüísticamente una revolución social".[33] Paradójicamente la maquinaria propagandística destinada a conseguir una politización total engendró de hecho, sin que a los contemporáneos les fuera fácil apercibirse, la profunda despolitización de todas las clases

sociales. Como hacía notar Neumann de forma justísima: "The modern fascist leader canalizes the unrest in a manner that leaves untouched the material foundations of society".[34] A esas premisas fundamentales que en el fascismo permanecen inviolables o, mejor dicho, negadas, pertenecían ante todo las tradicionales diferencias de clase. Precisamente su aparente superación, que la propaganda fascista celebraba de forma incansable, era la precondición para que éstas se acusasen de manera más pronunciada en la realidad. "La superación de la lucha de clases [...] era en el mejor de los casos una verdad a medias. Bajo el disfraz de la ideología nazi, los grupos tradicionales de la sociedad prosiguieron su lucha como hombres que ocultaban sus enfrentamientos bajo la misma cobertura. Bajo la superficie del aparente saneamiento económico los problemas fundamentales de la sociedad alemana no recibieron solución. Entre capital y trabajadores, entre grandes y pequeños comerciantes, entre industria y agro no se estableció ningún ordenamiento justo." [35]

Si el fascismo, al menos por cierto tiempo, consiguió reducir las contradicciones fundamentales existentes en la base social mediante la manipulación ideológica y propagandística, debió este éxito en parte considerable a la técnica retórica y organizativa de su propaganda.[36] En todo caso, deducir el éxito de tales métodos de forma exclusiva del hecho de que éstos apelaran lingüísticamente al carácter "primitivo y agresivo de las masas", corresponde al nivel propio de la misma argumentación fascista.[37]

Hannah Arendt detectó agudamente "el arte del Führer totalitario" en el hecho de que éste lograra "hallar ciertos elementos apropiados para su ficción

en la realidad aprehensible y usarlos de manera que, desde ese momento, permaneciesen separados de la experiencia asequible al análisis",[38] pero omitiendo nombrar la meta social de tal manipulación, a saber, que, mediante el bloque del pensamiento político (la comprensión por parte de las masas de la mutabilidad de las relaciones existentes), éstas quedasen protegidas contra toda transformación.

Walter Benjamin percibió muy pronto el mecanismo social y la función política de la manipulación de las masas en el fascismo. En su *Pariser brief* (*Carta desde París*), que data de 1936, describe exactamente, tomando como ejemplo el arte fascista, el valor social, psicológico e institucional de las objetivaciones culturales del fascismo, de entre las cuales el lenguaje se habría de convertir en la más significativa:

> El arte fascista es un arte de propaganda. Por tanto, su ejecución se llevará a efecto de cara a las masas. La propaganda fascista, además, habrá de abarcar el conjunto de la vida social. El arte fascista, en consecuencia, no sólo se ejecutará *para* las masas, sino *desde* las masas. De aquí media poco trecho a la suposición de que las masas tienen que ver consigo mismas en ese arte, de que se comunican consigo mismas, de que son como señor en su propia casa: señor en su teatro y estudio, señor en sus películas y en su producción editorial. Todos sabemos que éste no es el caso. En esos lugares domina, antes bien, la "élite". Y ésta no desea que las masas adquieran la comunicación consigo mismas mediante el arte, pues en ese caso tal arte habría de ser un arte de clase, un arte proletario, a través del cual la realidad del trabajo asalariado y de la explotación iría a dar con su justo destino, o sea, el camino de su final. Mas con ello la "élite" se vería dañada.

> Al fascismo le interesa, pues, limitar el carácter funcional del arte de manera que no haya de abrigar temores... sobre algún posible efecto modificador de la posición de clase del proletariado. A este interés artístico y político sirve el "estilo monumental" (*Monumentale Gestaltung*). Y esto lo realizará de forma doble. En primer lugar adula al régimen existente, garante del orden económico, con la lisonja de retratarlo de acuerdo con sus 'rasgos eternos', o sea, de retratarlo como invencible. El Tercer Reich maneja categorías de milenios. En segundo lugar, ordena, tanto al productor de tal arte como a su recipiendario que se muestren a sí mismos como 'monumentales', o sea, incapaces de acciones reflexivas e independientes. El arte fortalece así las energías sugeridoras de su efectividad a costa de sus energías intelectuales e iluminadoras. La eternización de las relaciones existentes se consigue en el arte fascista mediante la mutilación de los hombres (productores o receptores) que podrían modificar tales condiciones [...]. El material que el fascismo utiliza para erigir sus monumentos, que él imagina eternos, es ante todo, ese que se ha dado en llamar material humano. La élite eterniza su dominio en tales monumentos. Y es sólo gracias a tales monumentos que el material humano halla su conformación (Gestaltung). Ante la mirada de los señores fascistas [...] la diferencia entre los esclavos que con bloques de piedra erigieron las pirámides y las masas de proletarios que, en plazas y estadios ante su Führer, forman bloques consigo mismos, tiende a desaparecer.[39]

Lo que Benjamin afirma sobre el "carácter monumental" del arte fascista, sus "rasgos eternos" y la apelación subversiva a los afectos, puede aplicarse al lenguaje y propaganda fascistas de forma absoluta. Puesto que el fascismo no quiere atacar en serio las

relaciones sociales y económicas; puesto que su propósito es el de superar esas contradicciones sólo en la conciencia, pero no en la realidad social; puesto que se erige contra toda razón histórica, contra toda emancipación, se dará el caso de que las cuestiones políticas y económicas siempre tomarán la forma de problemas de propaganda y manipulación. En realidad, en tal instrumentalización de la ideología y la política se impone la politización de los instrumentos. En el fascismo toman cuerpo la propaganda y el terror como medios políticos y forma ideológica de la praxis (que rompe vínculos con toda ideología de carácter emancipador en la práctica). Lo que la fórmula retórica de la "concentración sobre el enemigo" [40] significa en realidad era la aniquilación del "marxista", del "judío".

Asimismo, la propaganda y lenguaje fascistas habrán de ser, por eso, afectivos e irracionales, puesto que "(sólo) puede justificarse por medios irracionales una sociedad que ya no es justificable racionalmente".[41] La crítica del lenguaje tendrá, pues, que descubrir tras la forma retórica el contenido social, tras el afectismo emocional la protesta malusada y reprimida, y, en fin, la opresión política en ese "lenguaje de la violencia".[42] De no hacerlo así la crítica del lenguaje se enreda en contradicciones que no podrá resolver. Querría evidenciar la estupidez del corruptor, pero habrá de acusar de tal estupidez a las masas que éste ha corrompido. Querría declarar reas de sinsentido a estas o aquellas formulaciones pero, en vez de ello, habrá de explicar que el lenguaje empleado, es en su totalidad desatinado y vacío. Un método que impulsa el análisis de las técnicas del engaño lingüístico sin prestar atención al contenido de

lo que entonces se propagaba, acepta tácitamente las condiciones bajo las que la propaganda fascista manejó el lenguaje. Tal método reconocerá impotente la presunta perfección de las técnicas del engaño y la crítica habrá de limitarse a un veredicto moral sobre los "fines" propuestos, que serán ahora los únicos culpables.[43]

No sale más airoso el humanismo abstracto de quienes pretenden que la mejor forma de captar "lo humano" es purificándolo de toda dimensión social concreta.[44] De esta forma, y de acuerdo con Dolf Sternberger, la crítica del lenguaje habrá de reflejar, por una parte, las condiciones sociales de la lengua: "La oposición crítica del crítico de la lengua vale a la vez para el vocablo y para su uso, pero también para las 'relaciones' que en ellos se reflejan".[45] Por otra, aparentemente Sternberger reconoce así sólo relaciones sociales buenas o malas, con dificultad humanas o inhumanas.[46] Puesto que esa humanidad que Sternberger exige no emana de la sociedad real sino de la posición moral asumida frente a ella, la tarea de crear una realidad humana pasará a corresponder con todo derecho al propio lenguaje: "Si el alemán de hoy [...] con sus rasgos ciegos, informes, petulantes, débiles, negligentes y traidoramente inhumanos simplemente resulta ser el alemán propio de su tiempo, ¿acaso no podríamos, valiéndonos de un alemán más articulado, más sencillo, más vivaz, más sociable y más humano, lograr que el 'tiempo' —ese monstruo— dejara su aberrante camino y volviera a la propia senda? Si hoy el lenguaje es el 'propio del tiempo', intentemos, pues, que mañana sea el tiempo quien esté a la altura del lenguaje!" [47] Sternberger le exige al lenguaje lo que éste no puede dar.[48]

El *Diccionario de lo Inhumano* (*Wörterbuch des Unmenschen*), concebido bajo el lema "la corrupción del lenguaje es la corrupción del hombre",[49] traiciona por tanto a pesar de algunas observaciones pertinentes diseminadas aquí y allí, una sospechosa e incorrecta interpretación del lenguaje fascista en su conjunto. Sus autores, Storz, Sternberger y Süskind quieren leer en el lenguaje, de forma inmediata, el proceso de la "masificación" y "cosificación" del hombre, o sea, remitiendo éstas a objetos lingüísticos, cual la depravación del estilo. Sin embargo, en parte alguna constatan tales procesos en la realidad del Tercer Reich.[50]

Todo esto apunta a un dilema fundamental evidenciable en la confrontación científica con el fascismo. Puesto que éste evita generalmente todo tipo de reflexión sobre las premisas sociales no sólo del fascismo sino de la propia posición, esa investigación se verá detenida en el estadio o bien de una crítica moral aleatoria o bien de una mitificadora duplicación —como ha puesto de manifiesto W. F. Haug— [51] de lo que ella pretende destruir. Precisamente en esas investigaciones críticas sorprende la afinidad lingüística con el fascismo. Viktor Klemperer, cuyos estudios en este campo siguieron inmediatamente al fascismo mismo, nos habla sin remilgos del "veneno" [52] y del "contraveneno" [53] lingüístico y espiritual. A los acontecimientos políticos él les da nombres como "enfermedad", "infección", y "epidemia" en el "cuerpo social alemán".[54] Al fascismo lo denomina "una enfermedad específicamente tudesca, una degeneración cancerosa de la carne",[55] y, en otro lugar, una "degeneración del ser alemán".[56] Tampoco tiene inconveniente en hablar de una "enfermedad de la lengua",

de "epidemias del idioma" o, simplemente, de un "tumor".[57] Su veredicto definitivo sobre el fascismo —a saber, que éste constituye "la monstruosa reacción, el absoluto retroceso a los comienzos de la humanidad, los propios y primarios de un animal depredador"— [58] traiciona en primer lugar el juicio del burgués "formado" (*Bildungsbürger*) y del científico que se siente herido e inseguro.

Cornelia Berning por su parte ve en el "biologismo" "la expresión de un nihilismo absoluto que eleva a supremo principio metafísico los conceptos primitivos y puramente terrestres de Raza, Sangre y Suelo".[59] Si se piensa que aquí "raza" se coloca más o menos en el lugar de "clase" y de "lucha de clases", se verá cómo de esa definición presuntamente crítica del fascismo brota una enfática tramoya imitativa de la misma propaganda fascista. Tampoco pueden pasarse por alto definiciones de tan errado cuño como "biologismo negador del espíritu" y "dignidad de la personalidad (espiritual) humana".[60] Como meta del fascismo Berning señala simplemente el "enloquecimiento y desarme del espíritu".[61] Incluso lo "inhumano", que daba título a las investigaciones de Sternberger, Storz y Süskind, desenmascara aún más la posición de sus autores. Los esfuerzos de éstos en el plano lingüístico por aclarar el sentido concreto de tal palabra,[62] no pueden ocultar que la misma es tan abstracta, tan vacua y también tan agresiva como era la de "judío". Esta afinidad, que de cierto es involuntaria, salta a la vista en formulaciones como la siguiente: "De la simiente esparcida de un monstruo surgieron mil pequeños monstruos, y aquel único ser inhumano total sigue viviendo en esos miles de pequeños seres inhumanos particulares".[63]

La crítica de la lengua que sirve a su objeto despreocupándose del lenguaje mismo apenas si podrá desentrañar el fenómeno del lenguaje fascista y su función social. Poco prometedor parece asimismo el intento de Karl Kraus de minimizar polémicamente la cuestión acerca de la verdad de lenguaje e ideología fascistas apuntado a la mendacidad de sus predicadores.[64] Mentira en un sentido mucho más fundamental que el que Karl Kraus brillantemente le atribuye era ya el lenguaje fascista con anterioridad a toda manipulación y apuntando a la realidad que él mismo contenía: a saber, la realidad del lenguaje fascista consiste en el silenciamiento de la realidad social. Únicamente de esa manera podía el lenguaje convertirse en instrumento de una praxis que —desprovista de todo control que pudieran ejercer en este momento las masas despolitizadas— se entregaba impune a sus "propias" leyes. La historia del fascismo en todas sus fases traiciona las contradicciones de la praxis capitalista, la cual, aparentemente abandonada a sí misma, se volvía en contra de sí y de cuantos dominaba. Con este telón como fondo se insinúa bien la impotencia de ese pensamiento, ya falto de bríos, que se ofrecía a sí mismo con el nombre de "cosmovisión" (*Weltanschauung*) y que sin embargo sabía que este mundo no está ahí para ser visto. Aun en la reiterada capacidad de adaptación y carencia de contenido de la ideología fascista [65] se manifiesta la abdicación de aquella dialéctica de la utopía teórica y de la abstención concreta, que señala toda verdadera ideología, a favor de ritualizadas formas de afirmación de una cosmovisión, que merced a su duplicación lingüística salvaguardaban la facticidad de todo posible ataque. Herbert Marcuse fue quien primero recono-

ció y describió con exactitud esa inversión de la ideología de su función creadora de ilusiones a destructora de éstas: "Ésta [la ideología fascista] nos muestra de forma inmediata lo que existe, mas con una inversión radical de los valores; la infelicidad se convertirá en gracia; la necesidad en bendición, la miseria en destino, y a la vez la búsqueda de la felicidad, de la mejora material, se convertirá en pecado e injusticia".[66]

El fascismo se sirvió del lenguaje y la ideología en primer lugar, para conseguir una regresión de la conciencia política. Con ayuda de los instrumentos de formación de la opinión política y del terror en ese campo [67] trató aquél de erigir formas aparenciales de discusión pública en lo político que permitieran a las clases sociales desprovistas de privilegios reconciliarse con su auténtico lugar en la sociedad. En la fase del capitalismo monopolista por un lado y de los grandes movimientos marxistas de masas por otro, las masas ya no podían ser excluidas del poder por la mera supresión sino sólo mediante la transformación del ordenamiento público, o sea, por obra de su despolitización en la conservación aparente de sus organizaciones. A ello se une la "progresividad", observada por Marcuse, de la ideología fascista.[68] Ésta no puede negar los condicionamientos históricos a los que debe su encumbramiento. A cada una de sus declaraciones se adhiere como un elemento más esa revocada emancipación. Tarea de la crítica del lenguaje ha de ser, por tanto, "descifrar" en el incondicional abandono de la reflexión sobre los males del presente las huellas de aquellas "protestas deformadas".[69]

Nada sería más inexacto que concluir de todo ello la presencia de esa dialéctica de la renuncia de la pra-

xis y de las promesas enfáticas de libertad, que, según Horkheimer, pertenecen al propio ser de los movimientos de liberación burguesa y a su retórica política.[70] El proceso de la cada vez mayor interiorización, a través del cual conocemos a ésos, [71] se quiebra en el fascismo de manera violenta y se le proyecta hacia el exterior: la meta no es la espiritualización de los "deseos brutales" sino la idealización del instinto y la mistificación de la brutalidad.

La regresión ideológica y psíquica se fusiona con las transformaciones profundas acaecidas en el carácter social de las masas sometidas en el capitalismo tardío. La irracionalidad, el miedo y la agresividad manifiesta son las formas más importantes de esta transformación, que dimana de la total sumisión del individuo a las formas específicas de producción social y de reproducción en ese período.[72] El sometimiento se logra en parte de manera inmediata, gracias al proceso de producción y de consumo, y en parte de manera mediata en virtud de la estructura familiar y la moral sexual.[73] Ambos modos de represión, de forma consciente o inconsciente, fueron empleados por la teoría y la práctica fascista. El descubrimiento de tal proceso, tarea que es propia de la crítica del lenguaje, rebasa las fronteras de un análisis gramatical. La crítica del lenguaje precisa superar esa represión sobre el lenguaje mismo hasta el campo de la liberación psíquica y social.

LENGUAJE Y PROPAGANDA: "MI LUCHA"

> Yo permanecía escéptico ante estos embarazosos, intranquilizadores incidentes en los que un individuo 'se enajenaba de sí mismo'. ¿Frente a qué? Poco después se evidenció que aquéllos sólo se habían liberado de la gramática y no del capitalismo.
>
> BERTOLT BRECHT

1. BIOGRAFÍA ESTILIZADA

Mi lucha, que totalizó cerca de diez millones de ejemplares y se cuenta entre los libros más difundidos de todos los tiempos,[1] debió de ser leído por un número relativamente escaso de lectores. Sobre todo en el período que se extiende desde 1925, o sea, cuando tuvo lugar la aparición del primer tomo, hasta 1932-1933, que fue cuando el número de ediciones se disparó, es posible hablar adecuadamente de *Mi lucha* como de "máximas inadvertidas de Hitler".[2] La causa de tan escasa popularidad en un principio, incluso en una época en la que su autor ya no era ningún desconocido, podría deberse, entre otras razones, a que el contenido del libro no correspondía a lo que de su título cabría esperar: no revelaba ni la evolución de un individuo ni los motivos personales del político Hitler. Los títulos de algunos capítulos

—tales como "En el hogar paterno", "Las experiencias de mi vida en Viena", "Munich", "La iniciación de mi vida política", "Nuestra lucha en los primeros tiempos", "La importancia de la oratoria", "La lucha contra el frente Rojo"— nos engañan. *Mi lucha* es cualquier cosa menos una biografía. Precisamente allí donde Hitler aparentemente ofrece algo personal, lo está al mismo tiempo ocultando. Así, y de acuerdo con el competente juicio de Maser, los años transcurridos en Viena están "globalmente falseados".[3] Ante todo, no es cierto, como el propio Hitler afirma y después Kubicek y Jetzinger referirían,[4] "que su estancia en Viena había sido el vegetar sin meta de un asocial mendicante, entre ladrones y vagabundos, entre elementos degradados y fracasados".[5] Como recipiendario de una pensión de huérfano y de considerables donativos por parte de algunos parientes, Hitler no hubo de sufrir ninguna necesidad en Viena.[6]

Por consiguiente, las indicaciones autobiográficas de Hitler no sólo son indignas de crédito, sino que están internacional e inequívocamente adaptadas a los círculos temáticos más importantes que se habían de tratar.[7] Así Hitler relaciona su búsqueda de trabajo en Viena con sus desavenencias con los socialdemócratas (pp. 40 y ss.); sus vivencias del tiempo de la guerra sirven como fondo para la representación de los métodos de propaganda fascista y la pintura de la revolución de noviembre; (pp. 193 y ss.; pp. 205 y ss.); impresiones personales aparecen diseminadas en partes programáticas en los capítulos intitulados "Las causas del desastre" (pp. 245 y ss.) y "La nacionalidad y la raza" (pp. 311 y ss.).[8] En ninguna parte se evidencia el intento de una integración de experiencias, susceptibilidades y metas personales con las experiencias

suprapersonales y los programas políticos, con las condiciones sociales ya predeterminadas. Inconexos y simplificados reflejos de experiencia personal penetran de forma inmediata en el entorno que va siendo descrito, o, mejor dicho, en lo que entonces es objeto de crítica. De esta suerte, la que conscientemente es una biografía mutilada refleja sin pretenderlo una realidad también mutilada. En lugar de experiencias vivas encontramos modelos estereotípicos, mediante los cuales objetos asimismo diversos aparecen como siempre idénticos: como partes constituyentes de un mundo antagónico, hostil, el cual provoca siempre en el espectador las mismas reacciones de inquietud, terror y odio torturantes, pero también de admiración incontrolada. Quizá son las reacciones pintadas por Hitler en su propia evolución como antisemita las que de forma más insistente se han evidenciado. Hitler se siente, en primer lugar, "indigno", "irritado" (p. 57), se le "sube [...] la sangre a la cabeza", "lo siente en los nervios" (p. 58); viene después la descripción de la lenta transformación en antisemita: la "más dolorosa transformación de entre todas" (p. 59), la "interna lucha anímica, la lucha que duraría meses, la amarga lucha" (p. 59); "la renovada pregunta" (p. 59), la "nueva duda", el "temor" (p. 60), la "inseguridad" (p. 60), para encontrarnos después con el "conflicto definitivamente superado" (p. 60); más adelante aparecen ya los denuestos: "inmundicia, desvergüenza" (p. 60), "pestilencia espiritual" (p. 62); después aparece otra vez "un ligero escalofrío" (p. 64), "después volvió a cobrar fuerza" y "una larga lucha anímica (encontró) [...] su conclusión" (p. 64), "comencé a odiar" (p. 67). Eso es todo: la "mayor revolución [...] que yo había realizado en mi interior"

(p. 69); y su resultado: la transformación "de un débil cosmopolita en un antisemita fanático" (p. 69). Sin embargo, otra vez "me venían a la mente en la más profunda angustia pensamientos que medrosamente me impresionaban (p. 69); otra vez se suceden los interrogantes (p. 69), a los que, sin embargo, el "destino" responde con sentencioso *pathos* (p. 69): "Si el judío vence [...], su corona será la corona funeraria de la humanidad [...]. Al enfrentarme con el judío, batallo por la obra de Dios" (pp. 69-70). Muy parecidas son las reacciones de Hitler frente al Parlamento, la guerra mundial, la revolución de noviembre y la república de Weimar; [9] parecido también en la exagerada aprobación es su juicio sobre los pangermanos, sobre Alemania.[10] El pensamiento que se oculta tras de tales efectismos comporta abiertamente rasgos mágicos: éste proyecta sus propios deseos, esperanzas, temores e impulsos sobre el mundo circundante. Ahí dominan el egoísmo y el odio; las pasiones, la rabia y la indignación,[11] el fanatismo y la intolerancia, la lucha y la decadencia; [12] "la brutalidad rapaz" (p. 354) del "judío parásito de los pueblos" es "insaciable".[13] Por necesidad Hitler ignora en la pretendida "brutalidad activista" (p. 596), en la "brutal decisión" (p. 413) del enemigo marxista, el substancial contenido que maduró en el marxismo de perseverar en esos ideales de emancipación que el fascismo cínicamente traicionaba.

Crítica abstracta

Si el lenguaje no puede distinguir entre la motivación personal de la experiencia y lo que objetiva-

mente está transmitiendo, fracasará del todo a la hora de delimitar conceptos tales como descripción, crítica y programa. Nada posibilita a primera vista mejor el enjuiciamiento de la ideología fascista en cuanto contradoctrina [14] como mostrar el lugar preponderante que la crítica —ante todo en las formas del ataque y la calumnia— ocupa en *Mi lucha*. Hitler critica el Parlamento austríaco (pp. 80 y ss.), las instituciones democráticas y la democracia misma (pp. 409 y ss., p. 498), la política de las nacionalidades debida a los Habsburgo (pp. 100 y ss.), los sindicatos y la socialdemocracia (pp. 48 y ss.), la propaganda bélica alemana (pp. 193 y ss.), la política de alianzas de la Alemania anterior a la guerra (pp. 138 y ss.) y posterior a ella (pp. 684 y ss.), el arte moderno (pp. 282 y ss.), el marxismo (pp. 69 y ss., 675 y ss.). A partir de esa crítica es como se desarrolla el programa. De esta suerte las frases retóricas de la propaganda fascista se juntan a la crítica de la propaganda de guerra (pp. 193 y ss.), de la crítica de las "enfermedades de la civilización" se desarrolla el programa de la política familiar y sanitaria fascista (pp. 311 y ss.); de la crítica de la civilización y cultura modernas se obtendrá la exigencia de una "idea moral del Estado y de la Cultura" (p. 279); de la crítica del Estado de los Habsburgo, el plan del "Estado racista (*Völkkisch*) y nacional" (pp. 425 y ss.), de la crítica de la educación burguesa, la educación nacional socialista (pp. 451 y ss.), de la de los partidos democráticos, el "movimiento de lucha" (pp. 504 y ss.) y, finalmente, de la organización marxista, la organización fascista (pp. 46, 186 y ss., 414, 422, 596). En cada uno de estos puntos, sin embargo, el programa también puede ofrecer argumentos para la crítica. Así las concepciones sobre la personalidad y el

caudillaje son las que provocan la crítica de Hitler al Parlamento (pp. 85 y ss.), al marxismo (pp. 498 y ss.) y a la educación (pp. 258 y ss.). Aparezcan como aparezcan, esas relaciones, crítica y programa se entremezclan y confrontan de forma inmediata: lo incompatible se aúna en una frase y para la mirada inexperta permanece como indistinguible. Con su sintaxis Hitler lleva a cabo, cómodamente, tales sincopaciones de los modos de pensar: "Una concepción del mundo plena de infernal intolerancia puede ser aniquilada ahora por una idea animada del mismo espíritu, forjada por la misma fortísima voluntad y que, sin embargo, es en sí misma nueva, verdadera y pura" (pp. 506-507), o bien: "En un tiempo [...] en el cual un bando está provisto de todas las armas de una idea, por más que ésta sea mil veces criminal, y se lanza al ataque del orden establecido, sólo puede el otro bando ofrecer perenne resistencia cuando él mismo se viste con ésta en la forma de una fe nueva y, en nuestro caso, política, y cambia el santo y seña de una defensa cobarde y débil por el grito de guerra de un bravo y brutal ataque" (p. 414).*

La sincopación del modo de pensar no resulta en última instancia del hecho de que el lenguaje ya no describe y critica, sino que transmite decisiones ya formuladas y ejecuta juicios ya pronunciados. De este modo, la biografía, la descripción, la crítica y el programa desembocan en la figura estilística de la denuncia cuyo correlato social es la manipulación, la dominación y el intento del fascismo por convertir la política misma en dominación y ésta en persecución.

Según Werner Maser, el libro *Mi lucha* "siguió siendo, hasta su última edición, una abierta recopilación de los discursos de Hitler agrupados asistemáticamente".[15] Este resultado retórico coincide con las noticias que obran en nuestro poder sobre el origen del libro. Según éstas, Hitler procedió, provisto de escuetas anotaciones, a dictarlo de viva voz, que a menudo se elevaba hasta romperse en estallidos apasionados. Las partes ya concluidas se presentaban por la noche a un círculo de "fieles" ampliado por la presencia de más presos, y allí comprobaba según sus reacciones la eficacia y la forma del texto.[16] Hasta qué punto el lenguaje de Hitler siguió siendo, aún en su versión escrita, lenguaje hablado, lo demuestran las alteraciones estilísticas del manuscrito llevadas a cabo por Rudolf e Ilse Hess. En primer lugar se suprimieron coletillas retóricas del tipo "ahora bien", "pero", "así pues", "entonces", "sí", "al contrario", así como gran número de signos de admiración; algunas expresiones de denuesto fueron en ocasiones eliminadas o, a veces, edulcoradas.[17] Con todo, el carácter fundamentalmente retórico-propagandístico de la obra se conservó, a pesar de esas alteraciones marginales. Dada la experiencia de su propia ascensión y la de su partido, Hitler propendía a una sobrevaloración de la propaganda [18] y pregonaba "que todo movimiento grande acaecido sobre la tierra debía su crecimiento a los grandes oradores y no a los grandes escritores".[19] El hecho de que dejara constancia por escrito de sus opiniones políticas, no se contradice con la precedente afirmación. Antes bien, Hitler elevó su fe en la revolucionaria fuerza explosiva del discurso,

en la "mágica fuerza de la palabra hablada" (p. 116), al rango de principio estilístico de su libro. Hasta en la propia argumentación política y "cosmovisional" traiciona su lenguaje la fuerte influencia de aquellos medios retóricos, de los que, en su opinión, el discurso político no podía prescindir: "La eficacia sobre las grandes masas, la concentración en pocos puntos, la incesante repetición de éstos, consciente y segura de su versión del texto en las formas de una afirmación apodíctica, enorme insistencia en la ampliación de lo dicho y paciencia a la hora de esperar su efectividad" (p. 402).

Los pasajes moldeados retóricamente se encuentran por lo general en los giros decisivos de la argumentación. En ellos el método es siempre el mismo: un conjunto de preguntas retóricas resume las observaciones en la mayoría de los casos dispersas en multitud de lugares, en la forma de una sincopación estilizada de manera tópica y desafiante. El fragmento en cuestión concluye entonces con una aseveración lapidaria, láconica y concentrada, por lo general a modo de ley superadora de toda experiencia y de toda discusión. En ese nivel se retomará la argumentación y se proseguirá en el estilo acostumbrado. El ejemplo más sobresaliente lo encontramos en el tercer capítulo, intitulado "Reflexiones políticas sobre la época de mi permanencia en Viena".* En él, Hitler describe los "vicios" de la monarquía austro-húngara y desarrolla circunstanciada aunque a la vez plásticamente su experiencia personal en el Parlamento vienés. Tal punto, en el cual estas impresiones persona-

* Título con el que figura en la traducción "oficial" española. [*N. de T.*]

les y en máximo grado parciales se ven elevadas al rango de reflexión fundamental sobre el Parlamentarismo, se marca mediante una aceleración en el tiempo de las frases, elaborado a través de un complejo de 21 interrogaciones:

> Lo que al principio mayormente me preocupaba era la visible carencia de responsabilidad de un único individuo.
>
> El Parlamento toma cualquier decisión, por más fatales que sean sus consecuencias; mas nadie asumirá la responsabilidad de esos actos, nadie se verá obligado a rendir cuenta. Pues, ¿por ventura significa exigir responsabilidades cuando, tras una catástrofe sin par, el gobierno culpable se limita tan sólo a dimitir? ¿O cuando la coalición se cambia o el Parlamento se disuelve?
>
> ¿Acaso puede hacerse siquiera responsable a una vacilante minoría de hombres?
>
> Pues, ¿es que la noción de la responsabilidad no está ligada a la persona?
>
> ¿Puede, empero, hacerse responsable al dirigente de un gobierno de acciones cuyo desarrollo y ejecución han de adscribirse exclusivamente a cuenta de la voluntad y propensión de una muchedumbre?
>
> O: ¿no se verá la tarea del estadista rector, en vez de en el nacimiento del pensamiento o el proyecto creador en sí mismos, mucho más en el arte de conseguir hacer inteligible la genialidad de sus planes ante un hato de cabezas huecas para mendigar después su benevolente aprobación?
>
> ¿Es éste el criterio del estadista, el que posea el arte de la persuasión en medida tan alta como la de la pericia adecuada a su puesto para trazar grandes líneas rectoras y tomar decisiones?
>
> ¿Se prueba la incapacidad de un caudillo por el hecho de que no consiga ganar para una determi-

nada idea a la mayoría de ese hato de gentes conglomeradas por medios más o menos limpios?

Pues ¿acaso ese montón de gentes ha entendido, aunque fuera una sola vez, una idea antes de que el éxito de ésta hubiera sido ya el anunciador de su grandeza?

¿Acaso no son todas las ideas geniales que vemos en este mundo la palpable protesta del genio contra la indolencia de la masa?

¿Qué debe hacer el estadista que no consigue ganarse con lisonjas la complacencia de ese hato de gente para sus planes?

¿Tendrá por ventura que comprarlo?

¿O bien, en vista de la estupidez de sus conciudadanos, deberá renunciar a la ejecución de esas tareas que él reconoce como necesidades de la vida misma y retirarse, o, por el contrario, deberá permanecer?

¿No se manifiesta en tales casos el verdadero temple en un conflicto insoluble entre conocimiento y resolución o, mejor dicho, sinceridad de acción?

¿Dónde está aquí la frontera que separa el deber con respecto a la generalidad del deber con respecto al honor de la persona?

¿No debe vetarse todo auténtico caudillo el verse degradado a convertirse en mercachifle político de esa manera?

¿Y, a la inversa, tiene que sentirse cualquier granuja llamado a chapuzar en politiquería, dado que él no va a ser nunca el último responsable, sino algún indefinido hato de gentuza?

¿Por ventura tiene nuestro principio de mayoría parlamentaria que conducir a la demolición del pensamiento del caudillo?

¿Se cree, empero, que el progreso de este mundo surgió del cerebro de las mayorías y no de las cabezas individuales?

¿O estima alguien que pueda prescindirse para el

futuro de esta premisa de la cultura humana?

¿No parece acaso esa premisa hoy más necesaria que nunca?

El principio parlamentario de la mayoría, al rechazar la autoridad de la persona individual y colocar en su lugar el número del rebaño que corresponda, peca contra el fundamental pensamiento aristocrático de la naturaleza [...] (pp. 85-87).

Una consideración más ceñida nos permite distinguir tres niveles en la argumentación, regido cada uno por una pregunta dominante: ¿no está acaso la idea de la responsabilidad ligada a una persona individual?

¿Por ventura no es cada una de las acciones geniales que acaecen en este mundo la palpable protesta del genio contra la indolencia de la masa?

¿Es que nuestro principio de mayoría parlamentaria no conduce a la demolición de la idea del caudillaje?

En torno a cada uno de estos interrogantes se agrupan, amplificándolos de manera tautológica, de cinco a seis preguntas. Todo el pasaje desemboca, pues, en la apelación al "fundamental pensamiento aristocrático de la naturaleza".

Los medios lingüístico-retóricos: el planteamiento de lo preguntado se va mutando insensiblemente. El punto de partida: ¿cómo puede garantizarse la responsabilidad en la vida política?, se metamorfosea en el siguiente interrogante: ¿cómo puede esa persona individual, el "gran estadista" protegerse de su responsabilidad frente a la "masa"? Formulado en hipérbole: ¿cómo puede afirmarse la gran obra en contraposición a esa última? Y, en conclusión, este paso final: ¿cómo se defenderá la idea del "caudi-

llaje" frente al "principio de la mayoría"? La argumentación conduce así al polo opuesto de su punto de partida, o sea, la prueba revela esa contraprueba a la que desde el principio se apuntaba: no es el control de la responsabilidad, sino la arbitrariedad de la irresponsabilidad, no es la defensa de la masa frente a la arbitrariedad, sino la rendición inerme de aquélla ante ésta. Eso es lo que se manifiesta en esas preguntas encabalgadas. La interrogación acerca de la arbitrariedad constituye desde el principio únicamente el subterfugio mediante el cual podrá proclamarse sin peligro alguno el principio del caudillaje: las masas sometidas a la responsabilidad de éste se convierten bajo su mano en "vacilante mayoría", en "montón de individuos", en inabarcable conglomeración. El arte consiste en que lo que desde el principio se postula, a saber, la superioridad del caudillo con respecto a la masa, la de los dominantes con respecto a los dominados, parece ahora ponerse en cuestión, y, con ello, el argumento se aferrará de manera tanto más fuerte a la arbitrariedad de ese "principio aristocrático fundamental de la naturaleza". La argumentación, en su conjunto, es tautológica y se basa en antagonismos de frase que también lo son, a saber: el individuo – la masa; la vacilante mayoría – el individuo; el individuo dirigente de un gobierno – la pluralidad de individuos; el estadista rector – el hato de cabezas huecas; el arte de la persuasión – la habilidad del estadista; el caudillo – la mayoría de un conglomerado amorfo; la inmarcesible obra de un genio – la indolencia de la masa; el estadista – el favor del populacho; la estulticia de sus conciudadanos – el caudillo veraz; el mercachifle político – el inabarcable conglomerado; el cerebro de las mayorías – las

cabezas individuales; la autoridad de la persona – el número del populacho respectivo.

El conjunto de estas contraposiciones es un circunloquio de una contraposición única, a saber, la existente entre el caudillo fascista y el principio de mayoría parlamentaria. El propósito de Hitler en este lugar apunta únicamente a la "denostación", al "amartillamiento" de tal estereotipo. El tránsito que va de la experiencia personal a la ley incontrovertible parece hacerse problemático por medio de preguntas retóricas, mientras que, gracias al subversivo corrimiento de los interrogantes, a la repetición y variación de lo repetido, se logra retomar tautalógicamente la intención del punto de partida, en pensamiento y estilo, y proclamarla desde un plano superior.

Otros ejemplos confirman este modo de proceder: la aparente problematización, el desplazamiento de los interrogantes, la afirmación del punto de partida, o del de llegada, por medio de la repetición y la variación del mismo reproche. El cometido de esa manera de argumentar se desplaza en la dirección de la denuncia, la provocación y la acción. El interés, excitado y decepcionado a la vez en virtud de esas preguntas retóricas, se transforma ahora en agresión. Tal es el carácter que asume siempre la argumentación, acompañada de aseveraciones sobre la prensa, el marxismo, y la república de Weimar.

Valgan a este respecto dos ejemplos. El primero está tomado del capítulo décimo del libro I "Las causas del desastre". A raíz de la discusión de los síntomas de decadencia de la Alemania guillermina, Hitler se refiere repetidamente al "monstruoso" poder de la prensa (pp. 262 y ss.); sin detenerse en una prepara-

ción detallada de su argumento, pasa a exigir: "Rigurosamente y sin contemplaciones, el Estado tiene que asegurarse este poderoso medio de la educación popular" (p. 264). La justificación se presentará, sin embargo, después. Diez preguntas concatenadas problematizan la afirmación inicial. El terreno de juego se estrecha de antemano mediante la bien calculada contrastación entre prensa nacionalista y prensa pacifista:

> ¿Qué primicias entregó al pueblo la prensa alemana de la anteguerra? ¿No era acaso el más espantoso veneno que se pueda imaginar? ¿No se emponzoñó en un momento el corazón de nuestro pueblo con el más horrendo pacifismo, de forma que el otro mundo ya se disponía a destruir Alemania de forma tan lenta cuanto segura? ¿No había imbuido esa prensa, durante la paz, en el cerebro del pueblo dudas con respecto al derecho del propio Estado para así de antemano limitar la elección de los medios adecuados a su defensa? ¿Acaso no era la prensa alemana la que se ocupó de hacer apetecible a nuestro pueblo esa aberración de la "democracia occidental", hasta que éste, en fin, llevado por todas aquellas entusiastas rapsodias, creyó que podría confiar su futuro a una unión de naciones? ¿No coadyuvó a conducir a nuestro pueblo a una mísera falta de moral? ¿No hizo risibles a la moral y las buenas costumbres, apostrofándolas como atrasadas y provincianas? ¿No lo hizo hasta que nuestro pueblo se convirtiera en "moderno"? ¿No había, con su prolongado ataque, socavado los cimientos de la autoridad estatal hasta que un solo golpe bastó para que todo ese edificio se viniera abajo?

Hasta el final se siguen esas preguntas típicas y esas acusaciones concatenadas: "Finalmente, ¿no fue

esa misma prensa la que desacreditó al ejército mediante una crítica sistemática, saboteando el servicio militar obligatorio e instigando a negar créditos para el departamento de guerra, etc., hasta conseguir el éxito? ¿Acaso no se opuso con todos sus medios y contra todas las voluntades a entregar al Estado lo que al Estado pertenecía?" Como punto culminante aparece el siguiente paso, a modo de juicio y llamada a la ejecución de los delincuentes: "La labor de la llamada prensa liberal fue obra de los sepultureros de la nación alemana y del Reich [...]. ¿Pero qué hizo el Estado ante semejante envenenamiento colectivo de la nación? Nada, absolutamente nada, (pp. 264-265). Otra vez advertimos cómo el interrogante se ha mutado de forma imperceptible, ahora de la prensa y su libertal a las causas de la guerra, lo cual, a no dudarlo, se ha conseguido merced a la eficacia emocional de la gradación retórica y de los conceptos tópicos y tautológicos. Tras ese punto culminante el movimiento de frases se va retirando en largas ondas que diseminan tenazmente lo ya afirmado en multitud de lugares. El psicograma de todo ese paso corresponde estilísticamente a la curva de excitación de un discurso hablado.

Algo parecido acontece con el segundo ejemplo. Como todo fragmento retóricamente conformado se ubica en un punto de inflexión del curso del pensamiento en el capítulo XIII del II Libro, "La política aliancista de Alemania después de la guerra". Después de que Hitler haya examinado detenidamente la idoneidad de las alianzas europeas de Alemania, pasa a referirse a las precondiciones que Alemania debe cumplir para unirse a tal coalición. De nuevo explayará aquí tales condiciones en el uso de la eficacia

afectiva del contraste: muestra las supuestas debilidades de la república de Weimar frente a las cuales se alzan de forma implícita sus propias fuerzas. La interrogación retórica está usada como figura declamatoria fácil de retener. Tres preguntas formulan el diagnóstico, que en realidad se aúna con el reproche al pacifismo. De nuevo se empleará la acumulación de conceptos tautológicos, de inculpaciones, todo lo cual estará lingüísticamente logrado con los medios de la variación, de la exaltación calculada y de la exacta construcción sintáctica de paralelismos, a saber: ¿Puede una nación unirse? —¿Puede una nación cualquiera esperar hoy en día?— ¿Contraerá obligaciones incondicionales una nación cualquiera sin tener cuenta de las consecuencias que ello comporte?

El clima tripartito de la oración principal se corresponde con la estricta tripartición de las construcciones relativas. En el final hallamos otra vez una aglomeración de preguntas agrupadas en tres frentes y acompañadas por una notable sincopación y aceleración:

> ¿Puede una nación [...] unirse con un Estado cuyos frutos ofrecen ya desde hace años un cuadro de infame incapacidad, de cobardía pacifista [...]?
>
> ¿Puede una nación cualquiera [...] esperar hoy en día establecer un vínculo valioso con un Estado [...] cuando éste [...] no posee ni coraje ni energía y ni siquiera un dedo que mover en defensa de su propia y desnuda vida?
>
> ¿Puede una nación cualquiera [...] contraer obligaciones con un Estado independientemente de las consecuencias que ello comporte, cuando las características vitales de tal Estado sólo consisten en una hu-

millante abyección [...], con un Estado que ya no posee grandeza alguna [...], con gobiernos que son incapaces de prestar la más mínima atención a sus propios ciudadanos...? (pp. 700-701).

Ritual y estilo

Uniformado paralelismo y estricta tripartición de las construcciones sintácticas, o sea, un estilo ritualizado que es el misterioso cuadro lingüístico correspondiente a la pseudopublicidad de aquellas masas formadas y disciplinadas de los actos y desfiles del partido que estaban en el futuro. Tal estilo le asegura a la argumentación una consistencia que ya no estará garantizada por la conservación y el despliegue de los argumentos mismos en el plano de la lengua. Cuando el lenguaje ha dejado de obedecer al mandato del objeto expreso en él, es que se ha convertido él mismo en objeto de manipulación. Obedecerá como un esclavo a principios gramaticales y sintácticos ahora independizados. El lenguaje yace entonces inerme ante las incursiones de una retórica que se sirve de la lengua y del interlocutor sólo como de medios. De tal retórica afirma Ernst Bloch que ya no constituye "teoría alguna que conduzca a una praxis concreta; antes bien, es obcecación que veta la irrupción de la realidad en conciencia y praxis".[20]

Es a tal independización de los medios retóricos —Bloch habla de un "cinismo de los medios"—[21] a la que apuntaba la investigación cuando denunciaba la formal exageración retórica y propagandística del lenguaje fascista.[22] Con todo, los fenómenos de exaltación, repetición y exageración, en sí mismos, no muestran únicamente una relación aberrante de los

medios retóricos con respecto a la realidad por ellos expresada, sino que también señalan una completa ruptura de la relación entre lenguaje y realidad, entre forma y contenido, entre medios de expresión y expresión deseada. Los medios de expresión, indiferentes con respecto a la realidad, se independizan para convertirse en instrumentos discrecionales y manipulables del dominio fascista, el cual no precisaba del lenguaje en su pleno sentido. Así surgió lo que Klemperer agudamente describió como el "lenguaje del conjuro" (*Beschwörung*).[23] Las afirmaciones de Hitler sobre la propaganda muestran idéntica indiferencia del instrumento para con la cosa. Esas frases fundamentales, una y otra vez repetidas, como "la concentración sobre un solo enemigo",[24] las reiteraciones y las sincopaciones tópicas [25] no corresponden a los condicionamientos reales del sujeto en cuestión, sino que se han proyectado en una esfera metalingüística y metasocial de pura manipulación. Sólo en cuanto que ritualizado sobrevivió el lenguaje a su instrumentalización.

Así, ciertos elementos constructivos conseguirán un sobrepeso frente al cual se amengua el propio sentido de lo comunicado. El lenguaje se congela en repeticiones de formulario, así: grande y genial (p. 119), preparado y decidido (p. 476), disminuir y debilitar (p. 117), comprender y captar (p. 158), incitó y avivó (p. 162), limitación e inferioridad (p. 412), cuidado y exactitud (p. 418), apoyo y fortalecimiento (p. 688), energía y acción (p. 481), energía y riesgo (p. 481).

Mediante la acumulación de tales fórmulas se destruye la lógica clásica de la frase; en el lugar de la mediación sintáctica de sujetos y predicados hace ahora

su aparición la inmediatez de la palabra pura. Las partes de la oración adquieren el carácter del slogan y se independizan con respecto al todo. Las formas de oración individuales, la frase en cuanto unidad lógico-sintáctica del habla se substituye por la secuencia, lingüísticamente ordenada pero huérfana de sentido, de gritos de arenga y de consignas. Las oraciones son ahora indiferentes a su forma sintáctica y se desintegran en deshilados bloques textuales: "Las nupcias del nacionalismo y del sentido de la justicia social han de implantarse ya en el corazón del joven. De ahí por vez primera, surgirá en el futuro un pueblo de ciudadanos unidos entre sí por un común amor y un común orgullo, invencible e inapocable para siempre" (474-475)*.

Otra característica estilística que, como la recién expuesta, contribuye de manera notable al ya repetidamente citado estilo martillador hitleriano (que es responsable de la construcción de la oratoria de bloques en asíndeton y de la destrucción de la frase), es la substantivación de las expresiones verbales. Karl Korn ha entendido tal extensión del estilo nominal como consecuencia de la funcionalización creciente de la vida [26] y la ha descrito como producto necesario, en la edad de la técnica, del cada vez más recortado espacio que correspondería a las decisiones libres y a la acción espontánea y dotada de fantasía.[27] El estilo nominal impregna toda la época, no únicamente el lenguaje fascista.[28] En efecto, el fascismo logra precisamente una extraordinaria exacerbación de las tendencias funcionales y manipulativas. El lenguaje fascista, por tanto, se sirve con preferencia de la expresión substantivada. Se diferencia en esto del lenguaje burocrático en que resuelve el mensaje inten-

cional en favor de la consigna. La substantivación, que en gran parte anula el carácter verbal de la frase y con ello también su propio transcurso temporal e individual, se ajusta a la manipulación. Aligera la construcción en bloques en el interior de la frase y posibilita la independización de sus partes: "Si antes de la guerra el objetivo de la política exterior de Alemania fue asegurar el sustento de nuestro pueblo [...] preparando los caminos que conducían a este fin y ganar el concurso de aliados convenientes, hoy el problema es el mismo con una sola diferencia: en la anteguerra el lema era la conservación del acervo nacional alemán a base del poderío que encarnaba el Estado independiente, ahora se trata de restituir previamente a la nación, en forma de un Estado libre, la fuerza que necesita como condición esencial para la realización posterior de una política externa práctica en el sentido de garantizar la conservación, el desarrollo y el sustento de nuestro pueblo en el futuro" (p. 687).

Mediante unas pocas consignas tautológicas –asegurar el sustento de nuestro pueblo, conservación del acervo nacional alemán, conservación, desarrollo y sustento de nuestro pueblo– se mantiene en pie una construcción sintáctica compleja en su funcionamiento aunque en realidad débil. La estrecha relación entre estilo de slogan burocrático y manipulativo que hallamos en Hitler puede explicitarse en multitud de ejemplos. Junto con las clásicas construcciones substantivas –condición, ganancia, apoyo, refuerzo– [29] son sobre todo los términos claves de la concepción ascista –infeccionamiento, empestamiento, prostitución, bastardización, enjudaizamiento– [30] los que confieren a la lengua su carácter de consigna.

El Führer totalitario intenta, de acuerdo con Han-

nah Arendt, asegurar la eficacia de su "ficción" contra toda "experiencia comprobada".[31] En el lenguaje fascista se logra el blindaje de la doctrina contra la realidad por medio de la independización de los medios retóricos, la destrucción de la frase y la monótona repetición de tópicos y consignas autónomas. A la vez, la construcción aparentemente perfecta de medios retóricos independizados presta a la argumentación "consecuencia y coherencia", esa "consecución lógica en el tiempo" [32] que la frase no amordazada debería poner en cuestión.

2. Lenguaje funcional

"En el gigantesco aparato de producción de la sociedad moderna, el lenguaje se ha reducido a ser una herramienta entre otras." [33] La constatación de Horkheimer toca exactamente ese punto en que la razón instrumental dominante ya en el pragmatismo científico ha arribado al lenguaje; un proceso que Herbert Marcuse ha caracterizado en detalle en su obra *El hombre unidimensional* bajo el rótulo de "Lenguaje de la administración total".[34] Según Horkheimer y Marcuse esa decisiva transformación de la sintaxis moderna estriba en la sustitución de la lógica dialéctica y de la oración en varios elementos por obra de la lógica operacional. La crítica que había podido ejercerse en lo lingüístico y lo social en expresiones abiertas, queda ahora destruida al anularse todo contenido autónomo o bien se pervierte en el momento crítico en el interior del conjunto funcional existente. El lenguaje operacional cambia los sujetos condicionadores en factores condicionados y deja

que el contenido aparezca como producto dependiente de independizadas construcciones modales, causales o condicionales.

El lenguaje de Hitler está en gran medida construido sobre el modelo de la lógica instrumental. Se emparenta así con el que Horkheimer y Adorno describieron como lenguaje de la información comercializada y de los anuncios.[35] Sin embargo, a diferencia de éste, no domina al hombre en la mediata esfera del consumo, sino en la inmediata de la orden. Su signo característico no es la parataxis, o sea el "y", sino una arquitectura de la frase aparentemente robusta e ineluctable. Sin embargo, tras de ese monolítico frontispicio de clásicas frases formadas en complejo orden, reaparece siempre ese idéntico movimiento del pensar tautológico, expreso de continuo en esa alternativa potencialmente agresiva del "o—esto—o—lo—otro". Contenidos que el proceso de pensar parecía haber abandonado largo tiempo atrás, argumentos cuyo crédito ideológico de cara a las masas recelosas hacía mucho que se había agotado ya, ganan una autoridad en cuanto entidad en función de "férreas leyes", como la que se les había escapado a las formulaciones de las ideologías clásicas. Quien a la vista del ropaje científico de las aseveraciones fascistas habla de su carácter pseudocientífico, está olvidando que el lenguaje fascista es precisamente una posibilidad extrema de ciencia positivista y de credulidad en la ciencia.[36]

La funcionalidad reviste en el lenguaje de Hitler las tres formas principales de oración condicional, modal y adversativa. En la limitación a expresiones que conjuren a la realidad en las formas ritualizadas del *si —entonces, cuanto (más/menos)— tanto (más/menos)* y

no — sino se evidencia una regresión de la conciencia y del lenguaje. Para ambos la racionalidad, la razón y la expresión se convierten en algo idéntico al cálculo de los mecanismos funcionales. La definición de los fines, por tanto, puede dejarse en el fascismo para otras instancias. Por esa razón insistía Hitler expresamente en el papel subalterno de la propaganda con respecto a la organización.[37]

Si — entonces

La ciencia positivista realiza una separación entre experimento y uso; la lengua en la que formula sus leyes es la hipótesis. El lenguaje fascista pone fin a tal separación: dado que no reconoce ninguna pluralidad de metas, ninguna competencia de proyectos, tendremos que la condición asumida se convierte en premisa irrenunciable y que el modo irreal se transmuta en modo de conjuro de la realidad.[38] De esta manera, la hipotética formulación del fin del mundo no puede llamar a engaño sobre el hecho de que, llegado el caso, tal cataclismo podría efectivamente producirse: "Si, por ejemplo, un fenómeno tectónico conmoviera hoy la superficie de la tierra y surgiera del fondo del océano algún nuevo Himalaya, se aniquilaría en una única y cruel catástrofe toda la cultura de la Humanidad. Ningún Estado existiría ya, se disolvería la acción de todo orden, se desintegrarían los documentos de una historia milenaria, y todo sería un gran campo de cadáveres, anegado en fango y agua" (p. 432).

El desesperado recurso a lo que está sujeto a leyes —"si esta ley no tuviera vigencia, entonces todo desa-

rrollo superior de formas orgánicas de vida sería impensable"– [39] se sirve de la forma tradicional de la prueba, aunque en su repetición estereotípica se asemeje más a las fórmulas mágicas del conjuro.

Cuanto... tanto, así... como

El lenguaje fascista destruye la realidad por medio de una estricta cuantificación. Fuerza el pensamiento a las relaciones mágicas del tipo *cuanto más... tanto mayor, tanto menos, tanto mejor, tanto menor*; [40] impeliéndole, a abrazar la engañosa ecuación de las formulaciones: *cuanto mejor tanto menor, cuanto mayor tanto menor, cuanto peor tanto mayor, cuanto menor tanto más modesto*: "La propaganda y la organización [...] se encuentran en una determinada relación recíproca. Cuanto mejor ha trabajado la propaganda, tanto menor puede ser la organización; y cuanto mayor sea la cifra de los adeptos, tanto menor puede ser la de los miembros, y a la inversa: cuanto peor sea la propaganda, tanto mayor habrá de ser la organización, y cuanto menor sea el número de adeptos a un movimiento, tanto más numerosa tiene que ser la cifra de sus miembros [...]" (pp. 653-654).

A la ciencia positivista, a la cual la verdad relativa ha de garantizar la verdad de la realidad toda, agradece el pensamiento fascista la posibilidad de hacer a a realidad inteligible en forma de relaciones de uerza y la de degradarla en instrumento de ilimitada manipulación. De ahí toma el lenguaje su absoluta confianza de prognosis, esa confianza que habrá de trocar, para esas masas ya vueltas escépticas, en placentero lo ya existente, en la forma ahora de profecía

científica. Asimismo, se permite también el lenguaje, en su insaciable desprecio hacia las masas, la cita de lo irracional con respecto a la legitimación de la propia tarea histórica frente a las masas mismas: "Cuanto más alto sea el objeto de la lucha que ante nuestros ojos se alza, y cuanto menor la comprensión momentánea de éste por parte de las grandes masas, tanto más asombrosos serán, empero, los éxitos, y ello de acuerdo con lo acaecido en la historia universal [...]" (p. 440). Frases como ésa son típicas de un elevado número de similares construcciones; ésta lleva simultáneamente la forma lingüística al contenido que políticamente le corresponde. Se evidencia así que el lenguaje, el cual debe evitar toda comparación y separar atentamente del pensamiento lingüístico toda entidad conmensurable, ahora, dentro de sus fronteras señaladas, se abre en extremos sin límite y sin orilla: cuanto más despreciable y mísero, cuanto más miserable y vil – tanto más; cuanto más incomparable – tanto mayor.[41]

Lo limitado del dominio que el lenguaje fascista detenta sobre lo que él mismo aparta como inexistente puede confrontarse claramente aquí: no puede impedir que la comparación misma a la que niega toda significación substancial para el pensamiento, retorne en cuanto forma lingüística autónoma. El lenguaje se congela en forma de oración de acuerdo con el siguiente modelo: tan poco – como; menos – que; no tanto – sino mucho más; demasiado – más que; exactamente así – como; tanto – como; así – como; así como – como; [42] tan poco – tan poco (pp. 283, 396, 509, 751); tan poco – tanto menos (p. 472); tanto como – exactamente menos (p. 648); tanto – cuanto (pp. 87/8, 643, 716); tanto más – tanto más

anodino (p. 741); tan fácil – cuanto difícil (p. 382); tanto – tan rápido (p. 656); tan chico – como grande (p. 702); tan imposible – como posible (p. 743); tan tan desgraciado – cuanto feliz (p. 438); tan inamovible – cuanto genial (p. 510); tan difícil – cuanto nulo (p. 310); tan importante – cuanto, empero (p. 534) – tan seguro – tan seguro (p. 586).

Tras esa rígida comparación se oculta precisamente la arbitrariedad de la selección. Hitler conjunta propiedades, circunstancias y juicios antagónicos, contradictorios, de manera que constituyan un bloque de oraciones exento de contradicción: ridículo y triste, estúpido y peligroso, sabio y desatento, desatento y genial, genial y pillo.[43] El carácter de slogan de tales formulaciones adviene precisamente al comparar lo no comparable. A éstas pertenece, sin lugar a dudas, la sentencia tantas veces citada: "Así como un valiente conquista mejor los corazones femeninos que un cobarde, de igual forma un movimiento de héroes conquista el corazón de un pueblo antes que un movimiento cobarde" [...] (p. 546).

La frase debe su efectividad a su afinidad con construcciones que se conforman al pensamiento en categorías propias de la historia y la biología de las razas. La formulación de las "leyes raciales" exige la forma lingüística de la comparación; más sólo aquí la comparación de lo incomparable adquiere su carácter de conjuro mágico, manifestado ahora en la paradoja y en el recurso a la relación pura y simple: "De igual forma que la naturaleza concentra su mayor atención no en la conservación de lo ya existente, sino en el cuidado de la cría [...] así también en la vida humana se tratará menos de mejorar artificialmente lo

malo que ya existe [...] que de asegurar desde el principio para el desarrollo futuro caminos más saludables" (p. 29). Un miedo incompensado se refugia en la siguiente amenaza: "De igual manera que en general valoro diferentemente a los pueblos, de acuerdo con su pertenencia racial, así también a los hombres individuales dentro de una misma comunidad de raza" (p. 492).

Lo que aquí se fija lingüísticamente, a modo de golpe, no es la consecuencia de premisas ideológicas, sino la autoridad del hablante, transmitida en la construcción oracional. Este hablante dispone del lenguaje a su antojo y apunta con él a la destrucción de la sociedad sobre cuyos envilecidos miembros lo maneja.

No — sino

Parece, pues, que los antagonismos sociales, tan sólo enmascarados por el fascismo, se presentan de forma inmediata en el lenguaje. El idioma de Hitler en *Mi lucha* se mueve, en multitud de pasajes, en alternativas que tratan de congelar el pensamiento en la opción entre extremos (de acuerdo con el ejemplo "[...] los obstáculos no están ahí para que capitulemos ante ellos, sino para que los venzamos" (pp. 19-20)) y prepara este pensamiento para esas épocas, cuya aparición se da por segura, "en las que no es el espíritu el que decide sino el puño" (p. 277). Con todo, la obstinada repetición de tales alternativas nos recuerda la violencia ejercida sobre el pensamiento por el pensamiento mismo, para que éste reprima continuamente las contradicciones reales. Por tanto,

el esfuerzo lingüístico resulta estéril. La contradicción, elevada a principio estilístico en forma de intricados períodos construidos en base a la fórmula *no — sino*, no hace progresar al pensamiento; al contrario, lo retrotrae en un movimiento tautológico hasta su punto de partida. Esta observación es válida cuando intenta definir los rasgos socialmente beneficiosos de los arios de acuerdos con su actitud de frente al trabajo.[44] Más aún, al apuntar el carácter enemigo del trabajo del judío:

> Él [el judío] se convierte poco a poco en gerifalte del movimiento sindicalista, y lo conseguirá *con facilidad tanto mayor cuanto que* a él no le interesa en realidad la *superación real* de los males sociales, *sino* únicamente el *reclutamiento de una tropa de choque económico*, que obedezca ciegamente a sus mandatos, y a la que pueda emplear en el aniquilamiento de la independencia económica de la nación. Pues, *mientras que* la dirección de una política social sana se moverá siempre entre las líneas rectoras de la *conservación* de la salud popular *por una parte* y, *por otra*, del afianzamiento de una economía nacional independiente, el judío *no sólo* se alejará de tales metas, en su combate, *sino que* cifrará la tarea de su vida en lograr su *aniquilación*. En consecuencia, ningún escrúpulo de conciencia le impedirá, en cuanto jefe del movimiento sindical, proponer exigencias que *no sólo* rebasan su cometido, *sino que* su cumplimiento *o bien* será imposible *o bien* significará la ruina de la economía nacional. Y tampoco querrá tener ante sí a una *población sana y aguerrida*, *sino* a una *caterva pusilánime y fácil de sojuzgar*. Ese deseo le permite exponer exigencias carentes de sentido, cuyo cumplimiento práctico es, según él mismo sabe, imposible, y que *no* conducen en consecuencia a *ningún cambio de la situación social*, sino únicamente a la

> *excitación rabiosa de la masa.* Y eso es lo que él se propone, y no la mejora sincera de la posición social de ésta (p. 353).

Entre las frases tautológicas del principio y del final se mueve el pensamiento en antagónicas construcciones sintácticas del tipo "no – sino" entre estos dos polos: La destrucción de la independencia económica nacional – el afianzamiento de una economía nacional independiente. A pesar de todo, ese lenguaje apenas si puede en su estructura misma anular al adversario, esto es, anular su caracterización mediante el principio de concurrencia; empero, dado que el lenguaje proyecta la propia imagen sobre la del antagonista, y dado también que en él sólo él mismo reconoce, el proceso de la sobrepuja se convierte en ritual formalizado, que persigue en el artero judío el recuerdo de la espontaneidad del lenguaje y la posibilidad de la sobrepuja misma. El hecho de que el lenguaje se sirva, precisamente, de tales medios de estilo y de expresión en las formulaciones de relaciones ideológicas de cosas, puede servir como muestra de la débil resistencia de los modelos de pensamiento iluministas una vez que han perdido su función y su contenido, y muestra también hasta qué punto el pensamiento de Hitler vive de esa formalizada contradicción.

La contradicción con respecto a la ideología burguesa, y es precisamente en cuanto su contrapuesto que la ideología fascista se concibe a sí misma, existía únicamente como apariencia lingüística de sintaxis estructurada en contradicciones. Se comprende así que el "organismo popular" fuera precisamente el "mecanismo de intereses y demandas hostiles al pue-

blo" (p. 362); y que la caricatura de valores y formas de vida pequeño-burguesas, de la cual el lenguaje de Hitler efectivamente se servía, representase menos un contraste que una caricatura del fascismo mismo.[45] Mediante la inconmensurabilidad de las partículas de la comparación, no se muestra la impotencia del cercioramiento lingüístico con respecto a un mundo fuera de quicio, sino la arbitrariedad del propio hablante. El arte de Hitler consiste en hacer aparecer como contradicción lo que con anterioridad a todo lenguaje estaba ya decidido de forma definitiva. En frases del tipo como cuando afirma que la fundación del Reich "se consiguió no en el cacareo de una batalla verbal parlamentaria, sino en el estruendo y los griterío del frente de París" se legitima a posteriori la preconcepción ya fijada mediante el argumento aparentemente discursivo: "Y no sucedió gracias al asesinato alevoso, no fueron los desertores y los holgazanes los fundadores del Estado de Bismark, sino los regimientos del frente" (p. 245). Otra vez degenera el lenguaje en esa rígida antítesis de formalizados elementos contrapuestos, tan típica del lenguaje de Hitler. La contraposición entre el parlamentarismo y el ejército representa la forma más común de tal argumentación estereotípica. En la monótona repetición de idénticos vocablos de arenga, junto con sus correspondientes adjetivos y atributos, congela la expresión de esas "fórmulas hipnóticas" de ese lenguaje unidimensional de la ciencia y los anuncios que Herbert Marcuse ha descrito.[46] Antítesis como: "Las palabras de llorosas plañideras pacifistas – la victoriosa espada de un pueblo de señores" (p. 438);* "los mentirosos discursos inflamatorios de arrojados parlamentarios – los batallones del frente en lucha" (pp. 707-708);*

"la locuacidad de aguzados picos parlamentarios – la espada afilada / el sangriento combate" (p. 710); "los partidos burgueses / indisciplinada banda – el marxismo / ejércitos de soldados del partido" (p.509), se independizan para cobrar la forma de vocablo-estímulo y palabra-tópico. En el mismo nivel, encontramos formulaciones cortas como "el fuerte Estado nacional – el esclavo Estado internacional" (p. 640)* "los Estados arios del trabajo y la cultura – la colonia judía de parásitos" (p. 168). El mundo se ha dividido, pues, en dos partes: El lenguaje no brinda ninguna reconciliación; se ha degradado para ofrecer tan sólo palabras-arenga y estímulos-señales, de acuerdo con los que funciona el mecanismo de atracción lingüística e ideológica: el Estado judío – el Estado germánico (pp. 165-168). De aquel lado: zánganos, parásitos, sanguijuelas; de este: la humanidad honrada; allí: la organización económica; aquí: el organismo popular; allí: el egoísmo mercantilista, la mentirosa hipocresía, la crueldad alevosa; aquí: las virtudes heroicas. O bien tenemos, a un lado: doce o quince mil envenenadores hebraicos del pueblo, doce mil canallas, y diez o doce mil traidores al pueblo, traficantes, usureros y tramposos; y al otro: cientos de miles de nuestros mejores trabajadores alemanes, un millón de ordenados y valiosos alemanes, la muerte de millones sobre el campo de batalla (p. 772).

La esencia de tal estilo estriba en la denuncia. Éste maneja antítesis estereotipadas, imágenes hipnóticas. Aprovechar el hilo ceñido pero falsamente trabado de la argumentación en base al pensamiento biológico-racista. La antítesis prematuramente lógica entre "el hombre poco instruido pero de cuerpo sano, dotado de carácter bueno y firme, colmado de fuerza de vo-

luntad y decisión" y el "intelectual enclenque" implica la condena de este último y, en no menor grado, la del "pacifista de cuerpo degenerado, cobarde y de voluntad débil" (p. 452). Si el cobarde y degenerado es, por necesidad, pacifista, si el pacifista es, por necesidad, cobarde, si los "sujetos de voluntad débil" son por necesidad "tarados", y si los sujetos tarados son, por necesidad, "cobardes", entonces el lenguaje ya ha perdido su capacidad de mediación y reconocimiento de la diferencia cualitativa que le distingue de la fuerza bruta. Para este lenguaje es válido lo que Marcuse escribía sobre el "lenguaje cerrado", a saber, que "no prueba ni fundamenta; comunica decisiones, apotegmas y órdenes. Cuando define, la definición se convierte en separación entre el 'bien y el mal'; otorga de forma indubitable justicia e injusticia, y se vale de un valor para justificar otro. Tal lenguaje se mueve en tautologías, pero esas tautologías son, en correspondencia, efectivos 'juicios'. Pronuncia su veredicto decidido de antemano; y su veredicto es el anatema".[47]

En el lenguaje de Hitler tal anatema adquiere la forma del "o esto o lo otro"; por ejemplo: "Con los judíos es imposible pactar, sólo atenerse a una viril alternativa" (p. 225). "Alemania o será una potencia mundial o no será absolutamente nada" (p. 724).

Despacio, pero sin descanso

Sin embargo, de igual modo que los rasgos del perseguidor fascista se adivinan en el cuadro que éste pinta del perseguido, así tampoco el lenguaje fascista conseguirá anular, en cuanto formas y órdenes mági-

cas, las huellas de ese miedo al que políticamente había de estar agradecido. Con las causas sociales del miedo el fascismo escamoteaba también los orígenes presociales de aquél que hallamos estrechamente unidos con la conciencia del abandono indefenso en el tiempo. Por eso resultan vanos todos los intentos del lenguaje por representar la regularidad como función del tiempo dominado. Las seguridades estereotipadas de las formas adverbiales del tipo: *despacio, pero sin descanso, más tarde o más temprano*,[48] se asemejan a fórmulas de conjuro mágico que hacen aún más amenazante la imagen de la decadencia. Así por ejemplo, el miedo ante la "lenta pero segura extinción del pueblo alemán" (p. 155), ante el "signo de la ruina interior" a la que el desastre exterior [del pueblo alemán] más tarde o más temprano habrá de conducir y conducirá (p. 269), ante el "lento, pero tanto más seguro ocaso del pueblo" (pp. 253, 270).

Esta resignación, que se asegura en la inevitabilidad de la propia dependencia de la naturaleza mediante fórmulas mágicas, se lleva incluso hasta la formulación de regularidades "racistas": "El resultado del cruce de dos razas es [...] siempre el siguiente: [...] el retroceso espiritual y corporal y, con él, el inicio de una caquexia, aunque lenta, siempre progresiva" (p. 314). "Todo cruce racial conduce, más pronto o más tarde, a la inevitable decadencia de la prole híbrida [...]" (p. 443).*

Las fórmulas de este tipo, que sin dificultad podrían verse complementadas por otras parecidas,[49] no pueden ocultar la incertidumbre y la arbitrariedad de esas seguridades estereotipadas. El peligroso contrasentido en relación con todo orden razonable de los destinos humanos, contrasentido que la ideología

fascista, en su conjunto, legitima constantemente, no consigue mitificarse ni en el plano lingüístico ni en el plano lógico. La contradicción socialmente reprimida regresa en el ámbito del lenguaje. Aquí será menester exorcisarla otra vez, mediante la anulación de todo sentido humano en el interior de la lengua. La estereotipada seguridad de la pura regularidad concluye, consecuentemente, en el abandono de todo sentido temporal conferido a ese convencimiento: el desarrollo y educación de un "cuerpo popular" se cumple para Hitler en "un trabajo de formación que dura siglos" (p. 464, véase también p. 78); los arios "frecuentemente crean culturas en pocos milenios, en siglos incluso" (p. 319); sin ellos una "profunda tiniebla [...] en pocos milenios [...] se abatirá sobre la Tierra" (pp. 317-318) y "el planeta [...] evolucionaría en el éter desprovisto de hombres" (p. 316).

Asimismo, las constataciones sobre la relación entre el número de individuos de un pueblo y su superficie se mueven en un ámbito situado fuera de toda medida temporal asequible a la experiencia humana: "Como relación sana [...], siempre relativa a cada situación, ha de entenderse aquélla que asegura el mantenimiento de un pueblo con los recursos de su propio suelo y territorio. Cualquier otra situación, por más que durara siglos e incluso milenios, es, a pesar de todo, una situación insana y, más tarde o más temprano, conducirá a la ruina, cuando no a la aniquilación del pueblo de que se trate" (p. 728).

Tales afirmaciones cobran vida de la actualidad del tiempo profético. La amenaza a la que dan expresión es la amenaza de la fatalidad intermitente, no de hecho consumada. Que tan sólo mediante la paralización del tiempo —sinónima con el caos que se está

preparado a erigir– pueda conjurarse ese miedo constituye la temerosa experiencia de todos los intentos por dominar al tiempo mismo. No en vano pertenece a las locuciones favoritas del lenguaje de Hitler esa fórmula del conjuro: "lo que siempre ha sido así, así será eternamente, como hasta ahora siempre ha sido" (pp. 573, 460, 32-33, 557). El lenguaje retrata aquí al fascismo precisamente como lo que éste trataba de escamotear hacia afuera, bajo la máscara de la pretensión revolucionaria: como enemigo de todo cambio. En las construcciones típicas de Hitler mediante el prefijo *end–* (final), como por ejemplo *Endziel*, meta final (p. 347), *Endergebnis*, logro final (p. 347), *Endresultat*, resultado final (pp. 92, 733), *Endsieg* victoria final, que aparece en *Mi lucha* sólo para denotar una hipotética victoria final de los judíos (p. 69), y en construcciones similares como "cometido final" (pp. 699, 766), "lucha final y decisiva", "definitiva confrontación" (p. 766), se manifiesta sin ambages el deseo de paralización y conclusión de la historia, estrechamente unido al deseo de destrucción.

La expresión "el Reich que durará mil años" recuerda originariamente la tranquilidad cumplida de una humanidad liberada para la felicidad. Su versión fascista vive del cinismo de quienes han descubierto en el ansia de tranquilidad de las masas sometidas el medio más efectivo para coartar la dicha cumplida. El hecho de que los fascistas en ningún momento lo quisieran expresar literalmente muestra la atrofia real de su sentido del tiempo. En la sentencia funcionalizada se destruye, junto con el verbo, el medio de temporalidad autónoma, de la cual necesariamente precisa la frase para la representación de sus cualidades. Si el dolor y las esperanzas sociales sólo pueden concreti-

zarse en el tiempo, el fascismo tiene que destruir ese tiempo. En lo lingüístico, el fascismo prosigue la destrucción de la frase, destrucción que había comenzado con los medios del absolutismo de las fórmulas retóricas y de la instrumentalización de la sintaxis.[50]

LENGUAJE E IDEOLOGÍA: "MI LUCHA"

> Dominio sobre el lenguaje se obtiene sólo en cuanto dominio de sus pésimas y paupérrimas virtualidades.
>
> MARTIN WALSER

1. DIAGNÓSTICO Y TERAPIA

"Ideología es justificación. La ideología presupone tanto la experiencia de un estado social ya problemático al que busca defender, como la idea misma de la justicia, sin la cual tal necesidad apologética no existiría [...]. Para hablar de ideología *strictu senso* se precisan relaciones de poder en sí mismas borrosas, mediatizadas y por tanto atemperadas." [1] En las relaciones de poder mediante las cuales domina el fascismo, todas las mediaciones, también las ideológicas, quedan superadas. La pregunta sobre la justicia se convierte en pregunta sobre la disposición de los medios de sanción estatal, hipotecados para servir de protección a lo existente. Tales estados, sin embargo, que se saben suficientemente legitimados al apuntar amenazadoramente al poder existente tras ellos, no tienen necesidad de ninguna justificación ideológica. La ideología se convierte aquí en "puro medio de dominación".[2] Mientras que la ideología tradicional se

alimentaba de la "confrontación de lo espiritual con su realización",[3] la ideología fascista proclama la falsa identidad del espíritu y la realidad; si aquélla tenía como precondición "la diferenciación entre verdad y falsedad",[4] la ideología fascista, en cambio, repite hasta la saciedad la ya trillada decisión entre lo provechoso y lo dañino. Puesto que el fascismo no quiere resolver las contradicciones sociales, sino únicamente administrarlas, puesto que éste únicamente conoce la manipulación y la orden, tiene asimismo que hacer la realidad lingüísticamente domeñable. El pesimismo cultural y la teoría de las razas (*Rassenlehre*) brindan los supuestos argumentos histórico-sociales que posibilitan la separación del mundo en bueno y malo, en perseguidor y perseguido. Pero precisamente éstos no pueden liberar al fascismo del desconsolado presentimiento de que ha escogido esa parte destinada a la perdición. Denuncia, diagnóstico y terapia son los medios merced a los cuales el fascismo se somete lingüísticamente a ese "mal". Bajo la mirada del diagnosticador que describe al mundo en cuanto enfermedad, revela lo nuevo en cuanto síntoma de un inevitable cataclismo: el progreso se le aparece al fascismo únicamente en su aspecto negativo, en cuanto morbosa hecatombe.

Crítica del tiempo: plaga y decadencia mundial

Los aspectos progresivos del desarrollo cultural se convierten en "cáncer" (p. 61), en "pestilencia" (pp. 61-62). Lo que en el lastimero estado de la sociedad pudiera hacer pensar en las causas históricas de tal

deformación, se asimila a "enfermedades sociales" (p. 151), "a la enfermedad general de todo nuestro pensamiento político" (p. 164). En cuadros de delirante concreción la experiencia se bloquea contra todo ataque a través de argumentos liberadores; la historicidad se convierte en la experiencia traumática de "momentos de decadencia, que en número realmente estremecedor pronto e intermitentemente se abrieron como camino de perdición y afectaron en diferentes lugares al organismo popular o, como venenoso cáncer, aquí y allí fueron royendo la nación. Parecía como si una permanente corriente de veneno fuera impulsada por algún misterioso poder hasta las venas más profundas de aquel que otrora fuera cuerpo de héroes, para así conducir a una mutilación cada vez mayor de la sana razón, y del instinto de conservación mismo" (p. 169).

El diagnóstico de las causas de la derrota alemana en la guerra mundial conduce, en el plano lingüístico, al proceso de naturalización de las contradicciones sociales a su lógica conclusión. Hitler ve en el "desastre militar [...] sólo la consecuencia de toda una serie de síntomas morbosos", "la primera consecuencia catastrófica visible para todos de un envenenamiento moral" (p. 252). A continuación se exponen consideraciones fundamentales sobre el significado histórico y la terapia de esas *enfermedades del organismo popular*. El punto de referencia interno es la analogía simplificada pero típica en Hitler entre las enfermedades físicas (peste, tuberculosis) y las calamidades sociales (la guerra y la derrota). El estilo y la sintaxis muestran las conocidas señales: antítesis (una – otra), oraciones conjuntivas y construcciones funcionales (si – entonces; mientras; tanto – cuanto), pseudorregularidad

(despacio pero tanto más seguro; exactamente así, finalmente):

> Casi es posible considerar como gran fortuna para el pueblo alemán que el período de su *latente enfermedad* se viera cortado de repente por tan *horrenda catástrofe*, pues, de no haber sido así, la nación habría perecido de forma tan lenta cuanto segura. La *enfermedad* se habría convertido en dolencia crónica, mientras que en la forma aguda del *desastre*, aquélla, al menos, tornóse a los ojos de muchos clara y evidentemente reconocible. No es un azar el que el hombre haya dominado antes a la *peste* que a la *tuberculosis*. La primera aparece en oleadas espantosas de muerte, que arrasan a la humanidad; la segunda en lenta latencia. Aquélla conduce al terror despavorido; ésta a la paulatina indiferencia. La consecuencia es que el hombre se enfrenta a la una con el máximo de sus energías, mientras que intenta contener a la tisis con medios timoratos. De suerte que el hombre ha domeñado la peste, mientras que la tuberculosis le domina a él. Exactamente así acaece con las *enfermedades del organismo popular*. Cuando no se presentan de forma catastrófica, el hombre se va acostumbrando a ellas lentamente y, aunque sea poco a poco, con tanta mayor seguridad será aniquilado por ellas. Entonces, es una suerte —ciertamente amarga— cuando el destino se decide a intervenir en este *lento proceso de corrupción* y con un golpe repentino le hace visible al propio afectado *el fin de su enfermedad*. Pues es a éste que tal *catástrofe* conduce más de una vez. Éste puede entonces convertirse fácilmente en causa de una curación emprendida con expresa decisión.

Como síntoma de la *pestilente enfermedad* y del *lento proceso de corrupción*, como "signos de decadencia" (p.

254), "síntomas de decadencia" (p. 258), "peste" (p. 262), "enfermedad" (pp. 262, 265, 268) diagnostica Hitler el "desquiciamiento de la nación" (p. 255), la "insuficiencia en todos y cada uno" (p. 258), la "cobardía de frente a la responsabilidad" (p. 262). Carácter idiosincrático tiene la alusión al "envenenamiento de las masas de la nación" por medio de la prensa (p. 265); la "pestilencia política y moral del pueblo" paralela "al espantoso envenenamiento del organismo popular" (p. 269).

A continuación se abre un repertorio de podredumbres: "el envenenamiento de nuestra vida sexual" (p. 271), "el judaizamiento de nuestra vida espiritual" (p. 270), "prostitución de nuestro instinto reproductor" (p. 270), el "envenenamiento de nuestra juventud" (p. 270), la "prostitución del amor" (p. 272), "la infección sifilítica del organismo popular" (p. 272), el "emponzoñamiento del alma" (p. 278).

Este diagnóstico se ha alejado ya hace mucho de su originario objeto: los presuntos síntomas morbosos de la Alemania guillermina, a saber, la internacionalización de la economía alemana, el parlamentarismo, la prensa, la sífilis, la prostitución, el bolchevismo del arte (dadaísmo, cubismo), son "síntomas de decadencia de un mundo en lenta descomposición" mucho más fundamentales (p. 284). En la convergencia de todas las pestilencias en forma de una pestilencia universal se prepara la otra convergencia, más importante, de todos los provocadores en el "judío". El destino de éste muestra a la vez la única forma de terapia que cuadre al diagnóstico fascista.

El estado de naturaleza en que la realidad social se trasmutaba con miras a su curación, se revela ahora como la ilimitada arbitrariedad de una naturaleza hu-

mana vuelta a brutalizar. El lenguaje de Hitler repite la propia corrupción poniéndose en el lugar de la humanidad toda. A la vez, esa lengua vive en su propia carne la contradictoriedad de tal proyección: es su propia ceguera proyectada sobre la historia, la ceguera que el fascismo sólo quiere experimentar como ceguera del destino.[5]

Horkheimer y Adorno han insistido en su obra *Dialéctica de la Ilustración* sobre el significado social de ese recurso a la proyección: "El yo forzado a proyectarse no puede sino proyectar su propia infelicidad, de cuya causa implícita se encuentra, sin embargo, separado en su falta de reflexión. De aquí que los productos de la falsa proyección, los esquemas estereotipados del pensamiento y de la realidad sean productos mismos del mal. Para ese sujeto, hundido en el abismo sin sentido de sí mismo, los objetos se convierten en alegorías de su caída, en alegorías en las que se encierra precisamente el sentido de su propio ocaso".[6]

Sobre Hitler se cierne, como una pesadilla, la asechanza de la enfermedad, "pues lo más espantoso era precisamente que ese veneno había destruido, casi sin que nos diéramos cuenta, todos los cimientos de nuestra sana concepción de la economía y del Estado" (p. 171). En vano intentará justificar la propia indefensión apuntando a un mundo aparentemente inerme ante el veneno. Precisamente en cuanto tal veneno tiene que conceder poder sobre la sociedad a la "debilidad pacifista" (p. 349), y lo mismo sucede con el marxismo, en cuanto "veneno mortal" (p. 361), "enfermedad del pueblo" (p. 68), "peste universal" (p. 85), "plaga venenosa" (pp. 184-185), "pestilencia" (pp. 184-186), un poder que debería arrebatarle al

descalificarlo como enfermedad mortal.

El lenguaje de Hitler no puede negar el poder de las auténticas relaciones existentes mediante ese artificio de endosarles el vocabulario ficticio de un mundo en decadencia; no puede evitar que en la imagen de ese mundo en decadencia estén fijadas las relaciones del mundo real. Así se explica también la paradoja de que el diagnóstico del capitalismo presentado bajo el subterfugio de *cura* y *saneamiento* (pp. 246-247) permanezca de continuo encarcelado en las imágenes del ocaso. Lo forzoso de la fantasía de la decadencia, la cual se culmina en el terror ante el envenenamiento de la "raza" y de la "sangre" de "nuestro organismo popular" (pp. 432, 437), la "destrucción" de la "sangre" y el "alma" (p. 437), el "envenenamiento del *ario* al casarse con mujer no aria" (p. 357), el "envenenamiento de la sangre" (p. 270), el "empozoñamiento de las masas" (p. 271) recuerda la violencia con la que la ideología fascista reprimía en sí misma la realidad social y, a la vez, la esperanza de una curación mediante la superación de la realidad dañina. La significación de tal represión no se puede clarificar suficientemente con los medios de la tradicional crítica de la ideología: la no-verdad de la ideología fascista ya no puede circunscribirse puramente a función de la falsa conciencia, pues en el fascismo la realidad misma adquiere caracteres de falsa conciencia. Mientras el fascismo tiene poder para proyectar sus alucinaciones en la realidad, puede serle indiferente que estas últimas se adecúen o no a ésta. El fascismo substituye a la ideología "por obra del *ukaz* de la cosmovisión aprobada".[7]

En el deber de la colectividad de perseguir al provocador, en adelante designado como parásito, el diagnóstico adquiere una realidad que será tanto más creíble en virtud de la complicidad diariamente confirmada del perseguidor, antes que mediante la comprobación de la culpabilidad efectiva del provocador. El pogrom hace superflua tal comprobación. Precisamente es a esta forma de terapia a donde apunta el diagnóstico. Lingüísticamente no se diferencia en nada de la denuncia del incomprendido, del que es diferente, y al que se apostrofa como criminal. En *Mi lucha* aparece el adversario en todas sus formas, o bien como parásito o bien como criminal: los marxistas se ven denostados como "sabandijas", "criminales" [...] "perjuros" (p. 186), "vagabundos callejeros", "desertores" (p. 413), "salteadores de caminos" (p. 618), "maleantes antinacionales", "embusteros [...] internacionales" (p. 776), "traidores a la patria y asesinos del pueblo" (p. 771).

Para los parlamentarios no tiene otras apelaciones sino "bandoleros políticos" (p. 89), "traficantes parlamentarios" (p. 91; cf. p. 301), "criminales" (p. 298), "proxenetas" (p. 298). A los parlamentarios se les denuesta además con los títulos de "bribones de partido" (p. 219), "embusteros" (p. 707), "miserables", "hienas de partido" (p. 583), "gentuza de partido" (p. 218), "chusma de partido" (p. 707), "bellacos, canallas" (p. 302), "criminales" (pp. 298, 302) y "cleptómanos políticos" (p. 576). Sus características y medios políticos son "el embuste y la mentira" (p. 298), la "cobardía y la irresponsabilidad" (p. 298), la "inconciencia ruda y brutal" (p. 298), el "chanchullo y

la extorsión" (p. 298), el "engaño" y el "embuste" (p. 412).

El lenguaje de Hitler convierte, pues, al adversario en condenado sin apelación y a éste en perseguido, puesto que en la realidad misma del adversario reconoce elementos de la propia realidad reprimida, de las insatisfechas esperanzas de la humanidad. El fascismo escamotea su propio origen en la revolución de noviembre al pronunciar su inapelable veredicto sobre ésta. Proyectará así sobre ella la culpabilidad objetiva de la propia existencia cuando se sirve, como fórmulas rituales de condena, de aquellas sentencias propias del tiempo: la "traición al pueblo y a la patria" (pp. 227, 368, 553, 607), la "indignidad de noviembre" y el "crimen de noviembre" (pp. 554, 684); estas expresiones derivan fácilmente en "acto de Caín" (p. 583), "canallada" (p. 607), "perjurio" (p. 713), "botín de bandidos" (p. 378). La denuncia de los "criminales de noviembre" (p. 237) desvela de esta manera la cara auténtica del fascismo. Lo que en sus estereotipadas formulaciones se describe como "sociedad de proxenetas, ladrones, salteadores, desertores, holgazanes", o como "extremo de lo malo" (p. 584; cf. pp. 455, 583), como "revolucionaria chusma de noviembre" (p. 481), "incendiarios de la revolución, saqueadores de los pueblos y traidores a la Patria" (p. 583), "conservado detritus del organismo de nuestro pueblo" (p. 583), "piojos revolucionarios" (p. 610), "chusma de miserables criminales" (p. 224), "horda de ladrones y saqueadores" (p. 585), precisamente todo eso designa con exactitud a los desclasados seguidores del propio fascismo y a sus protagonistas.[8]

Que semejante mistificación le resulte a éste tan

fácil, aparentemente, nos muestra ante todo, pareja a una capacidad para explotar los perjuicios históricos, una comprensión intuitiva de la situación psíquica propia de las masas subyugadas en el capitalismo tardío. Éstas son, como P.A. Baran ha mostrado, en alto grado susceptibles a una manipulación dirigida a sus necesidades agresivas que continuamente se hacen más violentas. Tienden así a manifestar reacciones irracionales, en las que se evidencian las irresueltas contradicciones de la sociedad capitalista.[9] A ello se añade ese "fortalecimiento infantil de los modos de conducta social" observado por Mitscherlich,[10] el "infantilismo psíquico y el favorecimiento, unido a él, de tempranas introyecciones, como el ataque, la huida, la obediencia, el egoísmo".[11] Así, es evidente el hecho de que el lenguaje fascista fije sus agresiones predominantemente en imágenes de microbios y de los llamados animales dañinos –bichos, parásitos, bacilos, chinches, cresas–. La razón de tales alusiones podría estribar, como Leo Löwenthal y Norbert Gutermann han mostrado, en lo insidioso e invisible de tales pequeños seres, lo que constituirían cualidades que justificarían de manera sobresaliente el trato terrorista de los conflictos sociales.[12] Por eso Hitler no se cansa de insistir en el uso de "medidas radicales y enérgicas" (p. 266), de "brutal [...] decisión en la aniquilación de esos cánceres irrecuperables" (29),* de "intransigencia [...] infernal" (p. 506), de la "fuerza bruta y sin miramientos para extirpar los brotes dañinos y arrancar la cizaña" (p. 30), el "aniquilamiento de los parásitos" (p. 86). El carácter abierto en que tal violencia se representa en el ámbito lingüístico es deprimente. Según su propia definición, tal violencia es "brutal" (pp. 29, 30, 189) y "sin miramientos" (pp.

30, 229, 279), "inapelable" (p. 571), "inmisericorde" (p. 21), "inflexible" (p. 185), "intransigente" (p. 506) y "fanática" (pp. 188, 358, 473, 475).

Tal violencia está destinada a: "aniquilar" (p. 522), "destrozar" (p. 371), "barrer" (p. 186), "extirpar" (p. 369) y "triturar" (p. 186) al adversario. Entre sus más importantes expresiones se cuentan "intolerancia" (pp. 384, 506), "brutalidad" (pp. 299, 366) y "fanatismo" (p. 384).

El lenguaje fascista no puede prescindir de los parásitos precisamente porque mediante su persecución consigue neutralizar de manera efectiva esa conciencia colectiva de las masas correspondiente al estadio del capitalismo tardío. "Piojos y parásitos le sirven a la masa como vehículos apropiados para proyectar el conocimiento que también está surgiendo en ella, de que ya no cuenta como otra cosa sino precisamente en cuanto masa. Esa extirpación del odiado parásito que con tanto celo se proclama, simboliza el intento de los sado-masoquitas de distanciarse de la masa y de afirmar su propia independencia." [13] El éxito de la terapia de la aniquilación y la denuncia no estriba en menor grado en el hecho de que aniquilación y denuncia preparan ya las proyecciones necesarias para la defensa frente a los propios sentimientos de invalidez personal. La persecución permanente de las minorías fue reconocida como efectivo medio de estabilización psíquica de la mayoría subyugada. Más efectiva que toda compulsión exterior, posibilitó que los perseguidores mismos reprodujeran los mecanismos de la propia sujeción. Tarea del lenguaje es que no aparezca ningún tipo de solidaridad entre perseguidor y perseguido. De ahí el estigma de ese mutable adversario en cuanto parásito y en cuanto criminal.

De ahí la ruptura en el ámbito de la frase misma, entre el predicado y el sujeto que se condena. De ahí la descomposición del texto en órdenes aisladas, en vocablos-arenga y en palabras-signo, sacadas del arsenal de los prejuicios históricos y de los comportamientos sociales prefijados.

A esta imagen pertenecen los adjetivos y adverbios típicos del lenguaje de Hitler: lamentable, ridículo, repugnante, espantoso, miserable e increíble. Éstos fijan las oraciones con su empaque dictatorial, inasequible a la prueba e incontrovertible: "El conglomerado racial que mostraba la capital del Imperio me resultaba repugnante, y repugnante asimismo aquella mezcolanza de pueblos: checos, polacos, húngaros, rutenos, servios y croatas [...]" (p. 135). O bien: "El modo increíble como estaba organizada nuestra economía de guerra, que tenía bajo su tutela el conjunto de la administración imperial en una centralización casi demente [...] fue uno de los factores principales en el brote del sentimiento antiprusiano" (p. 622).

Asimismo poseen un inequívoco carácter difamatorio otros giros de expresión tipo slogan y "juicio" crítico sobre el Parlamento, los partidos y los políticos, cual es el caso de: "monstruosa insolencia" (p. 252), "lamentable actitud" (p. 260), "penosa falta de voluntad" (p. 463), "lamentable resultado" (p. 467), "penosa falta de valor" (p. 721), "espantosa sima" (p. 42), "espantoso envenenamiento de la salud" (p. 269); "espantosa falta de decisión" (p. 307), "escalofriante medianía y debilidad" (p. 297), "centralización casi demente" (p. 622), "la más miserable capitulación de todos los tiempos" (p. 774), "fraseología repugnante y ridícula de la democracia" (p. 53), "repugnante culto" (p. 58), "de forma tristemente es-

pantosa" (p. 167), "en el más vil e infame de los modos" (pp. 266-267), "en modo que aunaba maravilla y horror" (p. 110), "en modo realmente espantoso" (p. 154).

Como vocablos y tópicos denunciatorios se emplean precisamente adjetivos y adverbios que en su origen no eran sino descriptivos: nacional, internacional, democrático, judío, marxista y pacifista. Estos aparecen en típicas cópulas substantivadas y en pares de opuestos estereotípicos: "la bolsa mundial judía" (p. 704), "la finanza internacional judía" (p. 163; cf. pp. 369, 505 y 702), "judío-democrático" (pp. 307 y ss.; p. 634), "el engaño marxista de los pueblos" (p. 214); en el polo opuesto hallamos: "economía nacional" (pp. 370, 53, 214), "industria nacional" (p. 675), "fuerza del trabajo nacional" (p. 345), "columna vertebral de la nación" (p. 265).

"En agosto de 1914 no se lanzó [...] al campo de batalla un pueblo decidido al ataque, sino que se alumbraron los últimos destellos del instinto de conservación nacional con respecto a la progresiva paralización marxista y pacifista del organismo, de nuestro pueblo" (p. 361).

Este rasgo estilístico, junto con imágenes e invectivas, pertenece al dominio formal de la "estructura analítica de la frase", esto es, el encubrimiento sintáctico del dominio del substantivo: "El substantivo rige la frase en modo arbitrario y totalitario, y la frase se convierte así en explicación aceptable; ésta se resiste a cualquier prueba, a la limitación y a la negación de su sentido codificado y explicado".[14]

2. Lucha de clases versus lucha de razas

Función política de la doctrina racial

El diagnóstico y la denuncia adquirieron así su sentido exacto y, con ellos, la ideología fascista en su conjunto, mediante el papel que a ellos les corresponde como limadores de la contradicción revolucionaria contra el capitalismo. La ideología fascista trastrueca la función del anticapitalismo tradicional en una crítica que, empero, conserva el sistema. Esta crítica se contenta con el desenmascaramiento y persecución de los presuntos aprovechados de aquél. Con la condena del *criminal* marxista, del *embustero* y *chanchullero* parlamentario, del *explotador, parásito* y *chantajista* judío se absuelve lo parasitario y criminal del sistema capitalista mismo como algo impalpable y predonado. En ese proceso, argumentos que en el origen eran anticapitalistas –chanchullero, explotador, chantajista, internacional– mutan su forma para convertirse en tópicos que servirán después para difamar a las víctimas del capitalismo: junto con el "judío internacional" (p. 585), nos encontramos sobre todo con el marxista, que se convierte en "embustero internacional" (p. 776), "marxista estafador de pueblos" (p. 392) y "traidor internacional de los pueblos" (p. 613). Precisamente en cuanto "engaño marxista de los pueblos" (p. 214), "Estado internacional de esclavos" y "colonia de esclavos" (p. 640) se entregará a la persecución, por parte de los engañados por el mismo capitalismo, de aquello mismo que se postulaba para poner fin a toda esclavitud. Este *quid pro quo*, al que apuntan finalmente tanto la terapia como la denuncia, adquiere, mediante la teoría racista del

fascismo, una apariencia de ligitimación social, psicológica y económica. Ya Georg Lukács había hecho notar que la teoría de las razas otorgaba al fascismo la posibilidad de "simplificar todos los caminos complicados del pensamiento romántico anticapitalista en la forma de una cuestión de pertenencia a una raza determinada".[15] Puesto que la teoría de las razas, merced a su origen liberal,[16] dibujada y mitificaba los mecanismos del mercado, de la concurrencia y de la prosperidad como funciones de leyes naturales, podía, por un lado, emplearse como ideología justificativa del capitalismo, y, por otro, les parecía aceptable a las propias víctimas de éste, a quienes se les ofrecía en la lucha biológica de las razas una ideología supletoria de la lucha de clases históricamente sofocada.

Jerarquía racial y desigualdad natural

> La *gran masa* no es más que una *parte de la naturaleza*, y no cabe en su mentalidad comprender el mutuo apretón de manos entre hombres que afirman perseguir objetivos contrapuestos. Lo que la masa quiere es el *triunfo del más fuerte* y la *destrucción del débil* o su incondicional *sometimiento*.
>
> La nacionalización de nuestras masas sólo se llevará a efecto cuando con el decidido combate por el *alma de nuestro pueblo* sus *enfermedades internacionales* sean aniquiladas.
>
> Todas las grandes cuestiones del tiempo son cuestiones del instante y representan fenómenos consecuentes a causas determinadas. Sin embargo, sólo una posee significación causal, a saber, la cuestión de la *conservación racial del pueblo* [...]. Los pueblos que renuncian a la conservación de su pureza racial, renun-

cian también a *la unidad de su alma* en todas sus manifestaciones. La *escisión de su ser* es consecuencia natural de la *escisión de su sangre* y la corrupción de su fuerza espiritual y creadora solamente es el resultado de la transformación de sus *cimientos raciales*.

Quien desee liberar al pueblo alemán de las manifestaciones y vicios presentes que le son originariamente ajenos, deberá en primer lugar eliminar al *excitador extranjero* causante de tales manifestaciones y vicios (pp. 371-372).

La concepción política corriente en nuestros días descansa generalmente sobre la creencia de que, si bien se le puede atribuir al Estado energías creadoras y conformadoras de la cultura, él mismo, en cambio, nada tiene en común con premisas raciales, sino que más bien podría considerarse como un *producto de necesidades económicas* o, en el mejor de los casos, como el resultado natural de la lucha por el poder político. Este criterio, desarrollado lógica y consecuentemente, conduce no sólo al desconocimiento de las *energías primordiales de la raza*, sino también a una *infra-valoración de la personalidad*, ya que la negación de la *diversidad de razas*, en lo tocante a sus aptitudes generadoras de cultura, hace que ese error capital tenga que influir necesariamente también en la apreciación del individuo. Aceptar la hipótesis de la *igualdad de las razas*, significaría proclamar la igualdad de los pueblos y, por consiguiente, la de los individuos [...]. Frente a esta concepción, ve la ideología nacional racista (*völkisch*) el valor de la humanidad en sus elementos *raciales* de origen [...]. De ninguna manera cree, por tanto, en la *igualdad de las razas*, sino que, bien al contrario, al admitir su diversidad, reconoce también la *diferencia cualitativa* existente entre ellas con sus diversos valores, *superiores e inferiores*. Este reconocimiento de la verdad le obliga a fomentar la *preponderancia del más fuerte y a exigir la supeditación del*

inferior y del débil, de acuerdo con la *voluntad eterna* que domina el Universo. En el fondo, rinde así homenaje al *principio aristocrático de la naturaleza* y cree en la validez de esa ley, hasta tratándose del último de los seres. Ella no ve sólo el *valor diferencial de los individuos aislados* (pp. 419-421).

Estas citas proceden del último capítulo del libro I y del primero del libro II de *Mi lucha*. Remiten a los principios uniformes de estilo y pensamiento y muestran la monotonía de la argumentación no menos que la del idioma. La eficacia lingüística reposa en el empleo consecuente de las figuras de la antítesis y la repetición: masa-raza; la concepción política al uso – la ideología nacional-racista (völkisch); la pureza racial / la unidad del alma – la escisión del ser – la escisión de la sangre; la necesidad económica / las fuerzas raciales de origen. En ambas citas encontramos repeticiones y refuerzos del argumento: la gran masa, la nacionalización de nuestras masas, la conservación racial del pueblo, librar al pueblo alemán – igualdad de las razas, los pueblos separados, los individuos aislados, la diferencia de las razas, los individuos aislados. Como conclusión en cada parte hallamos dos variantes de un aserto programático: *quien desee liberar al pueblo alemán, deberá redimirlo – y: cree, rinde homenaje, ve.*

Así, lo que es consecuencia en el empleo de los principios estilísticos lo será también en la afirmación central: lo que ella [la masa] quiere es el triunfo del más fuerte y la destrucción del más débil – procurar la victoria del mejor y exigir el sometimiento del menos dotado y del más débil. Esas son las premisas cimentadoras de la ideología fascista del dominio, de la ideología racialmente legitimada. En ella se susti-

tuyen las contradicciones histórico-económicas y sociales del capitalismo, por medio de pseudocontradicciones biológicas, y las diferencias de clase por medio de diferencias de raza y la emancipación se suple por la higiene racial. En el puesto del principio de progreso histórico coloca la regresión a la naturaleza; en el puesto de la concurrencia en el mercado capitalista, el principio de la lucha por la existencia en una sociedad otra vez embrutecida. Para Hitler, "todos los acontecimientos de la vida de los pueblos [...] (son) procesos de leyes naturales en el lenguaje del instinto de conservación y procreación de la estirpe y la raza" (p. 310), "todo suceso de la historia universal [...] (es) la manifestación del instinto de conservación de la raza" (p. 324), el "empaque victorioso de la raza óptima" (p. 317), la "precondición de todo progreso humano".

Puesto que para él, la "cuestión racial" basta y sobra como "clave de la historia del mundo" (p. 370), Hitler creía que era posible retrotraer a "causas raciales (p. 360) las "manifestaciones de degeneración del tiempo anterior a la guerra", tales como las "deformaciones de la vida económica", la "degradación cultural o la degradación política", la enseñanza escolar y la prensa. Todo ello es ya conocido. Menos conocida es, por el contrario, la función ideológica y manipulativa de tales argumentos y la pertinacia con que el lenguaje hitleriano, por obra de la anulación de todo recuerdo de las contradicciones reales, desarrolla la mitologización de las contradicciones imaginarias. Merced al par de contrarios —razas buenas / razas malas—, inserto en el texto por la fuerza, se reprime toda referencia a las relaciones históricamente producidas entre clase explotada y clase explotadora.

Mediante su fijación en forma de fenómenos naturales, los antagonismos de clase pierden el carácter de mediación social y política que les es propio. Las diferencias históricas pueden superarse; las biológicas jamás. Los opuestos son irreconciliables: "la raza creadora" (p. 316), los "creadores del cultura" (p. 318), "la sangre, la raza de señores" (p. 320), "la perspectiva de los mejores" (p. 324), los "conquistadores" (pp. 320, 324), el "pueblo de conquistadores" (p. 429), "las razas de la inteligencia" (p. 479), "las razas de la cultura" (p. 479), "los pueblos creadores y activos" (p. 322), "la raza del genio" (p. 321), "la raza buena" (p. 324), "la raza superior" (p. 429), "el núcleo racialmente superior" (p. 448), "el grupo racial elevado" (p. 448), "los mejores elementos raciales" (p. 451), "los conservadores de la humanidad suprema" (p. 732). Al otro lado tenemos: "los hombres inferiores" (pp. 322, 324), "los hombres dominados" (pp. 322, 324), "los destructores de cultura" (p. 318), "las razas dominadas" (p. 323), "las razas inferiores", "los pueblos inferiores" (pp. 323, 742: los rusos, p. 774: los pueblos colonizados); "el dominio de los inferiores" (p. 351). En la comprensión hitleriana de la historia en cuanto teatro de la acción realizada por los "señores" arios, toda otra interpretación de la misma como secuencia dialéctica de lucha de clases se verá escamoteada. Hitler comprende el antagonismo histórico entre rectores y regidos no como una relación social entre explotadores y explotados, sino como relación de razas entre "conquistadores" "arios" y pueblos subyugados de raza ajena:

> Una de las condiciones más esenciales para la formación de culturas elevadas fue siempre la existencia

de *elementos raciales inferiores*, porque únicamente ellos podían compensar *la falta de medios técnicos* sin los cuales ningún desarrollo inferior sería concebible. Seguramente la primera etapa de la cultura humana se basó menos en el empleo del animal doméstico *que en el del hombre de raza inferior* [...]. No es, pues, ningún azar que las primeras culturas surgieran allí donde los arios entraron en contacto con *pueblos inferiores, sometiendo* a éstos y doblegándolos a su voluntad. Tales fueron los primeros *instrumentos técnicos* al servicio de una cultura naciente.

Con ello precisóse claramente el camino que el ario había de seguir. Como *conquistador*, sometió a los *hombres de raza inferior* y reguló la ocupación práctica de éstos *bajo sus órdenes*, conforme a su *voluntad* y de acuerdo con sus *fines* [...]. Mientras el ario mantuvo sin contemplaciones su *posición señorial* fue, no solamente el soberano, sino también el conservador y el propagador de la cultura. Pues ésta se basaba exclusivamente, en su capacidad y con ello en su conservación para sí. Mas en cuanto *los sometidos* comenzaron a alzarse y acaso también en el plano de la lengua se fueron aproximando al conquistador, la muralla divisoria entre *señor* y *siervo* se vino abajo. El ario entregó *la pureza de su sangre* y con ello perdió el derecho a aquel paraíso que él mismo había creado. Se hundió así en la *mezcolanza racial*, gradualmente fue perdiendo más y más capacidades culturales, hasta que finalmente comenzó a parecerse más a *los sometidos* y elementos de sangre impura, no sólo en el cuerpo, sino en el espíritu, que a sus propios antepasados. Durante algún tiempo el ario aún pudo vivir de las rentas de sus bienes culturales ya existentes; mas al fin se impuso en él el letargo y los entregó al olvido (pp. 323-324).

El pensamiento fascista debe ese interés exclusivamente centrado en lo técnico-instrumental y en las relaciones de poder a la tradición burguesa. La doctrina imperialista sobre las razas no hace sino continuar el legado de la tesis burguesa sobre la primacía de la política exterior. La avidez de poderío de éste se inserta en el fascismo con toda su inmediatez. Éste no reconoce ninguna diferenciación entre interior y exterior; es universal y evidente para todos los que sean capaces de descifrar los jeroglíficos raciales. Bajo el uso de conceptos slogan como "mezcolanza racial" (p. 324); "pureza racial" (p. 443) "mezcolanza de sangres" (p. 324), "envenenamiento de sangres" (p. 316), "pureza de sangre" (pp. 359, 751), "vergüenza de la sangre" (p. 314), "perdición de la raza" (p. 705), "papilla de razas" (p. 439), "envenenemiento de la raza" (p. 449), "bastardos" (pp. 441, 442), "cruzamiento" (p. 442), "producto de la mezcla" (p. 443), "cruzamiento de razas" (p. 443)*, "bastardización" (p. 443), "envenenamiento racial" (p. 443), bajo todos esos conceptos, decimos, puede aún reconocerse con dificultad el sentido social del sucedáneo racista y tanto más claramente su motivación psicológica: el miedo. En vano tratará la ideología fascista de proyectarlo sobre ese "bastardo" supuestamente condenado a la decadencia: la vivencia de tal decadencia es una vivencia propia. En la confrontación con el marxismo se agudiza ese terror hasta la certeza del propio ocaso: "cadavérico veneno de las doctrinas marxistas" (p. 361), "enfermedad de judíos" (p. 267), "parálisis marxista-pacifista de nuestro cuerpo popular" (p. 361), "abrazo venenoso" de la "sierpe internacional" (pp. 751-752).

El miedo ante el veredicto de la historia se mani-

fiesta en el lenguaje de Hitler conduciéndolo al conjuro de la unidad naturalmente dada. Su lenguaje opone el "ser racialmente unido" al ser "racialmente escindido" (p. 442) y deduce a partir de "la suprema pureza racial" la "suprema aptitud racial" (p. 449), y a partir de la "unidad de sangre [...] deduce la unidad de la fuerza de voluntad y decisión" (p. 442). A los pueblos que *abandonan la conservación de su pureza racial*, se les profetiza en consecuencia la pérdida de *la unidad de su alma*, la *escisión de su ser como consecuencia natural de la escisión de su sangre*" (p. 372).[17] Por esa razón la "educación tendente a fomentar el sentido nacional de pertenencia a la sangre y al pueblo" (p. 490) ha de declararse enfática y firmemente como "la meta de" la labor de formación y educación del Estado popular-racista"(*volkisch*); y la conclusión que corona tal actividad es que "el sentido y el sentimiento de la raza se labre a fuego, instintiva e intelectualmente, en el corazón y el cerebro de la juventud a ella confiada" (p. 475)*.

Desintegración social e integración racista

Tras esa conjurada unidad siguen existiendo en el fascismo los viejos antagonismos sociales de manera inmutada.[18] Cuán poco temía el fascismo la legitimación de las relaciones de explotación existentes al apuntar a esas otras, o sea, a las relaciones racistas de la sangre, lo muestra la siguiente observación. En ella se descubre a una la función tanto política como psicológica de la integración racista: "Una ideología (*Weltanschauung*) que se esfuerza, rechazando la concepción de las mayorías democráticas, en ofrecer este

mundo al *mejor pueblo*, esto es, *a los hombres de raza óptima*, tiene por necesidad lógica, también en el interior de ese pueblo, que obedecer a idéntico principio aristocrático y asegurarles a las *mejores cabezas* el *caudillaje* y la *mayor influencia* en el pueblo interesado. Con ello se basa no en el pensamiento de la mayoría, sino en el de la personalidad" (p. 493)*.

La apelación al principio aristocrático legitima en realidad la disposición sin cortapisas sobre los integrados y los no integrados, o sea, la ilimitada arbitrariedad a la hora de definir los signos mismos de la integración. Ya Horkheimer apuntaba: "La explotación ya no se reproduce en el mercado en ausencia de un plan, sino en el consciente ejercicio de la dominación".[19] Esta observación se dirige al transfondo económico del ritual fascista de integración. Con la independización del dominio político con respecto al proceso de la reproducción económica, el trabajo pierde en el fascismo su significado como medio de ascensión social y política de clases enteras. La ideología racista refleja este aspecto cuando insiste en que la "capacidad" del individuo, a la cual se correspondería su "actividad" en esa escala social, no es "educada" sino "connatural": "un regalo de la naturaleza y no una conquista del hombre" (pp. 483-484). La desigualdad de las relaciones sociales se convierte en la inmutable diferencia de lo "naturalmente" dado. La función política del trabajo se infería antes de su escala social y de su producto económico, ahora se suprimirá este concepto cualitativo a favor de uno cuantitativo. El individuo ya no será juzgado de acuerdo con la cualidad de su labor, sino en razón de la intensidad y los sentimientos con los que ésta se realiza: el idioma distinguirá, pues, entre "prestación

material" en servicio del provecho económico y "prestación ideal" en el servicio del pueblo (p. 483). La "igualdad", se subraya, "no se basa y no puede jamás basarse en las prestaciones de los individuos en cuanto tales, pero es posible en la forma en que cada cual cumple sus propias obligaciones" (p. 485). Como "espíritu ario de trabajo" éste cumple su misión integradora. El "desnudo egoísmo" del judío constituye el antónimo inamovible del "espíritu idealista" y del "ideal sentido de autosacrificio" (pp. 330-331). Hitler no deja lugar a dudas sobre quien será a fin de cuentas el beneficiario de ese "verdadero idealismo".

> También es preciso aquí fijar de una vez por todas nuestro principio rector, a saber, que industria y técnica, comercio y empresa sólo podrán prosperar mientras una *comunidad popular idealmente constituida* ofrezca las necesarias precondiciones. Éstas, sin embargo, no residen en el egoísmo material, sino en la *capacidad de heroísmo y autorrenuncia* (p. 470)*.
>
> Este espíritu, que renuncia a los intereses del propio yo en beneficio de *la conservación de la comunidad*, es en verdad la primera premisa de toda cultura verdaderamente humana. Sólo de ella pueden surgir las grandes obras de la Humanidad, obras que a su autor le proporcionarán poca ganancia, pero que serán bendición riquísima para la posteridad. Efectivamente, sólo en atención a él podremos comprender que muchos soporten con humildad una vida trabajosa que sólo les otorga pobreza y escasez, pero que asegura a toda la comunidad los fundamentos de su existencia. Cada trabajador, cada campesino, cada inventor, cada funcionario, etc., que crea algo sin acceder él mismo a la fortuna y el bienestar, es *portador de esa alta idea*, incluso cuando el *sentido más profundo*

> *de su quehacer* para él permanezca oculto [...]. A ese espíritu fundamental, del que brota esa labor, lo denominamos idealismo para distinguirlo del egoísmo, o sea, de la búsqueda del propio provecho. Con ello entendemos la *capacidad de autosacrificio* del individuo a favor de la comunidad, de los demás hombres [...]. Mas, dado que el verdadero idealismo no es otra cosa sino la *subordinación* de los intereses y de la vida del individuo *a toda la comunidad*, este punto representa a la vez la premisa para la construcción de las formas organizativas de todo tipo y, en el más íntimo sentido, corresponde a la última voluntad de la naturaleza. Ese idealismo sólo conduce a los hombres al *voluntario reconocimiento del derecho primordial de la fuerza y del poder*, y les hace convertirse en un *engranaje más de ese orden* que conforma y construye el universo todo (pp. 326-328).

La argumentación es tautológica y se alimenta de falsas contradicciones (el egoísmo material – la capacidad de sacrificio y renuncia, el interés del propio yo – la conservación de la comunidad, recompensa – bendición, egoísmo – idealismo) y de obstinadas repeticiones (espíritu, espíritu fundamental, espíritu interior, espíritu ideal, idealismo, verdadero idealismo, purísimo idealismo; ponerse al servicio de la comunidad, los intereses de la generalidad, la conservación de la comunidad, el abandono de la propia vida por la comunidad, la capacidad de autosacrificio del individuo a favor de la comunidad, la subordinación de los intereses ante la comunidad). Tal argumentación dispone la falta de contradicción en la "comunidad popular-racista (*Volkgemeinschaft*) únicamente en virtud de su principio sintáctico. En el fascismo la fijación de las metas de producción queda desprovista del marco decisorio por medio del ciego mecanismo

del mercado y de sus representantes políticos, y se ve transferida a una instancia que decide ahora en nombre de la comunidad popular-racista idealmente constituida, o sea de esa elevada idea, o de la subordinación de los intereses del individuo ante la comunidad. Bajo la apariencia de la conservación de "la estirpe y la raza" –del voluntario reconocimiento del derecho primordial del poder y la fuerza– postula el fascismo su propio interés y los intereses particulares al capitalismo en cuanto intereses generales: "La raza no es, cual pretenden los racistas-populistas (*Völkischen*), algo que la naturaleza de forma inmediata haya particularizado. Antes bien, es la reducción a lo natural, a la fuerza bruta, de esa particularidad porfiada que, en lo existente constituye precisamente lo general. La raza es hoy la autoaserción del individuo burgués, integrado en la colectividad bárbara".[20] El fascismo, que pretende colocar en el lugar del Todo liberal, mediatizado por obra del mercado, el Todo terroristamente obtenido de esa comunidad popular-racista (*Volkgemeinschaft*) tiene necesidad, por tanto, de sustituir la tradicional forma dinámica y económica de la integración por otra forma que es naturalmente estática y racista. El Estado, pues, "no es un agregado de económicas partes contratantes [...] para la consecución de cometidos económicos, sino la organización de una comunidad de seres vivos de semejante constitución física y espiritual, con el fin de posibilitar mejor la conservación de su estirpe tanto como la consecución de las metas, preestablecidas por la Providencia, de su mismo ser" (pp. 164-165).

Hitler acentúa una y otra vez que la "curación" del pueblo no puede lograrse por medio de la econo-

mía, sino únicamente en virtud de "factores tanto relativos a la moral como a la sangre" (p. 247), y que la tarea del Estado alemán, la "misión" del pueblo alemán consiste en la "conservación y el fomento de las más nobles partes de nuestro pueblo, de esas que aún permanecen intactas [...] frente al ridículo santo y seña de lograr la seguridad de orden y concordia como pacífico posibilitamiento del engaño recíproco" (p. 439).

Tampoco se pasa por alto la crítica del liberalismo. Sin embargo, al revestirse de categorías racistas, esa crítica enajena su originaria función social. En la alternativa entre el "Estado ario de trabajo y de cultura" y las "colonias parasitarias de judíos" (p. 168), alternativa en cuyas lindes se circunscribe la crítica del liberalismo, la efectividad antisemítica reprime la efectividad anticapitalística. En ese Todo naturalmente dado de "comunidad de pueblo y raza" (p. 451), la ideología fascista crea fáctica e idealmente la instancia en cuyo nombre puede regular, terroristamente, la reproducción política y económica de la sociedad. "El Todo social en cuanto realidad primordial e independiente sobre los individuos se convertirá también, merced a su mismo carácter de totalidad pura, en valor primordial e independiente: el Todo es, en cuanto Todo, la Verdad y la Realidad".[21]

La ideología fascista no sólo mitologiza las formas históricas de integración social, sino que trata de naturalizar otra vez los antagonismos sociales, el mismo mecanismo de concurrencia capitalista. Sin pretenderlo se entrega a la dialéctica del proceso ideológico por ella misma desencadenado. La pretendida inapelabilidad, según la teoría racista, de los antagonismos históricamente superables en cuanto inescapable ley

de la naturaleza, golpea de rechazo a su propugnador. La "naturaleza" se convierte en sustituto de la sumisión social y de las relaciones de dominio. No son éstas, sino la "naturaleza misma [quien] suele [...] en épocas de gran necesidad o de condiciones climáticas desfavorables, o de pobres cosechas [...] limitar la multiplicación de la población en determinados países o en determinadas razas, de modo tan sabio como inflexible. Ella impide no la capacidad de procreación en sí, sino la conservación de los vástagos, al someter a éstos a tan severas pruebas y privaciones que todos los dotados de escasa fortaleza o de débil salud, se verán forzados a regresar al seno de lo eternamente desconocido [...] Al ser tan brutal con los individuos y volverlos a llamar a sí en cuanto no estén dotados suficientemente para la lucha por la vida, ella (la naturaleza) conserva la raza y la estirpe pletórica de fuerzas e incluso la enaltece a más recias capacidades" (p. 144).

Las condiciones sociales imperantes en el capitalismo, o sea, las condiciones de supravivencia y prosperidad, se convierten ahora en inmutadas leyes de una naturaleza ahistórica, esto es, en cuanto "lucha natural por la existencia" (p. 145), "juego libre de fuerzas" (p. 147), "leyes de la lucha y competición eternas" (p. 267), "voluntad general de la naturaleza por conseguir mejores hijos" (p. 312), "impulso hacia la pureza racial" (p. 312), "proceso natural de selección que escoge al más apto, al más capaz y diligente" (p. 676). En tal mistificación –el poderoso económicamente se trueca en *ser racialmente superior, más fuerte, más sano*, y el económicamente sometido en *ser inferior, más débil*; los privilegiados sociales en *mejores*, los no-privilegiados en *peores*–,[22] en todo ello se muestra la

inexorabilidad fáctica de las contradicciones sociales también bajo el propio fascismo. Consecuentemente, pues, Hitler podía afirmar que la ideología nacionalracista no cree "en modo alguno en la igualdad de las razas, sino que reconoce con su diferencia también sus diversos valores, superiores e inferiores, y se siente, en virtud de tal conocimiento, vinculada al deber de exigir, de acuerdo con la voluntad eterna que este Universo domina, la victoria de los mejores y los más fuertes y de reclamar la subordinación de los peores y los más débiles" (p. 421).

Concurrencia y lucha "natural" por la vida

En parte alguna se muestra con mayor diafanidad el carácter contradictorio de la superación del liberalismo que el fascismo proclama sino en la concepción de la lucha por la vida a partir de la cual el fascismo propugna para sí su propia definición como "combate". Tal autoentendimiento se articula lingüísticamente mediante una agria confrontación con el sistema parlamentario, la burguesía y el marxismo. Con ello, Hitler establece lo que Karl Kraus irónicamente ha denominado un "metanegocio lingüístico con la esfera militar".[23] Contra los parlamentarios "charlatanes" y "mercachifles", Hitler opone la "lucha por la ideología" (*Weltanschauung*). Tal combate será dirigido por las "mejores y más valerosas cabezas", por "héroes dispuestos al autosacrificio", por "luchadores valientes hasta la muerte", por "guerreros íntegros", por "caudillos y batalladores" (pp. 114-115): los "grandes luchadores" defienden "elevadas ideas e ideales", mientras que los "políticos" trabajan única-

mente por solventar necesidades del "presente" (p. 232).

Al compromiso político Hitler contrapone la "acerada voluntad de un único movimiento" (p. 578)* a los partidos y a sus programas "la fuerza de convicción de una fe incondicional", y un "valor fanático para la lucha" (p. 414). "En un tiempo, en que un bando está provisto de toda *las armas* de una idea, por más que ésta sea mil veces criminal, y se lanza al *asalto* del orden establecido, sólo puede el otro bando *ofrecer perenne resistencia* cuando él mismo se reviste con ésta en la forma de una fe nueva, en nuestro caso política, y cambia el santo y seña de una *defensa cobarde* y *débil* por el *grito de guerra de un bravo y brutal ataque*" (p. 414).

"Los partidos políticos son proclives a los compromisos. Los ideales [*Weltanschauungen*] no lo son jamás. Los partidos políticos cuentan ellos mismos con los oponentes, los ideales (*Weltanschauungen*) proclaman ellos mismos su propia infalibilidad" (p. 507)*. "Intolerancia infernal", "violencia", "terror" (pp. 506-507), son las armas políticas del "movimiento de combate" (p. 510) en la "lucha por la ideología" (p. 620); la meta es la "guerra de exterminio ideológico (*weltanschauunglich*) contra el marxismo y sus engendros" (p. 612, cf. p. 773), la "lucha contra el capital financiero y emprestatario internacional" (p. 223), la "lucha contra el peligro judío mundial" (p. 724).

Hitler comprende esa lucha bajo la expresa apelación a la "vida económica del capitalismo" (pp. 500-501), en cuanto "competición, juego de fuerzas" (p. 571), en cuanto "lucha competitiva" (p. 572). Así como lo reprimido se expresa en tales formulaciones, también la "lucha" en su conjunto vive la contradic-

ción señalada para la ideología fascista. En la mitificación de la lucha fascista en cuanto "combate de la humanidad por su existencia presente" (p. 496), en cuanto "lucha vital del hombre sobre este planeta" (p. 496), "dura lucha vital" (p. 497); combate por "asegurar la pervivencia y la multiplicación de nuestra raza" (p. 234)*, este combate se convierte en objeto de la "inapelable lógica" de la "naturaleza" (p. 571), de las "leyes eternas de la vida sobre esta tierra, leyes que son lucha por esta vida y que lo seguirán siendo" (p. 773). Esa incansable insistencia en la "fuerza y actividad creadora de la persona individual" en cuanto contrapuesta a la "masa" (p. 495), el enojoso juego con conceptos-fetiches, tales como "principio de la personalidad" (p. 498) frente a la "teoría de masas" del marxismo (p. 499), "el principio organizador de la humanidad aria" y el "principio destructor del judío" (p. 498), todo ello evidencia que la lucha fascista ha de entenderse en el plano ideológico tanto como en el práctico, como protesta desesperada contra el progreso y como protesta contra el anulamiento en lo mistificado y amenazante de unas contradicciones sociales vividas como poderes de la misma naturaleza.

Con tal "deshistorización de lo histórico", que traiciona el interés del fascismo en la "estabilización de una forma de relaciones sociales que ya no se justificará apelando a la situación histórica",[24] el fascismo se prestó flaco servicio a sí mismo y a los estratos sociales en él interesados. A esto apuntan el "fanatismo" y la "intolerancia" (p. 384), la "intolerancia inflexible" y el "fanatismo religioso" (p. 385), la "energía sin miramientos" (p. 541), el "brutal arrojo" (p. 541), el "fanático valor en la batalla" (p.

414), la "brutal decisión" (p. 29, cf. también p. 564), la "intolerancia infernal" (p. 506). En el marxista le impresiona a Hitler su pregunta "brutalidad activista" (p. 596)*, su "decisión brutal" (p. 513); en los sindicatos le impresiona el presunto "deber de la intolerancia" (p. 678); en el cristianismo la "intolerancia fanática" (p. 506); en el "judío" su intolerancia y su fanatismo" (p. 506).

Sin advertirlo regresa así la irreconciabilidad tenazmente negada por Hitler, de los antagonismos sociales en el retrato del irreconciliable luchador fascista. Con todo, bajo las condiciones del proceso por fuerza detenido de la reproducción social, su brutalidad resulta ser la expresión rabiosa de esa impotencia con respecto a las condiciones reales de la sociedad, a la cual se condena el fascismo, merced a la reducción del rendimiento productivo a ese improductivo "espíritu" (*Gesinnung*). No es, pues de extrañar que las cualidades del luchador fascista se asemejen a las del ficticio trabajador fascista: "lealtad" (p. 402), "fidelidad", "disposición al sacrificio" (p. 461)*, "responsabilidad y cumplimiento" (p. 464)*, "voluntad honrada" (p. 575), "pasiones fanáticas", "histéricas" (p. 475)*, "pasión nacional" (p. 738).

El "verdadero idealismo", que conduce "a los hombres al voluntario reconocimiento del derecho primordial de la fuerza y del poder" (pp. 327-328), no está alejado de ese idealismo heroico que amenaza a la demanda por su propia utilidad en el interior del Todo social con la destrucción de ese mismo Todo. El continuo conjuro de la "sagrada convicción" (p. 409), de "la fuerza de convicción de la fe incondicional" (p. 414), de la "convicción fanática" (p. 509) e "íntima" (p. 757), de la "convicción" de la propia "superiori-

dad" (pp. 611, 456); la patética apelación a la "fe política" (pp. 414, 418, 419), a la "fe sugestiva en la propia superioridad" (p. 456), a la "fe ciega en la justicia de la doctrina" (p. 512), a la "fe fanática en la necesidad de la victoria" (p. 597)*, finalmente la jura del "credo político" (pp. 511, 424)*, todo ello debería acallar la insignificancia y el peligroso atraso de cuanto se demanda creer. Pero el mismo solemne discurso sobre la "sagrada misión de nuestro movimiento" (p. 551, cf. p. 680), la "misión liberadora" (p. 578), la "misión y el futuro" del movimiemto nacional-socialista (p. 575, cf. pp. 632, 719, 731, 743), la "elevada misión" (p. 660), la "joven idea misionera" (pp. 751-752), todo ello no logra que la sospecha de la vanidad del propio combate se vea reprimida. A la vez, el *pathos* nutrido del vocabulario clásico de la libertad cumple una importante tarea ideológica. Marcuse ha insinuado que también en el fascismo "la estabilización del orden presente de la vida [...] sólo es posible de una forma que a la vez libera las fuerzas progresistas del desarrollo".[25] En el *pathos* del luchador heroico la lengua hitleriana se enseñorea de tales fuerzas —por cierto que con una reinterpretación rica de consecuencias—. En cuanto puro espíritu (*Gesinnung*), en cuanto "relaciones existenciales de cosas",[26] aquéllas enajenan su originario contenido y se ponen a disposición de los cometidos fascistas. El desciframiento histórico-económico de tal proceso de enajenación evidencia meridianamente que tales cometidos o metas son idénticos con los del capitalismo: "Cuando, empero, algunos tratan de entender estos argumentos se observa clarísimamente en qué extraordinaria medida el concepto de lo heroico se ha transmutado en sus manos, y cómo las virtudes de la

resistencia, la decisión, la inflexibilidad que ellos celebran son en realidad menos las del soldado cuanto las del avezado en la lucha de clases. Lo que aquí, primero bajo la máscara del voluntario en la guerra mundial, después del mercenario en la postguerra, se formula es en verdad el cuadro del seguro combatiente fascista en la lucha de clases, y lo que los autores entienden bajo el concepto de nación es una clase dominante protegida sobre ese plano, clase que a nadie ha de dar cuentas y, menos que a nadie, a sí misma; clase que, entronizada en su escarpada altura, muestra los rasgos de esfinge del productor, el cual promete ser en muy breve tiempo el único consumidor de sus propios bienes".[27]

3. Antisemitismo: destrucción versus autodestrucción. Antisemitismo burgués y fascista

El antisemitismo de Hitler no es imaginable sin las corrientes antisemitas aparecidas en la Alemania [28] y la Austria decimonónicas.[29] Más importante, empero, que apuntar a la, en ocasiones, sorprendente similitud entre el vocabulario antisemita de Hitler y los bien engastados tópicos heredados del tradicional antisemitismo de cuño cristiano-social o nacional-social pequeño-burgués,[30] son las diferencias evidenciables en sus funciones sociales respectivas. Margherita v. Brentano ha llamado la atención sobre este aspecto de manera harto significativa. El antisemitismo de la sociedad liberal, el cual surgió a una "con la revolución burguesa, el liberalismo y la economía industrial", era una "válvula de escape y un fenómeno de la reacción pequeño y medio burguesa, el antilibera-

lismo y el anticapitalismo".[31] Precisamente en Alemania, en donde la emancipación política no coincidió con el progreso económico, la "sima entre espectativa y realidad del liberalismo [...] era profundísima",[32] era particularmente fuerte la sensibilidad ante esta forma de protesta antiliberal y anticapitalista. Con la "mutación de la sociedad tardoliberal en el fascismo", la función social del antisemitismo se transformó: "de válvula de escape, de puro mecanismo de diversión y fenómeno concomitante, el antisemitismo se convierte ahora en fermento y núcleo que se amalgama a ese despotismo gradualmente omniabarcador".[33] El antisemitismo liberal tenía que redirigir la agresión de las masas sometidas contra el capitalismo y el dominio burgués hacia los judíos. Como las esferas de distribución y de circulación ocupadas por judíos son evidentemente el *locus* de la explotación, su posición económica y social resultaba entonces extraordinariamente vulnerable: en ellos se "cargaba la injusticia económica de la clase".[34] El antisemitismo fascista coloca tal agresión directamente al servicio de la dominación: "el terror dirigido contra los judíos se convirtió en prototipo del dominio; en su destino podía ver cualquiera lo que les sucedía a aquellos que no le eran gratos al sistema".[35] El antisemitismo hitleriano traiciona, a pesar de su asimilación de modelos ideológicos tradicionales, esa mutación de la función social. En la pintura del judío se reflejan desfiguradas las inentendidas o desmentidas contradicciones de la sociedad capitalista: El fascismo redirige contra los judíos la agresión y las frustradas esperanzas de las masas; contra los judíos, en fin, proyecta su propio ser mendaz, sus deseos secretos, su propio ocaso. El retrato del judío que debemos a Hitler comporta ras-

gos ambivalentes; refleja, cierto, "la totalidad del mal, de la ignominia, de la degeneración del género y de la comunidad humanas", pero también "la totalidad de las esperanzas, de los cuadros de felicidad y reconciliación, de justicia y de unidad" a los que el fascismo mismo obstinadamente repudia y persigue.[36] En el antisemitismo de Hitler culmina, pues, ese proceso de represión ideológica y lingüística que observamos en *Mi lucha*.

Mistificación del capitalismo: enfermedad, conjura y decadencia mundiales

El diagnóstico atribuye al "parásito" (p. 334), a la "sabandija" y al "bacilo" (p. 334) judíos, a la "sanguijuela" judía (pp. 339, 340) y a esos "parásitos de los pueblos" (pp. 335, 358, 630) la causa de esa mortal enfermedad en la que se verán mistificadas las contradicciones del capitalismo. El miedo ante el veredicto de la historia, miedo que se resuelve en fantasías de envenenamiento, inventa siempre nuevas pesadillas. Éstas se extienden desde la "bastardización judía, el envenenamiento y el inficionamiento de nuestra sangre" (pp. 629-630), el "envenenamiento racial de nuestro cuerpo popular" (p. 432), la "destrucción de nuestra sangre" y el "emponzoñamiento" (p. 427) hasta la "bastardización de la raza blanca" (p. 357) y del "continente europeo" (p. 704). Bajo cada apariencia Hitler sospecha la presencia de un "agente" judío: bajo el "espantoso envenenamiento de la salud de nuestro pueblo" (p. 269), la "infección política, moral y de costumbres del pueblo" (p. 269), pero también bajo la Revolución del octubre ruso

(pp. 358, 586) y del noviembre alemán (p. 585). Hitler pone en guardia contra el "enjudaizamiento de nuestra vida espiritual" (p. 271), contra el "veneno cadavérico de la ideología marxista" (p. 361), y califica el marxismo como "enfermedad judía" (p. 277), y el proceso íntegro de enajenación social y formación de clases en el capitalismo lo apostrofa como "enjudaizamiento interno" (pp. 348-349).[37]

El lenguaje fascista deja que la protesta anticapitalista se disuelva en la denuncia del inductor de la enfermedad. La "tiranía esquilmadora" (p. 339), el "saqueo" (p. 339), la "explotación del hombre" (pp. 340, 349), el "esclavizamiento" y la "aniquilación" (p. 351) quedan fijos en el cuadro de la "sanguijuela judía". En el capítulo "Evolución del judaísmo" (pp. 338 y ss.) Hitler bosqueja la contradictoriedad del capitalismo; sin embargo, la contradicción histórica entre teoría y praxis, entre ideología democrático-humanitaria y social-liberadora por un lado y sometimiento efectivo por otro viene entendida como resultado de inmutables rasgos característicos del ser "racial" del "judío": su "brutalidad rapaz" (p. 354), su "locuacidad", su "diabólica habilidad", su "mendacidad dialéctica" (p. 67), su "carencia de escrúpulos" (p. 341). La idea de la comunidad popular fascista, cuyos miembros se ven integrados de forma inmediata gracias a la prueba de su sangre "aria", se vincula sin mayor esfuerzo con el concepto pervertido de la "nación aria". A los "compañeros de pueblo y de raza" (p. 453) se les opone el *judío parásito*, el *judío internacional*. La aparente contraposición entre "economía nacional" y "capital internacional" (p. 214), entre el capital "creador" del ario y el capital "rapaz" del judío,[38] borra de manera eficaz la existente entre

expotadores y explotados. La expresión "judíos tiranos de los pueblos, unidos por el dinero y la sangre" (p. 703) ya no recuerda la explotación sistemática que tiene lugar en las condicones del capitalismo internacional. Hitler se sirve de sus fórmulas hipnóticas: "economía nacional" (pp. 53, 214, 233), "industria nacional" (p. 675), "cuerpo popular nacional" (p. 675) *versus* "capital internacional" (pp. 214, 233), "judío internacional" (pp. 498, 675), "finanza judía mundial" (pp. 702, 703), "judaísmo financiero supranacional" (p. 675)*, "bolsa de la judería internacional" (p. 629), "capital bursátil del judío" (p. 702), "judería internacional de las finanzas mundiales" (p. 702). En vez de explotación hallamos: "internacionalización de la economía alemana" (pp. 233, 257, 702). Únicamente en esa coyuntura se habla de la "esclavización de pueblos libres" (p. 675; cf. p. 702); del "yugo esclavo del capital internacional" (p. 265); de la "opresión política y del saqueo económico", así como del "esquilmamiento" (p. 765). El despotismo existe tan sólo en cuanto "despotismo de la judería financiera internacional" (p. 505), la explotación como "saqueo de los trabajadores alemanes bajo el yugo de la finanza mundial judía" (p. 703).

La ideología fascista, al presentar las condiciones reales de la explotación en el capitalismo en cuanto expresión de la inmutable naturaleza del judío, continúa el proceso de independización y mitificación de las contradicciones sociales. Hitler denuncia con denuedo el poder del "parásito judío".

Judía es la prensa: la "prensa democrática judía" (p. 191); la "prensa judía" (p. 664; cf. pp. 332, 345); la "prensa judía de la bolsa y los marxistas" (p. 703); "las gacetillas judías burgués-democráticas" (p. 267),

"la jauría de la prensa judía" (p. 544), "las víboras de los diarios judíos" (p. 269). *Judíos* son el sistema parlamentario y los partidos políticos: "necedad del parlamento democrático de estirpe judía" (p. 690), "partidos judíos" (p. 336). *Judía* es la democracia: "democracia judía" (p. 99, cf. también pp. 347 y ss.), "el pensamiento judío democrático de la adoración ciega del número" (pp. 307-308). *Judía* es la república de Weimar: "imperio judío-democrático" (p. 643)*, cuya "dirección [...] está en manos de judíos" (p. 760). *Judío* es el marxismo (pp. 69; 350 y ss., 498 y ss.); sus dirigentes serán designados con el apelativo de "chusma de gerifaltes judíos" (p. 185), "judaicos envenenadores del pueblo" (p. 185), "hebraicos corruptores del pueblo" (p. 772). El marxismo es "el arma económica" del "judío internacional", de la que se vale para "esclavizar a los pueblos libres" (p. 675); el "capital bursátil de la judería internacional" o, en su caso, la "judería internacional de las finanzas mundiales" se sirve de las "tropas de combate marxista" o, en su caso, "bolcheviques" para la "internacionalización de la economía alemana" (p. 702); en el "mundo bolchevizado" (p. 723) se realiza el presunto sueño de la "hegemonía mundial del judaísmo" (p. 343).[39] M. von Brentano ha observado a este propósito: "El catálogo de cosas cuya culpa recae en los judíos es ilimitado [...]. Judío es el capitalismo y el socialismo, judíos son quienes inventaron el liberalismo [...]. Los judíos están tras los gobiernos establecidos pero también son judíos quienes maquinan las revoluciones. Judía es la guerra y el pacifismo [...]; judío es, en una palabra, todo cuanto existe en realidad".[40]

La potencial hostilidad omniabarcadora del antisemitismo reposa en determinados síntomas psíqui-

cos emparentados con la paranoia. Rudolph M. Loewenstein observó entre los antisemitas pronunciadas "tendencias hacia la generalización y, a la vez, a la simplificación y personificación de las fuerzas de la naturaleza y también de los pueblos"; [41] además la proclividad a la demonización y mitificación de los judíos" y "una indestructible creencia en la solidaridad de los judíos" [42] y la delirante representación de una conjura judía mundial encaminada a "esclavizar el universo".[43] Loewenstein y sus observaciones confirman los resultados del análisis ideológico y lingüístico.

El antisemitismo de Hitler sucumbe a esa misma dinámica contradictoria que la ideología fascista había desencadenado merced a su naturalización y personificación de las contradicciones sociales. El mundo real se le aparece siempre como imagen de ese ficticio contramundo judío. En la pintura del "imperio universal de sátrapas judíos" (p. 723), del "imperio mundial judaico" (p. 723), del "milenario imperio de los judíos" (p. 724), de la "hidra universal judía" (p. 721)*, de la "dictadura universal judía" (p. 721), del "sueño de la hegemonía judía mundial" (p. 343, cf. pp. 352, 504), las contradicciones sociales reprimidas adquieren una apariencia amenazante y mágica. Y en cuanto fuerzas de la naturaleza golpean de rechazo al causante de su represión. Bajo el pretexto de la destrucción del "mortal enemigo" judío (p. 386, cf. p. 123), del "peligro judío mundial" (p. 724), el fascismo realiza la destrucción de la totalidad del mundo al que tiene acceso: "Puesto que lo judío está en todo, el logro del bien es sinónimo de aniquilación de los judíos y con destrucción total".[44] Por eso, el lenguaje de Hitler conjura la "salvación de la

humanidad aria" (p. 475)* de continuo ante el transfondo oscuro del caos y del ocaso: "La bolchevización de Alemania [...] es únicamente el prólogo de la extensión mundial de esta tendencia judía a la invasión del orbe. Como tan a menudo sucede en la historia, Alemania es en las violentas disputas el punto más decisivo. Si nuestro pueblo y nuestro Estado se convirtieran en víctimas de esos tiranos de pueblos, de esos judíos sedientos de dinero y de sangre, entonces la tierra entera se hundiría en el abrazo oprimente de ese pulpo; si Alemania se libera de tal peso sofocador, entonces todo el mundo puede verse franco de ese inmenso peligro para los pueblos". (p. 703).

La pintura del planeta deshabitado por los hombres y evolucionando en el éter: "Si vence el judío con la ayuda de su credo marxista sobre los pueblos de este mundo, entonces, su corona será la aureola funeraria de la humanidad toda y entonces girará este planeta, sin hombres ya, perdido en el éter como hace millones de años" (pp. 69-70), la del "oscuro velo de una época sin cultura" (p. 421), la aniquilación "de documentos de una historia milenaria" (p. 432), la del "gran campo de cadáveres anegado por el agua y el fango" (p. 432) anticipan, en el ficticio poder destructivo de los judíos, el auténtico caos en que el fascismo transforma el mundo.

Si el fascismo, de acuerdo con Max Horkheimer, era la forma de dominio capitalista libre de las mediaciones políticas e institucionales de éste,[45] de igual manera la teoría racial antisemita constituía la premisa ideológica pero también el precio que aquél había de pagar en su intento por "domeñar de forma inmediata los antagonismos sociales [...] mediante la praxis de la violencia planificada".[46] Adquiría el do-

minio sobre el enemigo de clase a costa de la siempre presente amenaza del ocaso propio y ajeno por obra de un ficticio enemigo de raza. Fracasó al fin porque sobre ese ficticio enemigo de raza se impuso el auténtico enemigo de clase, sobre la reconciliada naturaleza las inaplacadas contradicciones de la sociedad, sobre el luchador fascista la rabia destructiva de quien había sido por tanto tiempo derrotado, y sobre el destino del pueblo condenado como inferior el juicio histórico del propio ocaso.

MANIPULACIÓN E INTERÉS

> La Revolución francesa ha hecho amanecer entre las gentes, mediante el lenguaje general al que se llegó con ella, una determinada certeza que ya no puede destruirse fácilmente. Quién sabe si los grandes hombres no estarán obligados a introducir la barbarie.
>
> GEORG CHRISTOPH LICHTENBERG

PREMISAS SOCIOPSICOLÓGICAS DEL LENGUAJE FASCISTA Y NEOFASCISTA

En el libro de Hitler el título nos induce ya a error: éste no designa el combate personal y las experiencias vitales con él vinculadas del individuo Adolf Hitler, sino la típica experiencia vital y los usuales tópicos ideológicos del militante pequeño-burgués en la Alemania capitalista de la postguerra. Por esta razón, más importante que sus rasgos individuales nos parece, en el lenguaje de Hitler, eso que es general y que en él se expresa.[1] Esas generalidades se basan en una tradición espiritual popularizada y en una experiencia social colectiva. Entre estos elementos se cuentan, en primera línea, el antisemitismo del siglo XIX, el pesimismo cultural tanto filosófico como vulgar, el darwinismo social, pero también las vivencias de la guerra mundial y el resumen de procesos bélicos, or-

ganizativos y técnicos característico para los representantes intelectuales de la generación del frente.[2]

Alexander Bein ha mostrado mediante el ejemplo de la historia del término "parásito judío", cómo el análisis atinente a la historia del vocablo, y la función social e histórica de la lengua pueden interrelacionarse de forma significativa.[3] Los rasgos característicos del lenguaje hitleriano, típicos y generales pero también históricos e individuales, sólo pueden explicarse en relación con la función social de la lengua: "No se trata de la progenie de las palabras, sino de la expresión que históricamente ha crecido en ellas y del valor que en el ensamblaje lingüístico se les otorga".[4]

La misma contradictoriedad del vocabulario histórico empleado por el lenguaje fascista y transmutado en su función precisa una explicación. Si bien el fascismo ha abolido la liberal "mentira de la justicia en el seno de la sociedad moderna, la mentira del camino franco, la mentira del juicio de Dios manifestado en el éxito, todas las mentiras culturales que envenenaban la vida [...]",[5] no por ello ha destruido las condiciones sociales en cuyo seno injusticia y opresión eran producidas. Precisamente por esta razón el lenguaje fascista no puede prescindir de conceptos heredados de la ideología liberal. En la medida en que los mecanismos de la concurrencia, el auge económico-social y las contradicciones del capitalismo no se emplean involuntariamente en giros como "el proceso de selección natural" (p. 676), del "libre juego de fuerzas" (p. 422), del "principio aristocrático de la naturaleza" (p. 69) y del "principio de la personalidad" (pp. 498-499), tendremos que su función o, en su caso, el clásico correlato ideológico a ellos atribuido, han sido conscientemente mutados.

Así, la Humanidad se convierte en "humanidad de la naturaleza [...] la cual aniquila a los débiles para hacer sitio a los fuertes" (p. 145); impedir la procreación de "descendientes tarados" se convierte en "la más humana tarea de nuestra especie" (p. 279); el "más sano derecho humano" es el de la conservación de la pureza de sangre (p. 444), y la reproducción se convierte en el único "derecho natural" (p. 275). La ideología popular-racista (*völkisch*) corporifica así la "verdad eterna" (p. 422).

La Ilustración y el primer liberalismo habían cifrado sus esperanzas en un mundo liberado de la necesidad y el sojuzgamiento, formulándolas lingüísticamente en una simbología de la luz. En el lenguaje fascista las mismas imágenes expresan la inescapable realidad del dominio y la sumisión. El ario es "el Prometeo de la humanidad, de cuya luminosa frente brotó la divina llama del genio en todas las edades, llama siempre productora de fuego nuevo que iluminó, en cuanto conocimiento, la noche de los silenciosos secretos e hizo elevarse al hombre al grado de dominador de las demás criaturas de esta tierra. Si ese fuego se apaga, quizás en pocos milenios espesas tinieblas se abatirán otra vez sobre la tierra, la cultura humana desaparecerá y el mundo quedará desolado" (pp. 317-318). El fascismo realiza sus propias imágenes: "la macilenta humedad, la obscuridad medrosa, la horrenda pesadilla (p. 173), la "profunda tiniebla" (p. 317), la "noche de la vida cultural" (p. 320). La "redención de una humanidad aria en lucha" (p. 725)* y el "luminoso signo de un tiempo más claro" (p. 724) son, con todo, sinónimos de la decadencia.

En tal aparente perversión de la ideología liberal (*liberalistisch*), el fascismo no hace en realidad sino evi-

denciar de forma meridiana la perversión de hecho existente en la sociedad liberal avanzada. De este modo, se ha visto en el fascismo no el antónimo del liberalismo, sino su consecuente seguidor. La propaganda fascista se sirve sin ambages de los medios de la técnica propagandística del capitalismo: de la repetición, de fórmulas hipnóticas y del *slogan* que veta el "pensamiento en ciclos cerrados [...] y el reconocimiento de las contradicciones", y degrada al oyente "en cuanto receptor de órdenes [...] encaminadas a la realización de una praxis cosificada".[6] Otros rasgos característicos nos recuerdan el lenguaje de la comunicación pseudopública y del pragmatismo científico propio del capitalismo tardío: en primera línea una total instrumentalización de la lengua, la cual disuelve todo contenido que pudiera proceder de reflexión crítica y de la conciencia de la contradicción mediante una red de factores condicionantes, comparativos y manipuladores. La disolución de la sintaxis clásica corre paralela a este punto. Construcciones asindéticas en bloque, antítesis congeladas y la hipertrofia de las oraciones conjuntivas son claras muestras de la relación mermada entre la lengua y la realidad social que ésa habría de mediatizar. El lenguaje político se niega a representar sintácticamente cualquier comunicación, y se trueca ahora en fórmula, en denuncia y en orden. La destrucción de la frase es el correlato lingüístico de la represión de las contradicciones sociales que acaece en el fascismo. Ante la feudalización de las condiciones sociales el lenguaje fascista reacciona con la formalización de sus contenidos. Esto se evidenciaba bien a las claras en el vocabulario racista supletorio, en lo referente al origen de la mediación social, del trueque, de la emancipación y del

desarrollo histórico. En la frase analítica, el movimiento del pensamiento se queda detenido y la aseveración adquiere un carácter tautológico. Roland Barthes ha descrito la tautología como "rabiosa fractura de la inteligencia con su objeto". "Ésta [la tautología] es arrrogante amenaza de un orden social dentro del cual no se podría pensar." [7] Considerada así, la tautología se convierte en figura clave estilística del lenguaje fascista y del moderno lenguaje publicitario.

Junto con esos rasgos modernos el lenguaje de Hitler manifiesta también una serie de trasnochados e históricamente superados rasgos característicos. Éstos tenían que ser por fuerza olvidados por una crítica que sin fundada prueba y puntos de detenimiento pretendía ver en el fascismo el necesario estado final del capitalismo desarrollado. Aquella afirmación de Horkheimer, para quien la humanidad "desde el fracaso de la economía de mercado [...] está de una vez por todas confrontada con la opción entre libertad y dictadura fascista",[8] sigue poseyendo hoy también invariable actualidad, aun cuando las premisas históricas se hayan modificado a resultas de la profunda recuperación que ha convertido la economía de mercado capitalista en planificado capitalismo de Estado, y aun cuando se anuncie con "la transformación de la democracia" la posibilidad de un tránsito imperceptible e institucionalmente garantizado hacia el fascismo.[9]

Todo ello hace del "nacionalsocialismo", en cuanto manifestación histórica del fascismo, un ejemplo de malhadada consolidación del capitalismo, ejemplo que en idéntica forma no podrá repetirse, al estar vinculado a precondiciones históricas definidas.

Los contenidos del lenguaje o ideología fascista nos parecen hoy históricos en cuanto que en ellos no se expresan condiciones esenciales del capitalismo mismo, aunque no ocurre así con las disposiciones psíquicas de las cuales el lenguaje fascista se sirvió para su manipulación de las masas y que aún hoy existen.

El éxito del fascismo se cimentaba en el hecho de que metamorfoseó la función de los instintos destructivos de las masas sometidas y logró emplearlos durante algún tiempo para servir a la estabilización de su propio señorío. El fascismo desvió el legítimo rechazo del capitalismo por parte de aquéllas contra los aparentes representantes de este último, contra grupos e imágenes de enemigos inventados, contra minorías indefensas y sometidas, a la vez que dirigía la agresión no empleada en el sendero del culto colectivo al caudillo.[10] En este proceso, la ideología y la praxis fascistas se apoyaron sin escrúpulos en el carácter social dominante en la Alemania de entonces, carácter cuyos rasgos definitorios Th. W. Adorno y otros autores han analizado en su estudio sobre *The Authoritarian Personality*.[11] Esta personalidad se tipifica, de acuerdo con ellos, mediante un apego estricto a la normatividad moral (rigidez), sometimiento ciego a los criterios de juicio correspondientes al grupo dominante en el cual se está incluido (*in-group*), rechazo estereotípico y arcaico instinto de destrucción hacia ese ficticio grupo que se excluye (*out-group*) (por ejemplo, judíos, comunistas, negros) y, en fin, por temores ante sus conjuras y por fantasías de omnipotencia. Su pensamiento político, que se plasma con preferencia mediante categorías de poder, se limita a la repetición estereotipada de tópicos conformes con el sistema de

dominio (*pensamiento-ticket*), a la personificación de los procesos sociales y a la rigurosa partición del mundo entre lo bueno y lo malo. Ésos son rasgos que, robustecidos por la necesidad general de adaptación propia de las clases medias en la situación de crisis de la postguerra,[12] se evidencian en el lenguaje de Hitler[13] y pueden presentarse en cualquier época en el seno de sociedades dotadas de comparable estructura económica.

Especialmente sensibles a la propaganda fascista son las capas sociales de la pequeña burguesía y de la clase media burguesa; éstas reaccionan frente a su vulnerabilidad estructural ante las crisis económicas propias del capitalismo tardío, con una proclividad a la agresión apenas velada, con pasiones incontroladas, con desconfianza, con temor y con estereotípicos complejos de prejuicios. Leo Löwenthal y Norbert Gutermann descubrieron en sus investigaciones sobre las formas de aparición y las condiciones psicológicas de los prejuicios de masas en USA la inmediata relación entre la impotencia económica, social y espiritual de las capas de población amenazadas y su receptibilidad ante la agitación fascista: "Las gigantescas burocracias industriales oprimen la situación de los pequeños productores independientes, la estructura patriarcal de la familia se destruye, los vínculos elementales de la personalidad entre los individuos se quiebran en un mundo cada vez más mecanizado; la especialización fractura la vida en comunidad y la vieja tradición queda anegada en la cultura de masas [...]. Los grupos que, en el presente, son en nuestra sociedad más receptivos ante esa agitación, advierten ese malestar de manera particularmente aguda, y ello precisamente porque, quizás, están sometidos a la

compulsión del desarrollo social, inescapable para la conciencia en sus formas expresas. Así, aunque ese malestar denota un hecho social, resulta que, a la vez, lo vela y transmuta. El malestar no se cimenta ni en una ilusión del auditorio ni en una invención del agitador; es el síntoma psicológico de una situación asfixiante. El agitador no trata, empero, de mostrar la trabazón de ese síntoma con la situación que se halla en su base. Antes bien, conduce a sus oyentes mediante sus trucos a aceptar precisamente esa misma situación cuyo resultado objetivo es el malestar. Su aparente protesta contra esa situación represiva sólo sirve al agitador para vincular a ésta, de forma tanto más estrecha, con sus oyentes. Puesto que tal aparente protesta nunca conduce a la solución real, lleva al oyente tan sólo a buscar en estallidos irracionales siempre un nuevo alivio a su duradero mal. Así pues, no es el agitador mismo el que crea el mal; mas lo fortifica y lo atrinchera porque bloquea el camino que conduce a la superación de sus causas".[14]

Löwenthal y Gutermann desarrollaron, valiéndose del material recogido, una tipología de la protesta aparente en la cual se evidencia la evocación de un mundo enemigo, el delirio de la conspiración y las fantasías de la decadencia como transfondo emocional para el despliegue de esas proyecciones de estereotipos hostiles. Tal enemigo se representará, por un lado, en la forma del "rojo", del "plutócrata", en cuanto "peligroso archidemonio cuasibiológicamente determinado",[15] pero, a la vez, se le entrega a la persecución, en cuanto criatura débil e indefensa en la forma de un gángster y asesino sin escrúpulos, de un parásito y un gusano.[16] En esa dialéctica de lo débil y lo fuerte, que sobre todo se manifiesta en el

caso de los judíos,[17] se refleja a su vez la dialéctica de la agresión ciega y de la impotencia, de la cual sociopolíticamente brotan la agitación política y el lenguaje fascista.

En las situaciones de crisis, en épocas de represión económica o política, este mecanismo psicológico que se asocia con la imagen de la personalidad autoritaria está a mano. Ello se evidencia no sólo en el lenguaje del neofascista NPD, sino también en las manifestaciones de políticos pertenecientes a partidos democrático-burgueses. El lenguaje del NPD, al que Reinhard Kühnl acredita con el "rechazo de los conflictos sociales" y "una nostalgia de unidad y cerrazón, de tranquilidad y orden, de una síntesis que promete la defensa del amenazado status social",[18] evoca el caos y la decadencia,[19] sustituye la argumentación por el *slogan* y la afectividad,[20] reduce los problemas económicos del capitalismo tardío a los efectos de la "alta finanza internacional de los americanos" [21] y coloca en el lugar de la crítica racional y de la praxis política una filosofía denunciatoria del chivo expiatorio. Cuidadoso aún en lo referente a los judíos —aunque sigue manteniendo que el llamado *Morgenthauplan* era un "instrumento de la invasión mundial del bolchevismo"— [22] fustiga, no obstante, sin miramientos, a minorías aparentemente poderosas y peligrosas que en realidad son minorías inermes: así estigmatiza a extranjeros y *Gastarbeiter* como criminales y comunistas; [23] ve a prensa, radio y televisión como feudos maniobrados por comunistas y socialistas; [24] y la violencia de la agresión acumulada se dirige a los intelectuales. La progenie de sus palabras de invectiva es evidente: "moho", "agitadores de la opinión pública", "bolcheviques de la cultura, pornógrafos",

"izquierdistas fabricantes de la opinión".[25] Las uniones típicas –con vocablos como demente, comunista, criminal– se evidencia de forma más clara en la confrontación social, adjetivada sin la menor contemplación, con el estudiantado. "Chusma que sólo se propone destruir", "excesos del populacho estudiantil", "degenerada chusma académica", "jauría de gamberros salvajes [...], alborotadores profesionales", "escandalosos", al hablar de los cuales no se trata de un problema político, sino médico, de una "enfermedad psíquica", de "envenenadores dirigidos a distancia que emponzoñan el cuerpo popular", de "perturbados mentales", "evidente tendencia de los jóvenes revolucionarios rojos a manejos criminales", "las figuras sucias, depravadas y abúlicas de los estudiantes". Éstos o parecidos son los tópicos que encontramos.[26]

Entre tal vocabulario, tomado evidentemente del instrumental lingüístico del fascismo y fórmulas tales como "compinches de la anarquía" (*Filbinger*),[27] "bufones semiintelectuales",[28] "alimañas para las que no son aplicables las leyes concebidas para los hombres", "enfermos del espíritu" [29] (*Strauβ*), los "pueriles anabaptistas",[30] la "plaga" [31] (*Kiesinger*) y "esa criatura sin lavar, mugrienta y piojosa que es Dutschke" [32] (*Franz Xaver Unertl*) apenas si existe –en lo relativo a contenido, origen y función de la lengua– diferencia alguna. La creencia en la conjura mundial y "la radical partición del orbe en bueno y malo, que destruye todo espacio asequible a la diferenciación, matización, argumentaciones razonables y ponderaciones, sino que reclama el enfrentamiento total y la anulación completa del otro",[33] esa creencia no se circunscribe, en modo alguno, a los representantes del NPD; así, hallamos por ejemplo a Richard Jaeger

en 1955 explicando que "la mitad del mundo está regida por caballeros, la otra mitad por bandidos,[34] o en 1969 el *Bayernkurier* exigía con motivo de la clausura de la Academia Muniquense de Artes Plásticas que "es preciso destruir el semillero del mal de igual forma que se corta un tumor para que no infecte totalmente el cuerpo".[35]

En expresiones de esa índole no se evidencia únicamente el deterioro general del lenguaje público, deterioro que se logra *pari passu* con la destrucción de los derechos fundamentales e instituciones democráticas; asimismo nos hablan de la ruptura de toda comunicación —como hoy mismo determina la estrategia electoral— hasta la amenaza de un estadio alingüístico en el cual domine de forma inmediata esa fuerza cuya denuncia omitió el lenguaje. Las experiencias y las necesidades de las masas en el capitalismo tardío, encerradas en aquellos ciegos estereotipos —dependencia, impotencia, desconfianza, desilusión, sexismo— aguardan su liberación práctica y su liberación lingüística. Incluso la teoría del chivo expiatorio corresponde a una sepultada necesidad de ilustración. El lenguaje fascista y el lenguaje de los agitadores políticos son impensables sin la existencia de tal necesidad y de su cínica manipulación.[36] La contraposición característica no únicamente de la práctica lingüística de Hitler de encubrimiento y desvelo; la fusión de representaciones tópicas individuales (cual el parlamentario, el bolchevique, el intelectual, el artista, el plutócrata, el criminal y el demagogo) en el estereotipo del judío, el intelectual y el estudiante; la personificación de procesos sociales y la teoría del chivo expiatorio corresponden a las exigencias psicológicas de la manipulación de masas, no

menos que a los intereses y al hábito ideológico del fascismo mismo y de la sociedad que se formó consiguientemente a él.[37] Bajo circunstancias históricas diversas, la ideología fascista puede prescindir del judío parásito, pero no del chivo expiatorio; también puede prescindir del enemigo racial, aunque no de la mistificación del dominio de clase. El modelo de integración racista, cuya función hoy se ve cumplida en medida considerable merced a una represiva ideología y praxis del consumo,[38] puede volver a postularse en cualquier momento mediante otro modelo de integración ascética-nacional o bien "orientada al bien común".[39] La verdad de aquella observación según la cual "cuanto más reaccionaria es una clase dirigente, tanto más claro se ve cómo el orden social en el que se apoya resulta un obstáculo para el progreso de la comunidad; y, a la vez, con tanta mayor fuerza se colocará su ideología de antiintelectualismo, de irracionalismo y de mitos políticos",[40] esa verdad se ve confirmada otra vez por la experiencia de cada día.

El lenguaje fascista se diferencia del anuncio publicitario ante todo en que éste apunta a una reduplicación de lo existente en la forma de un mundo apariencial de dicha disponible, mientras que aquél dibuja las esperanzas reprimidas en un contramundo enemigo que anticipa todos los rasgos destructivos de la futura realidad fascista. El lenguaje fascista no formula ninguna promesa, sólo expresa prohibiciones. No se mueve en las imágenes de consumo, sino en las de la renuncia y la destrucción. Prescinde, pues, de toda apariencia: "muestra de forma inmediata lo que existe, aunque con una radical inversión de los valores".[41]

Dado que el fascismo sólo puede experimentar la

realidad en la apariencia de ese contramundo ficticio, el fascismo hablará el lenguaje de este mismo contramundo. Sobre este último se podrá afirmar lo mismo que aseveramos sobre la ideología fascista en su conjunto. La dialéctica de la destrucción y la autodestrucción —Walter Benjamin hablaba de una "estetización de la política"— [42] que el fascismo vive en carne propia en esas liberadas fuerzas de su mítico contramundo, coloca su correlato lingüístico en la destrucción de la sintaxis y de los conceptos en cuanto mediados de contenidos dotados de sentido y socialmente comunicables.

El lenguaje y la retórica fascista se sitúan, predominantemente en Alemania, en una tradición en que el discurso público está permanentemente unido con la reacción. De suerte que dice bien quien asevera "que la retórica de significado era, entre nosotros, mayormente retórica de rebeldes".[43] Si el discurso público y la libertad son inseparables,[44] se comprenderá por qué en Alemania el discurso burgués permaneció siempre en el estadio del "monólogo" [45] y por qué el lenguaje político progresivo sólo en casos de excepción fuera posible en cuanto discurso radical-democrático o socialista. A la burguesía progresista de Alemania a principios del siglo decimonono le faltó el público político ante el cual hubiera podido discutir e imponer sus exigencias. Asimismo, en la segunda mitad de ese siglo la burguesía seguía estando en gran medida excluida del poder político. En la medida en que participó de él empleó la vida pública y el Parlamento para defender contra el proletariado los privilegios sociales y económicos que entretanto había conseguido.[46] A éste último le correspondió, pues, el papel de fuerza histórica progresiva. Como

consecuencia de la concordancia de posición institucional con tarea social, el discurso socialista no conoció, originariamente, la independización de los medios con respecto a los fines; el discurso es tan sólo instrumento de educación en el seno de una estrategia de conjunto para la emancipación política y económica, de una estrategia que transciende a aquél. En cuanto último vástago del gran movimiento europeo de liberación, el socialismo se dirige, consciente de sí, a la razón y a los intereses de masas políticamente conscientes y educadas. Prescinde pues de "lo irracional, lo festivo, lo autoritario", "del discurso del caudillo burgués".[47] En su terreno prioritario no está la denuncia, el aislamiento y la persecución de las minorías, sino el pensamiento de la solidaridad de la mayoría. No es la orden, sino la invitación y la llamada, no es la seducción sino la persuasión las que caracterizan la retórica socialista.

Mientras en Alemania democracia y socialismo se excluyan mutuamente, una retórica progresista es impensable.

NOTAS

Prefacio

1. Th. W. Adorno, "Was bedeutet: Aufarbeitung der Vergangenheit", en *Eingriffe. Neun kritische Modelle*, 1963, pp. 139 y ss. En la dirección señalada se mueve ya el título mismo del novísimo estudio de K. D. Bracher: *Die deutsche Diktatur. Entstehung. Struktur. Folgen des Nationalsozialismus*, 1969. Véanse en particular pp. 530 y ss.

2. Esto es válido por lo que toca a la gran obra de Konrad Heiden, *Adolf Hitler. Eine Biographie. I. Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit. II. Ein Mann gegen Europa*, 1936 y el libro de Allan Bullok *Adolf Hitler. A Study in Tyranny*, 1962, aunque menos, en conjunto, que para la biografía aún más discutible en muchos aspectos, de Helmut Heiber, *Adolf Hitler. Eine Biographie*, 1960.

3. Wilhelm Reich, *Massenpsychologie des Faschismus* 1933, pp. 56 y ss. y p. 64. La investigación de Reich abrió camino pionero sobre todo en virtud de la tesis de que la reproducción de todo el conjunto social y de la ideología se lograría no de forma inmediata merced a las relaciones de producción, sino de forma mediata, ateniendo al carácter social. Esta tesis constituyó el punto de partida de las investigaciones socio-psicológicas de Max Horkheimer, Ernst Fromm y Herbert Marcuse. En lo atinente a la relación "Caudillo-seguidores", véase Max Horkheimer, "Egoismus und Freiheitsbewegung. Zur Anthropologie des bürgerlichen Zeitalters" (1936), en su obra *Kritische Theorie* II. 1968, p. 60.

4. La edición empleada aquí es la 190/194 de 1936; los números de paginación entre paréntesis en el texto se refieren a esa edición.

Cuando en el original existen términos espaciados, se ha hecho notar aquí mediante el asterisco a final de la cita. La cursiva es mía. Por lo general, no se hará mención de variaciones gramaticales de caso o número con respecto al original. Por lo que se refiere a las variaciones textuales que se observan en *Mi lucha* desde la primera edición de 1925-1927, véase Hermann Hammer, "Die deutschen Ausgaben von Hitlers 'Mein Kampf' ", en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* IV año, 1956, pp. 161 y ss. y p. 32 del presente trabajo. [Existe una "traducción oficial" del hitleriano *Mein Kampf* en lengua española. Se trata de *Mi lucha*, traducción autorizada por la Editora Central de Partido Nacionalsocialista, Franz Eher Nachflg. G.m.b.H. Este libro fue difundido en los albores de la España franquista y recientemente ha sido reproducido fotográficamente por la Editorial

Epidauro. Sin embargo, se trata más de una versión-resumen, tan inexacto y abreviado, que hemos preferido traducir aquí directamente las frecuentes citas que el autor hace de la Biblia del nazismo (*N de T.*).]

5. Ernst Nolte sobre todo ha apuntado a esta relación, sin entrar, empero, en un análisis a fondo de la contradictoriedad del sistema capitalista. Véase especialmente su trabajo "Die faschistischen Bewegungen. Die Krise des liberalen Systems und die Entwicklung der Faschismen" en la edición DTV de *Weltgeschichte des 20. Jahrhunderts*, vol. IV, 1966, pp. 160 y ss.

6. K. D. Bracher, W. Sauer y G. Schulz, *Die nationalsozialistische Machtergreifung. Studien zur Errichtung des totalitären Herrschaftsystems in Deutschland* 1933-1934, 1962, p. 262.

7. Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, 1963, pp. 55 y ss.; pp. 486 y ss. y últimamente el libro de Eberhard Jäckel, *Hitlers Weltanschauung. Entwurf einer Herrschaft*, 1969.

8. *Die deutsche Ideologie*, Marx-Engels, vol. III, pp. 46-47.

9. W. Benjamin: "Der Autor als Produzent", en W. Benjamin, *Versuche über Brecht*, 1967 ², p. 116: "Ese espíritu que se revela en nombre del fascismo, *debe* desaparecer. Ese espíritu que se confronta con aquél confiado en su propia capacidad de realizar milagros, *desaparecerá*. Pues la fuerza revolucionaria no actúa entre el capitalismo y el espíritu, sino entre el capitalismo y el proletariado". Desde entonces las formas de esa lucha han variado, mas no su contenido.

Fascismo, capitalismo y crítica del lenguaje

1. En primer lugar es preciso mencionar los trabajos de Ernst Nolte: *Der Faschismus in seiner Epoche*, 1963; *Theorien über den Faschismus*, 1967; *Die Krise des liberalen Systems und die faschistischen Bewegungen*, 1968.

2. La mejor visión de conjunto es la proporcionada por Klaus Hildebrand en "Stufen der Totalitarismus-Forschung", en *Politische Vierteljahrsschrift* IX año, 1968, fascículo 3, pp. 397-422. Para mayores precisiones véase nota 29. De fundamental importancia para la confrontación crítica con la investigación sobre el totalitarismo y la discusión de la teoría del fascismo en general, son las colaboraciones aparecidas en *Das Argument. Berliner Hefte für Probleme der Gesellschaft, Faschismus-Theorien* I-VI, nos. 30, 32, 33, 41, 47, 58, 1964 y ss.

3. Las más importantes contribuciones se han publicado en *Faschismus und Kapitalismus. Theorien über die sozialen Ursprünge und die Funktion des Faschismus*, ed. W. Abendroth, 1967.

4. Marx-Engels, vol. VIII, pp. 111-207.

5. *Ibid.*, p. 154.

6. August Thalheimer, "Über den Faschismus", en: *Faschismus und Kapitalismus*, pp. 19 y ss. Véase sobre este tema la obra en ocasiones critica-

ble de R. Griepenburg y K. H. Tjaden, "Faschismus und Bonapartismus", en *Das Argument*, 41, año VIII (1966), pp. 461-472.

7. Thalheimer, *op. cit.*, p. 28.

8. Los puntos de referencia son en todo caso de naturaleza formal. E. Nolte define el fascismo como "antimarxismo" *Faschismus in seiner Epoche*, p. 51; *Krise des liberalen Systems*, pp. 16 y 80. Para este autor, el carácter de contramovimiento del fascismo se pone de manifiesto en el hecho de que éste "apunta al proceso emancipador en su conjunto", *Faschismus i.s. Epoche*, p. 489. Nolte subraya que "la mitología social de Hitler [...] constituye el foco rector de sus emociones políticas e incluso puede determinar en forma característica ese motivo nacionalista a primera vista tanto más poderoso", *ibid.*, p. 497; sin embargo, este autor rehúsa nombrar las fuerzas sociales y las causas económicas del fascismo. Ajena a la praxis y abstracta resulta la definición concluyente del fascismo que Nolte ofrece, a saber, "expresión de una particularidad que, en cuanto tal, se considera en peligro y por eso, despojándose de sus características históricas, intenta decididamente recuperar y asegurarse para siempre los rasgos naturales y arcaicos de su existencia", *ibid.*, pp. 504-505. Nolte atribuye al reducido grupo político dirigente algo que vale para el capitalismo monopolista en su época fascista, a saber: "El nacionalsocialismo fue la lucha a muerte de un grupo soberano, guerrero y en sí antagonista [...] Aquél era la resistencia práctica y violenta contra la transcendencia", *ibid.*, p. 507. La limitación del planteamiento en el plano de relaciones filosóficas y de historia del espíritu le permite a Nolte referirse en un sentido estricto al período entre las dos guerras mundiales como "época del fascismo". Véase *Krise des liberalen Systems*, pp. 33 y ss., p. 224. J. Agnoli en *Zur Faschismus-Discussion, Politologie 9*, 1968, n.º 4, p. 49, habla de la "indiferencia a la praxis" presente en la teoría de Nolte.

9. Thalheimer, *op. cit.*, pp. 31 y ss.; Griepenburg y Tjaden, *Faschismus und Kapitalismus*, pp. 466 y ss.

10. Thalheimer, *op. cit.*, p. 29.

11. Para este tema véase especialmente Arthur Rosenberg, "Der Faschismus als Massenbewegung. Sein Aufstieg und seine Zersetzung", en *Faschismus und Kapitalismus*, pp. 93 y ss., pp. 114 y ss. y p. 141: "El fascismo de Mussolini es, en cierto sentido, un partido del capitalismo en su fase ascendente. Por eso, los fascistas italianos podían reconocer sin ambages la propiedad privada [...]. Los nazis, por el contrario, son un partido del capitalismo en extinción, y tuvieron que disimular ante las masas su carácter capitalista con el fin de poder establecerse en Alemania".

12. J. Agnoli, *Zur Faschismus-Diskussions*, *Politologie 9*, n.º 4, p. 44.

13. *Ibid.*

14. Otto Bauer, "Der Faschismus", en *Faschismus und Kapitalismus*, pp. 143 y ss. Bauer ve en el fascismo "el producto de un estado temporal de equilibrio de fuerzas, en el que ni la burguesía puede imponer al proletariado su voluntad mediante los viejos recursos legales, ni el proletariado

consigue liberarse del dominio burgués" (p. 156). El poder recae entonces en los que vienen de fuera, aunque los capitalistas empleen para sus fines a éstos como "instrumentos de su violencia" (p. 156). Una vez en el poder, el fascismo se convierte en "órgano ejecutivo" del capital (pp. 157-158). En la "contrarrevolución fascista" ve Bauer "el tránsito dominación de clase, limitada por las instituciones democráticas, desde aquella y ejercida por la burguesía, a la ilimitada dictadura de los grandes capitalistas y terratenientes" (p. 159). En ello Bauer observa un continuo achicamiento de la base social: "La dictadura del capital, ejercida por la casta dominante surgida del movimiento militar-nacionalista de participación en la guerra, se convierte en la dictadura de la facción combatiente de la clase capitalista" (p. 162).

15. A. Rosenberg en *Der Faschismus als Massenbewegung* apunta primordialmente a la instrumentalización de la revuelta pequeño-burguesa por obra de la gran burguesía, en el fascismo. H. Marcuse, "Der Kampf gegen den Liberalismus in der Totalitären Staatsauffassung", en *Faschismus und Kapitalismus*, pp. 89 y ss.; cit. por Marcuse, *Kultur und Gesellschaft* I, 1965, pp. 17 y ss., muestra la transformación de la ideología liberal en doctrina fascista. Como categorías centrales y como valores del fascismo funcionarán contenidos propios de la ideología burguesa cuya función se ha transmutado: "La transformación del Estado liberal en Estado autoritario se logra en el seno del mismo orden social. En relación a esa unidad de la base económica puede decirse que es el liberalismo mismo el que 'saca' de sí a ese Estado autoritario, en cuanto su propia realización en un plano superior de desarrollo" (p. 32).

16. Georgij Dimitroff, "Die Offensive des Faschismus und die Aufgaben der Kommunistischen Internationale", en su obra en 3 tomos, *Ausgewählte Werke*, tomo II, 1958, p. 525.

17. *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 1962, fasc. 6, p. 1440.

18. Que la influencia de la industria pesada alemana desde el año 1930 en el desarrollo del fascismo no debe infravalorarse, lo muestra la investigación realizada por Eberhard Czichon, *Wer verhalf Hitler zur Macht? Zum Anteil der deutsche Industrie an der Zestörung der Weimarer Republik*, 1967. Czichon analiza la función y los fines de las distintas agrupaciones existentes en el seno de la industria tudesca y muestra que su paulatino encuadramiento en las filas nacionalsocialistas constituyó la premisa da la destrucción de las fuerzas e instituciones democráticas de la república de Weimar, especialmente durante su fase final. La afirmación de G. W. F. Hallgarten, para quien el fascismo no sería "fabricado" por los industriales individualmente, sino fundamentalmente "causado" por la "existencia y naturaleza social" de la industria pesada –por más que ello sea tendencialmente exacto–, no tiene suficiente cuenta de la situación real constatada por Czichon; véase G. W. F. Hallgarten, "Hitler und die deutsche Schwerindustrie", en la obra del mismo autor *Hitler, Reich wehr und Industrie*, 1962², pp. 113 y ss.

19. Para las contradicciones existentes entre el complejo militar-económico y el partido, véase Arthur Schweitzer, *Big Business in the Third Reich*, 1965², pp. 239 y ss. y passim. Schweitzer habla de una "dual power structure" (p. 506) o "bilateral" (p. 240) y distingue entre un "partial fascism" del comienzo y un "full fascism" de la fase final de la toma de poder económico-política del fascismo; véase el resumen en pp. 504 y ss., en especial pp. 554 y ss.

20. Eberhard Czichon, "Der Primat der Industrie im Kartell der nationalsozialistischen Macht", en *Das Argument*, año X (1968), fasc. 3, pp. 183, 180. Véase también la sobresaliente contribución de Maurice Dobb, *Der Kapitalismus zwischen den Kriegen*, 1946, reimpreso aparte en Maurice Dobb, *Organisierter Kapitalismus. Fünf Beiträge zur politische Ökonomie*, 1966, pp. 74-158, especialmente 139 y ss. E. Nolte intenta encontrar una posición intermedia merced a su indicación metódica, demasiado poco sopesada, según la cual las contradicciones en el seno del fascismo han de entenderse como consecuencia del "sometimiento de lo originario por obra de lo deducido" [*Abgeleitete*] (véase *Der Faschismus i.s. Epoche*, p. 43).

21. A este respecto, véase el crítico informe bibliográfico de D. Petzina, "Hitler und die Deutsche Industrie. Ein Kommentierender Literatur und Forschungsbericht", en *GWU* 17 (1966), fasc. 8, pp. 482 y ss. Petzina constata: "En lo referente a la época ulterior a 1933 falta aún una investigación sistemática acerca de las relaciones entre economía y política en general, así como de la relación entre la industria y el NSDAP en particular" (p. 486).

22. Fr. Neumann, *Behemoth. The Structure and Practice of National-Sotialism 1933-1944*, Nueva York, 1963², pp. 219 y ss. Neumann habla del "capitalismo monopolista y totalitario" (p. 261). En lo referente al control de los trabajadores, véase A. Schweitzer, *Big Business*, pp. 350 y ss. y Neumann, *Behemoth*, pp. 400 y ss.

23. Max Horkheimer, "Die Juden in Europa", en *Zs. für Sozialforschung* VIII (1939), fasc. doble 1/2, pp. 116 y 128.

24. Fr. Neumann en *Behemoth*, pp. 219 y ss. registra un siempre creciente aumento del poder de la economía con respecto al partido. En su opinión, la intervención estatal se limitaba a apoyar a los empresarios en la opresión de los trabajadores (pp. 400 y ss.). A. Schweitzer en *Big Business*, pp. 504 y ss. bosqueja los obstáculos y fronteras de la intervención de organizaciones del partido y el Estado en el campo autónomo de la industria pesada. Tim Mason, "Der Primat der Politik - Politik und Wirtschaft im Nationalsozialismus", en *Das Argument 8* (1966), fasc. 6, pp. 473-494, es, por el contrario, de la opinión de que con el "decisivo año 1936" y la más intensa orientación armamentística, el partido se hizo con el puesto dirigente de la industria (pp. 482 y ss.). El resumen es como sigue: "Las grandes empresas se identificaron con el nacionalsocialismo para poder seguir desarrollándose económicamente. La lucha por los beneficios y la expansión favorecida por el sistema, junto con el visceral nacio-

nalismo de sus dirigentes las encadenaron, empero, a un sistema político, aunque tampoco sin reticencias, en cuya fijación de metas [...] su influencia era prácticamente nula" (p. 490). Contra esta aseveración, véase E. Czichon, *Der Primat der Industrie*, passim.

25. Hannah Arendt, *Elemente und Ursprünge totalitärer Herrschaft*, 1955, pp. 577 y ss.

26. A. Schweitzer, *Big Business*, p. 517.

27. Fr. Neumann, *Behemoth*, pp. 366-367. David Schoenbaum en *Die braune Revolution. Eine Sozialgeschichte des Dritten Reichs*, 1968, juzga las posibilidades de promoción de los trabajadores (pp. 108 y ss. y pp. 149 y ss.) y la movilidad social (pp. 289 y ss.) de manera en exceso positiva. Inaceptable es su tesis de que en el nacionalsocialismo la "dinámica a largo plazo de la sociedad industrial" se hubiera afianzado a nivel subliminar y que, con ello, hubiera producido una final "modificación de la estructura de clases y una modificación del status social del individuo" (pp. 295, 332). Ni siquiera el mismo Schoenbaum puede probar una afirmación semejante. La argumentación de R. Dahrendorf en *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*, 1968, pp. 431 y ss. se mueve fundamentalmente en idéntica dirección. Es dudoso que la tesis de una "revolución social" (p. 437) quede suficientemente asegurada apuntando a la destrucción de las vinculaciones regionales, confesionales y familiares acaecida con el fascismo. En esos procesos que describen Dahrendorf y Schoenbaum se trata de un desarrollo inmanente al sistema dentro del capitalismo –a saber: concentración económica, integración del Estado y de la economía–, y de sus consecuencias sociales, no de una transformación revolucionaria.

28. H. Marcuse, "Der Kampf gegen den Liberalismus in der totalitären Staatsauffassung en *op. cit.*, p. 35.

29. Apuntes críticos se encuentran en Gerhard Schulz, "Der Begriff des Totalitarismus und der Nationalsozialismus, en *Soziale Welt* 12 (1961), pp. 112 y ss., especialmente p. 114. Una definición del todo nueva es la propuesta por M. Greiffenhagen en "Der Totalitarismusbegriff in der Regimenlehre, en *PVS* 1968, fasc. 3, pp. 372-396. Greiffenhagen se esfuerza en lograr una revaluación diferenciadora del concepto totalitarismo y lo vincula a la "realización de un sistema de valores totalmente nuevo y a un orden social totalmente nuevo también" (p. 388). Mediante la inclusión de la función social del totalitarismo se hace posible una diferenciación entre dominación fascista y dominación stalinista. El fascismo no se dirigía a la transformación de la estructura social, por eso es autoritario, no totalitario (vid. pp. 391 y ss.). Totalitario, al contrario, es el stalinismo en la fase del "centralismo democrático" (pp. 394 y ss.). El totalitarismo es "racional en sus fines" (p. 295); las fases totalitarias son "fases de transición, épocas de desarrollo, no estados duraderos" (p. 395); el totalitarismo "se dirige a su autodisolución" (p. 396). Parece dudoso que el concepto de totalitarismo, tan unilateralmente diferenciado, permita esa radical inversión de los valores.

30. H. Arendt, *Elemente und Ursprünge...*, *loc. cit.*, p. 521.

31. Seymour Martin Lipset, "Der 'Faschismus', die Linke, die Rechte und die Mitte", en *Kölner Zs.f. Soziologie und Sozialphilosophie* II (1959), pp. 401-444. Citado de acuerdo con *Theorien über den Faschismusm*, ed. E. Nolte, pp. 449-491. Lipset corrobora la tesis del fascismo en cuanto "extremismo del centro" mediante una investigación empírica sobre los resultados y conducta electorales de la población entre los años 1928 y 1932 (pp. 456 y ss.). No podemos aceptar sin más las consecuencias que Lipset extrae de la composición de los sufragios sobre la programática política del NSDAP. Al hacer al partido representante de intereses pequeño-burgueses y de la clase media, concede a los enemigos de la democracia y del parlamentarismo un comportamiento estructuralmente democrático. El alcance de un método que extrae del potencial de electores y de sus intereses consecuencias sobre las finalidades políticas de un partido coincide con el campo de validez de las reglas democráticas. Sobre la base de clases media del fascismo, véase también Theodor Geiger, *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes*, 1932, especialmente pp. 109 y ss.

32. A. Schweitzer, *Big Business*, pp. 113 y ss. D. Schoenbaum, *Die braune Revolution*, pp. 152 y ss.

33. D. Schoenbaum, *Die braune Revolution*, p. 82. Ahí se encuentra también la adecuada afirmación siguiente: "El ser determina la conciencia, dice Marx. El nacionalsocialismo fue un intento por invertir esa relación" (p. 107).

34. Fr. Neumann, *Behemoth* p. 467; cf. también pp. 439 y 471.

35. David Schoenbaum, *Die braune Revolution*, p. 336. M. Horkheimer, *Die Juden in Europa*, pp. 125-126: "Bajo la superficie del Estado de caudillaje se manifiesta una rabiosa lucha de intereses por el botín [...]. Bajo la unidad de la armonía se oculta la anarquía, bajo la planificación el interés atomístico, más que era el caso con el capitalismo".

36. Z. A. Zeman, *Nazi Propaganda*, 1964. Bracher, Sauer y Schulz, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, pp. 371 y ss., pp. 544 y ss. Cornelia Berning, "Die Sprache der Nationalsozialismus", en *Zs. f.dt. Wortforschung 17* (1961), 18 (1962), 19 (1963), en especial 17 (1961), pp. 171 y ss. y 18 (1962), pp. 160 y ss.

37. C. Berning, *op. cit.*, 17 (1961), p. 172: el nacionalsocialismo "emplea con preferencia aquellas palabras e imágenes que se adecuan de antemano a la apelación de lo irracional, lo primitivo y extrarracional del hombre". Hay también investigaciones marxistas, como E. Seidel e I. Seidel-Slotty (*Sprachwandel im Dritten Reich. Eine kritische Untersuchung faschistischer Einflüsse*, 1961) que hablan del "carácter afectivo" del lenguaje fascista sin referencia al transfondo social de esa misma afectividad (pp. 26 y ss.). Hitler estaba convencido de que "[...] el pensamiento y la acción de las masas están determinados mucho antes por la sensibilidad emocional que por reflexiones sobrias. [Su] Sensibilidad, empero, no es compleja, sino sumamente simple y cerrada. En ella no se dan muchas diferenciacio-

nes, sino tan sólo lo positivo y lo negativo, el amor o el odio, lo justo y lo injusto, la verdad o la mentira [...]". *Mi lucha*, p. 201. La credulidad, el amor, el odio, el fanatismo, y la histeria, son los instintos decisivos de las masas (vid. p. 371) y la propaganda se dirige a esa su presunta disposición. Su "efectividad", en consecuencia, afirma Hitler, tiene que "dirigirse más al sentimiento y sólo parcamente al llamado entendimiento" (p. 197).

38. H. Arendt, *Elemente und Ursprünge*, p. 575.

39. W. Benjamin, "Pariser Brief. André Gide und sein neuer Gegner", en su obra *Angelus Novus, Ausgewählte Schriften* 2, 1966, pp. 509-510.

40. *Mein Kampf*, p. 129.

41. H. Marcuse, *Der Kampf gegen den Liberalismus*, p. 29.

42. E. Seidel e I. Slotty, *Sprachwandel im Dritten Reich*, pp. 43 y ss. La investigación de Kenneth Burke, "The Rhetoric of Hitler's 'Battle' ", en *The Southern Review*, V, I (1939), 1-21, publicado ahora en *Die Rhetorik in Hitlers "Mein Kampf" und andere Essays zur Strategie der Überredung*, 1967, pp. 7-34. Es, hoy por hoy, la más importante y mejor contribución a la cuestión de la función social del lenguaje y la retórica de Hitler. La aseveración de Burke según la cual "Hitler proponía una explicación no económica para el mal económico" (p. 18) y su referencia a la tendencia de Hitler a "espiritualizar" problemas materiales y a "materializar" problemas espirituales (p. 30), describen el mecanismo ideológico de la represión, en el que entraremos de cerca en el cap. IV.

43. Karl Korn (*Sprache in der verwalteten Welt*, 1962², ed. Deutsche Taschenbuch Verlag, 79), que se ha esforzado con gran empeño por presentar la función social del lenguaje, cae a pesar de ello en valoraciones de carácter moral: "Arrogancia de la expresión lingüística" (p. 74), "Brutalidad" (p. 75), "palabra mezquina" (p. 78), "palabra malvada, traidora" (p. 78), "uso del idioma falso, traicionero" (p. 78), "pensamiento jactancioso" (p. 79). Sternberger, Storz y Süskind (*Aus dem Wörterbuch des Unmenschen*, 1968³, (p. 116), hablan de la "bárbara construcción adjetival". Por lo que se refiere a C. Berning, véase G. Voigt, "Zur Sprache des Faschismus. Ein Literaturbericht", en *Das Argument*, 43, año IX (1967), fasc. 2/3, pp. 159-160.

44. Sternberger se atiene expresamente a la función normativa de la crítica del lenguaje: "Maßstäbe der Sprachkritik", en *Aus dem Wörterbuch des Unmenschen*, Apéndice, pp. 269 y ss., en especial pp. 280 y ss. No han de rechazarse en absoluto los reparos de Peter von Polenz a los criterios de una crítica lingüística normativa de ese tipo ("Sprachkritik und Sprachwissenschaft", *ibid.*, pp. 289 y ss.). Polenz hace notar (p. 294) que "la crítica del lenguaje corre aquí el peligro de valorar moralmente las diferencias en la cultura lingüística". Poco convincente, empero, es su propia propuesta de juzgar la lengua mediante criterios de "utilidad" y "adecuación a la realidad" (p. 299). Polenz atribuye así el juicio sobre la lengua a la instancia alingüística y poderosa que bajo la fraseología de la racionali-

dad y la compulsión de las cosas oculta su propia irracionalidad. Prescindir de la crítica de la lengua significa aquí prescindir de la crítica social en general.

45. "Gute Sprache und böse Sprache. Zehn Thesen", *ibid.*, p. 326.

46. *Ibid.*, pp. 324 y ss. Rico en sugerencias es, a este respecto, el artículo sobre lo "humano", *ibid.*, pp. 118 y ss. La "humanidad" –formula Sternberger– "no es nada más que el respeto de la igualdad entre los hombres" (p. 119). Puesto que, sin embargo, sólo sabe diferenciar entre hombres "buenos y malos, grandes o chicos, espabilados o necios", Sternberger puede bien trocar ese problema de la igualdad en una baladí cuestión de tacto. En cuanto inhumano –por molestar el buen tono de esa falsa consolación– señala Sternberger la diferencia entre dominantes y dominados (pp. 121 y ss.). Así, el pensamiento de la igualdad y la generalidad, que Sternberger colocaba a la par del concepto de humanidad, se convierte en una farsa y el discurso sobre la humanidad en mera fraseología. Tal humanidad es inhumana en el sentido estricto de la jerigonza fascista sobre la "comunidad racial-popular" y los "compañeros de raza" (*Volksgemeinschaft* y *Volksgenossen*).

47. *Das heutige Deutsch-nachlässig, verräterisch oder einfach zeitgemaß?*, *ibid.*, pp. 334. Véase asimismo la decepción de los autores Sternberger, Storz y Süskind por el hecho de que "no haya surgido [...] un idioma más puro, nuevo, más modesto y articulado, más amable", Observación preliminar, 1957, *ibid.*, p. 8.

48. W. Betz, *Das heutige Deutsch-nachlässig, verrätisch oder einfach zeitgemaß? Fünf Gengenthesen*, p. 335 y ss., ha introducido una distinción entre habla y hablante, entre intención expresiva y material lingüístico. Con todo, parece tratarse de una cauta formulación (p. 339): "no es el lenguaje en primera línea, sino el hablante, quien imparte forma al tiempo. Esa aseveración, empero, sin expresa referencia a las relaciones institucionales y sociales del hablante y del habla misma no es suficiente. Sternberger, Storz y Süskind parecen haber llegado a una aproximación de esta idea cuando, en el prólogo a su segunda edición de 1957, hacen notar que las causas de esa corrupción del lenguaje aptamente descrita como "mal", "desde el principio se asentaron en niveles más profundos que no los que nosotros en nuestra esperanzada confianza habíamos supuesto (*ibid.*, p. 9).

49. "Prólogo", 1945, *ibid.*, p. 7.

50. La autocomprensión política de los autores se mueve a veces en el plano de la crítica cultural liberal tradicional. En esta autocomprensión predomina la queja contra la mutilación y destrucción del individuo, de la espiritualidad individual y la autonomía privada sin reflexionar sobre las premisas sociales concretas de tal mutilación. El concepto de alienación social y económica nunca aparece. Lo que tal concepto denota se expresará deformadamente por medio de antítesis abstractas. Así: lo privado y lo público en relación con las exigencias (pp. 16 y ss.) y la formación (pp. 73 y ss.); autonomía privada y organización de masas en relación con la

asistencia social (pp. 31 y ss.) y el empleo (pp. 57 y ss.); individualidad y anonimato en relación con la dirección (pp. 27 y ss.), la ejecución (pp. 45 y ss.) y la representación (pp. 194 y ss.). Junto a esa ingenuidad política aparece una no oculta beatería cultural. Al usar el término "empleo" *(Einsatz)* se le ocurre la sutil observación de que este vocablo es "una palabra de todo punto antipoética [...] incapaz de doblegarse a la rima, sin prestancia ni patetismo" (p. 58). Por lo que toca a la inhumanidad inteligible, ésta se refugia en el cuidado campo del humanismo clásico (pp. 73 y ss.: la formación), (pp. 102 y ss.: la creación de cultura).

51. Wolfgang Fritz Haug (*Der hilflose Antifaschismus*, 1968, p. 88) atribuye a los autores de la serie *Nationalsozialismus und die deutschen Universitäten*, una "concepción de la historia en la cual se hipostatiza la carencia de conceptos sociales teóricos en la forma de una teoría agnóstica la cual postula la ausencia de estructuras y tendencias objetivas y reconocibles en la historia". Considerado en conjunto llega Haug a la siguiente conclusión (pp. 28-29): "El repetidamente invocado horror y espanto, con respecto a una dominación convertida en inmediata y con respecto a la dispensa de la violencia también inmediata dirigida hacia adentro y hacia afuera mediante presiones económicas, no ha conducido al rechazo de ese horror en el bosquejo de un plan social democrático que se opusiera al fascismo tanto en la ilustración teórica cuanto en la política práctica. En vez de esto, tenemos los hombres contrarios que desde la universidad de hoy se manejan contra un Tercer Reich destruido desde afuera, casi completamente despolitizados, morales, dirigidos a la afectividad y en el mejor de los casos pánicos".

52. Victor Klemperer, *Die unbewältigte Sprache. Aus dem Notizbuch eines Philologen*, *LTI*, 1967³, pp. 24, 105. A este respecto es fundamental el trabajo de G. Voigt, *Zur Sprache des Faschismus*, pp. 154 y ss.

53. *LTI*, pp. 100, 300.

54. *Ibid.*, p. 65. Al antisemitismo se le llama "veneno" y "plaga" (p. 147).

55. *Ibid.*

56. *Ibid.*, p. 147.

57. *Ibid.*, p. 244.

58. *Ibid.*, p. 268. Significativa es la extrañeza de Klemperer ante la vulneralidad política de un "cultivado [...] historiador de la literatura", o de la "multitud de literatos, de poetas, de periodistas [...], de académicos"; esa vulnerabilidad viene, al contrario, inmediatamente supuesta en el caso de un simple ciudadano (p. 294).

59. *Zs.f. deutsche Wortforschung* 19 (1963), p. 109.

60. *Ibid.*

61. *Zs.f. deutsche Wortforschung* 18 (1962), p. 112. Puesto que para C. Berning el problema del lenguaje fascista es idéntico al problema de la "dirección lingüística", en el análisis de las relaciones de efecto, no puede prescindir de la teoría de la conjuración y del cabecilla de ésta proclama-

do por el fascismo; *ibid.*, pp. 160-172.

62. Así la bien pensante diferenciación entre "lo inhumano del activista de la violencia" y del "inactivo, vicioso a la vez por su arrogante palidez y su velado orgullo". *Aus dem Wörterbuch des Unmenschen*, pp. 214-215.

63. "Prólogo", 1957, *ibid.*, p. 8. Véase a este propósito *Mi lucha*, p. 61: "¿Hubo acaso una sola inmundicia, una sola canallada de cualquier tipo, sobre todo de la vida cultural, en la que al menos un judío no haya tomado parte? En cuanto se hurga con un poco de cuidado en ese tumor, se encontrará, como el gusano en un cuerpo descompuesto, a veces cegado por una repentina luz, a un judío".

64. Karl Kraus, *Die Dritte Walpurgisnacht*, 1966[1].

65. Karl Dietrich Bracher en: Bracher, Sauer y Schulz, *Die ns Machtergreifung*, pp. 261 y ss., con excepción de la teoría racista; G. Schulz, *ibid.*, pp. 378 y ss.

66. *Der Kampf gegen den Liberalismus*, p. 43. Parecida es la posición de Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, p. 509.

67. Hannah Arendt fue quien primero analizó la organización y propaganda señalada en la sobrevaloración, en las investigaciones sobre el totalitarismo en su conjunto, de métodos e instrumentos de cara al contenido social de la dominación totalitaria, pp. 544 y ss., pp. 577 y ss. Puesto que identifica el totalitarismo con la manipulación y la manipulación con el totalitarismo, pudo representar la ley interna del estado totalitario como nexo funcional de "ideología y terror", pp. 724 y ss. G. Schulz se refiere, con ligera mutación de énfasis, a la relación imperante entre "organización y propaganda", Bracher, Sauer y Schulz, *Die ns Machtergreifung*, p. 378.

68. *Der Kampf gegen den Liberalismus*, pp. 46 y ss.

69. W. H. Haug, "Ideologische Komponenten in den Theorien über den Faschismus", en *Das Argument*, 33 (1965), fasc. 2, p. 6. Ernst Bloch (*Erbschaft dieser Zeit*, edición ampliada, 1962), fue quien primero apuntó a las formas de protesta invertida y enmascarada en el fascismo —"contradicciones asincrónicas" *(ungleichzeitig)*— y trató de entenderlas en cuanto consecuencias de "asincronías" económicas y sociales *(Ungleichzeitigkeit)*, pp. 104 y ss.

70. Max Horkheimer ha expuesto este extremo en *Egoismus und Freiheitsbewegung, Zur Anthropologie des bürgerlichen Zeitalters*, 1936, reimpreso en Max Horkheimer, *Kritische Theorie* II, 1968, pp. 1 y ss.

71. *Ibid.*, p. 32: "Los movimientos históricos [...] nos muestran en creciente medida la mutación de las exigencias de los individuos, dirigidas a la sociedad, en exigencias de carácter moral y religioso dirigidas al mismo individuo insatisfecho. Los deseos brutales de una vida mejor, de abolición de las diferencias de riqueza y la introducción de una auténtica comunidad, puntos que en aquellos siglos eran representados por dirigentes religiosos y por utopistas teológicos, ahora el caudillo burgués los trata de idealizar y de espiritualizar. No es tanto el alzamiento cuanto la

renovación espiritual, no es tanto la lucha contra la riqueza de los privilegiados cuanto contra la maldad genera, no es tanto la liberación exterior, cuanto la liberación interior lo que se predica a las masas en el curso de esa transición revolucionaria".

72. A este respecto, véase Erich Fromm, *Der moderne Mensch und seine Zukunft*, 1967², p. 101 y ss.; Paul A. Baran, "Marxismus und Psychoanalyse", en P. B., *Unterdrückung und Fortschritt. Essays* 1966, pp. 71-98.

73. W. Reich en su (unilateral) análisis del fascismo basado en exceso en la psicología sexual y psicológico-social se refiere a este extremo, *Massenpsychologie der Faschismus*, 1934².

Lenguaje y propaganda: "Mi lucha"

1. Werner Maser, *Hitlers Mein Kampf. Entstehung, Aufbau, Stil, Änderungen, Quellen, Quellenwert, kommentierte Auszüge*, 1966, pp. 26 y ss.

2. K. Lange, *Hitlers unbeachtete Maximen. "Mein Kampf" und die Öffentlichkeit*, 1968. Lange prueba que *Mi lucha*, con excepción de pequeños círculos en el seno del clero católico y del partido SPD (socialdemócrata) permaneció casi desconocida y no leída (pp. 57, 63). Una comparación de cifras de edición y venta de *Mi lucha* muestra que hasta 1930 se habían vendido poco más de treinta mil ejemplares. A continuación hubo una considerable alza, para alcanzar en noviembre de 1933 854.127 ejemplares, frente a los 90.351 del año anterior; Oron James Hale, "Adolf Hitler: Taxpayer", en *The American Historical Review* LX n.º 4, pp. 830-842, especialmente p. 837.

3. Werner Maser, *Die Frühgeschichte der NSDAP, Hitlers Weg bis 1924*, 1965, p. 66.

4. August Kubicek, *Adolf Hitler - Mein Jugendfreund*, 1953. Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend. Phantasien, Lügen - und die Wahrheit*, 1956, pp. 184 y ss., pp. 218 y ss. Los puntos ahí vertidos son objeto de crítica por parte de W. Maser en *Frühgeschichte*, pp. 61, 67, 2 observación, y, del mismo autor, *Mein Kampf*, pp. 93 y ss.

5. W. Maser, *Mein Kampf*, p. 100.

6. Quien primero llamó la atención sobre ese punto fue F. Jetzinger, *Hitlers Jugend*, pp. 185 y ss. y pp. 230 y ss. En relación con ello polemiza W. Maser, *Frühgeschichte*, pp. 73 y ss., y *Mein Kampf*, p. 93 y ss., que Hitler hubo de sufrir necesidad durante el tiempo del refugio para vagabundos, como Jetzinger (pp. 218 y ss.) restringidamente había afirmado. Sigue siendo dudoso si lo que llevó a Hitler allí fue sólo una "articulada necesidad de información" —como mantiene Maser en *Frügeschichte*, p. 78. Poco que no se supiera ya suministra el retrato de Bradley F. Smith, *Adolf Hitler. His Family, Childhood and Youth*, 1967, pp. 116, 142 y ss.

7. El calibre y el empaque fundamentalmente ideológico de esta estilización fue analizado de cerca por E. Jäckel en *Hitlers Weltanschauung*, pp.

148 y ss. Los aspectos socio-psicológicos del estilizado autorretrato hitleriano de *Mi lucha* —"a modern attempt to create a myth"— fueron analizados muy pronto por Erik H. Erikson en su obra *Childhood and Society* (1950) 1967, pp. 317 y ss. (*loc. cit.*, p. 318). W. Maser muestra en sus investigaciones, especialmente en *Frühgeschichte der NSDAP*, que las informaciones factuales que aparecen en *Mi lucha*, al ser confrontadas con otras fuentes, siempre se revelan dudosas. Creciente significación, al contrario, ha cobrado *Mi lucha* en cuanto fuente de la ideología y de la doctrina política del Hitler maduro; a este respecto véanse E. Nolte, *Faschismus in seiner Epoche*, pp. 404 y ss., W. Maser, *Mein Kampf*, pp. 136-137, y H. A. Jacobsen, *Nationalsozialistische. Außenpolitik 1933-1938*, 1968, pp. 445, 616 y ss.

8. En el segundo libro esas inserciones son más raras, vid. pp. 409, 518 y ss.; pp. 538 y ss.; pp. 551 y ss.; pp. 575 y ss.; pp. 613 y ss.; pp. 625 y ss., y pp. 659 y ss.

9. Cf. las reacciones de Hitler frente al estallido de la guerra (pp. 177 y ss.): "Liberación de airado sentimiento juvenil – puesto de rodillas, anegado en belicoso entusiasmo – [agradecí] al cielo con henchido corazón – el corazón se desbordó con dicha orgullosa – [redimido] de este entorpecedor sentimiento – júbilo y gratitud". Cf. por el contrario las expresiones sobre la Revolución de noviembre (pp. 221 y ss.): "algo impreciso, pero hostil, [flotaba] en el aire – mi primera esperanza era – no me podía imaginar – no pude por menos que creer – la más horrorosa certeza de mi vida – los rumores [...] se hacían cada vez más insistentes – excitado hacia lo más exterior – depresión profundísima – hundí mi cabeza ardiente en manta y almohadones – [me] abrasaba la indignación del encono y de la vergüenza en la frente – odio contra los urdidores de aquel acto".

10. Cf. los sentimientos de Hitler con respecto a los pangermanistas austriacos (p. 106): "La simpatía se imponía en mí, me alegraban – despertaban en mí una jubilosa confianza"; con respecto a Lueger (p. 132): "abrumado por el entusiasmo – en interno arrebato"; hacia Alemania (p. 136) le conducen "secretos deseos – secreto amor – quemante deseo del corazón; en Munich encontró "la alegría de un contento verdaderamente interior" (p. 139).

11. El marxismo es para Hitler una "doctrina [...] consistente en egoísmo y odio" (p. 54). Siempre se referirá al "odio de los enemigos", a "la rabia del internacional explotador de los pueblos" (p. 306), al "siniestro odio de quienes por envidia y codicia deseaban [...] la impotencia del Reich" (p. 308), "la perversa y sádica venganza" de Francia (p. 704). Las agresiones reprimidas se proyectan sobre todo hacia las masas con el inequívoco fin de conseguir su dominio y sometimiento merced a la manipulación de la afectividad: "Todos los grandes movimientos [...] son movimientos de pueblos, son erupciones volcánicas de pasiones humanas y sentimientos anímicos" (p. 116). "Que son hoy millones los que llevan en el corazón el deseo de una transformación radical del estado de cosas

existente, lo prueba su profunda insatisfacción. Ésta se manifiesta de mil formas diversas, en unos en la timidez y la desesperanza, en otros en la resistencia, la cólera y la indignación, en éstos en la indiferencia y en aquéllos en un rabioso delirio [...]. [El movimiento nacional-socialista] no puede ser una organización de gentes contentas y satisfechas, antes bien, ha de reunir a los inquietos y atormentados, a los desdichados y a los descontentos [...]" (pp. 363 s.). "¡Cómo podría este instrumento de chantaje ilimitado y humillación ignominiosa [habla del Tratado de Versalles] convertirse, en las manos de un gobierno que así lo quisiera, en medio de elevar las pasiones nacionales a su punto de ebullición! ¡Qué bien se podría, mediante una genial manipulación propagandística de tan sádica crueldad, elevar la indiferencia de un pueblo hasta el encono, y el encono hasta la más luminosa rabia! ¡Cómo se podría grabar este punto en el cerebro y en el sentimiento de este pueblo hasta que en sesenta millones de cabezas, en hombres y en mujeres, el odio y la vergüenza comunes y sentidas se convirtieran en un solo y llameante mar de fuego de cuyo fulgor se elevara una sola voluntad y resonara un solo grito: '¡Queremos armas otra vez!' " (pp. 714 y ss.).

12. Cf. 63 y ss., 80 y ss.

13. Cf. 84 y ss. Con la referencia al proceso de proyección se pueden explicar las congeladas fijaciones de Hitler en "experiencias" de ese cariz, incluso bajo condiciones diversas. Piénsese a este respecto en el papel de las llamadas vivencias del tiempo de la guerra en las obras *Tischgespräche* y *Lagebeschprechungen* (conversaciones de sobremesa y de ocasión). Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941-1942*, 1963, n.º 129 (21.5.1952) y n.º 187 (22.7.1942). *Lagebesprechungen im Führerhauptquartier. Protokollfragmente aus Hitlers militärischen Konferenz 1942-1945*. Ed. Helmut Heiber, 1963 (DTV 120/121), p. 297.

14. Gerhard Schulz en la obra colectiva de Bracher, Sauer y Schulz, pp. 377, 388. E. Nolte, en *Faschismus i.s. Epoche* define el fascismo como "antimarxismo", pp. 51-52. Véase también K. D. Bracher *Die deutsche Diktatur*, p. 53.

15. W. Maser, *Mein Kampf*, p. 50. Con ello coincide lo que V. Klemperer (*LTI*. p. 30) ha dicho del lenguaje fascista en su conjunto: "Todo en él era discurso, y debía ser apelación, arenga, instigamiento".

16. W. Maser, *Mein Kampf*, pp. 20 y ss.

17. Hermann Hammer, "Die deutschen Ausgaben von Hitlers Mein Kampf", en *VfZg* 4 (1956), pp. 165 y ss. W. Maser *Mein Kampf*, pp. 48 yss.

18. Gerard Schulz en Bracher, Sauer y Schulz, p. 379.

19. *Mi lucha*, Discurso preliminar. Véase también pp. 116, 525 y 532.

20. Ernst Bloch, *Erbschaft dieser Zeit*, edición ampliada, 1962, p. 79.

21. *Ibid.*, p. 78.

22. C. Berning, *Zs. f. deutsche Wortforschung*, 18 (1962), pp. 160 y ss. E. Seidel e I. Slotty, *Sprachwandel im Dritten Reich*, pp. 1-17.

23. *LTI*, p. 31.

24. "El arte de todos los auténticos caudillos populares consiste, en todas las épocas y en primer lugar, en no dispersar la atención de un pueblo, sino en concentrarla siempre en un único enemigo. Cuanta más unidad se ve en ese empleo de la voluntad belicosa de un pueblo, tanto más potente será la atracción magnética de un movimiento y tanto más fuerte el ímpetu de su empuje. Es propio del genio de un caudillo presentar diversos enemigos como pertenecientes siempre a una misma categoría, pues el reconocimiento de diversos enemigos lleva fácilmente, en naturalezas apocadas e inseguras, a las primeras dudas sobre los propios derechos" (p. 129).

25. "La capacidad de comprensión de la gran masa es muy limitada, su entendimiento parco y su capacidad de olvido grande. Por estas razones, toda propaganda efectiva ha de concentrarse en unos pocos puntos y emplear éstos en unas cuantas frases elaboradas de modo que una sola de esas palabras usadas provoque incluso en el último individuo el efecto deseado" (p. 198). La masa "en su torpeza tiene necesidad de tiempo antes de estar dispuesta a trabar conocimiento con las cosas, y sólo repitiendo mil veces los conceptos más sencillos se conseguirá fijarlos en su memoria. Ningún cambio deberá nunca alterar el contenido de lo que se quiere transmitir por medio de la propaganda, sino que habrá de repetir a fin de cuentas siempre lo mismo. Así el tópico debe iluminarse desde diferentes puntos, pero la conclusión de cada frase ha de estar de nuevo contenida en el tópico usado" (p. 203).

26. Karl Korn, *Sprache in der verwalteten Welt*, pp. 11 y ss.

27. *Ibid.*, p. 25.

28. Karl Korn (*ibid.*, pp. 126 y ss.) ha elaborado las premisas sociales de este estilo como ejemplo de la "frase serial". A este caso pertenece la sustitución de las oraciones subordinadas por infinitos substantivados y la disolución de la cópula verbal. La "frase serial" no permite ningún desarrollo del propio sentido de la oración; la lengua se limita al manejo funcional de conceptos asimilados: "partes listas y manipulación" (p. 134). "Nuestra arquitectura verbal desaparece o se reduce a una adición de monótonos rótulos lingüísticos" (p. 135).

29. *Mi lucha*, pp. 688-689.

30. Cf. pp. 59 y ss.

31. Hannah Arendt, *Elemente und Ursprünge*, p. 575.

32. *Ibid.*, p. 560.

33. Max Horkheimer, *Kritik der Instrumentellen Vernunft*, 1967², p. 31.

34. Herbert Marcuse, *Der Eindimensionale Mensch*, 1967, pp. 104-123.

35. *Dialektik der Aufklärung*, 1947, capítulo "Kulturindustrie", pp. 144 y ss.

36. K. D. Bracher en Bracher, Sauer y Schulz, pp. 216 y ss. Hannah Arendt, *Elemente und Ursprünge*, pp. 551 y ss.

37. Véase el capítulo "Propaganda y organización", *Mi lucha*, pp. 649 y ss.: "La propaganda prepara a la colectividad en el sentido de una

idea y la convierte en madura para el tiempo en que esa idea venza, mientras que la organización asegura esa victoria mediante el encuadramiento duradero, orgánico y belicoso de los militantes que están dispuestos y son capaces de ir a la guerra para conseguir la victoria" (p. 653) *.

38. En su conjunto, las oraciones condicionales muestran en el lenguaje de Hitler cómo del sentido originario, claro y distinto, de la frase surge una mutación y se emborrona en su significado. Las frases que comienzan con la conjunción *si* poseen un carácter en parte recapitulador, en parte apodíctico e imperativo, pero también causal o temporal; esa transición de un carácter a otro no es claramente definible: "*Si* Alemania, empero, entra en esa vía [el colonialismo], *entonces* al menos será necesario reconocer que también este desarrollo conducirá un día a la lucha; [...]. *Si* nosotros entramos en ese camino, *entonces* Inglaterra se convertirá un día en enemigo nuestro[...]. *Si* la política territorial europea sólo podía prosperar en contra de Rusia con Inglaterra como aliado, *entonces*, al contrario, la política colonial y del mercado mundial sólo era pensable en contra de Inglaterra y con Rusia como aliado. *Entonces*, se deberán extraer sin miramientos las consecuencias necesarias, y ante todo, abandonar sin demora la causa austriaca" (pp. 156 y ss.).

"*Siempre que* en Alemania ha tenido lugar un ímpetu de carácter político, comenzó a su vez a hacer prosperar la economía, y al contrario, *siempre que* la economía se convirtió en el único contenido de la vida de nuestro pueblo, arrinconando las virtudes ideales, el Estado *sucumbió* y en poco tiempo *arrasó* consigo a la economía." (p. 167).

"*Si* un pueblo sólo consiste en una masa de degenerados corporales, *tanto más difícil será* que de ese pantano se eleve un espíritu verdaderamente grande." (p. 452). "*Si* un pueblo de cien millones de individuos, con el fin de conservar su unidad estatal, acepta el yugo de la esclavitud, *ello es peor que si* tal Estado y tal pueblo hubieran sido fragmentados y sólo una parte conservaran su plena libertad." (p. 688). "Precisamente nuestro pueblo, que bajo los mil ojos del tratado de Versalles está condenado a vivir desarmado, sólo sería capaz de lograr una preparación técnica para la consecución de la libertad y de la independencia humana, *si* la horda de agentes internos fuera diezmada, de aquellos a los que su innata falta de carácter les permite traicionar por los conocidos treinta dineros a todos y cada uno. Con éstos podemos acabar" (p. 186).

"*Si* en el frente cayeron los mejores, *entonces* se podía al menos exterminar en la patria a los parásitos." (p. 186). "*Si* los pueblos luchan por su existencia en este planeta, *en situaciones en las* que la pregunta del destino sobre su ser o su no ser ha de solventarse, *entonces*, todas las especulaciones sobre la estética y la humanidad *se hunden* en la nada." (p. 195). "*Si* un pueblo ya no quiere velar por esas propiedades de su ser que la naturaleza le dio y que lleva enraizadas en su sangre, *entonces ya no posee ningún derecho* a quejarse de la pérdida de su existencia terrenal" (p. 359). En ocasiones la afirmación adquiere un carácter programático-profético: "*Si* el movi-

miento nacional-socialista quiere obtener la investidura de una gran misión ante la historia para el pueblo alemán, *entonces tendrá* que tomar la espada, pleno de conocimiento y pleno de dolor por su lugar sobre esta tierra, audaz y consciente de su misión, contra la apatía y la incapacidad que hasta ahora dirigían a nuestro pueblo alemán en el campo de su política exterior" (p. 731)*. "*Si* el pueblo alemán hubiera poseído en su desarrollo histórico aquella unidad gregaria que a otros pueblos les cupo en suerte, *entonces* el Reich alemán sería hoy señor del globo terráqueo" (pp. 437 y ss.). "*Si* el desarrollo de Francia continuara al igual que hoy por dos siglos más, *entonces* desaparecerían los últimos vestigios de sangre de los francos en ese Estado europeo-africano de mulatos que se está constituyendo actualmente. Un poderoso territorio de asentamiento cerrado desde el Rin hasta el Congo, habitado por una raza inferior formada en una paulatina y duradera bastardización." (p. 730.) "*Si* en el año 1914 los trabajadores alemanes hubieran sido todos de convicción marxista, *entonces* la guerra no habría durado tres semanas. Alemania *habría* perecido antes de que el primer soldado pusiera su pie en la frontera. No; que el pueblo alemán siguiera entonces luchando prueba que la aberración marxista aún no había podido calar en profundidad. *Precisamente en la medida* en que el soldado y el trabajador alemán volvieron a caer en las manos de los cabecillas marxistas durante la guerra, *precisamente en esa medida* se perdió aquél para nuestra patria. *Si* al comenzar la guerra o durante ella se hubieran puesto a doce o quince mil de esos judaicos envenenadores del pueblo bajo los efectos del gas venenoso que cientos de miles de nuestros mejores trabajadores alemanes de todas procedencias y oficios habían de sufrir en el campo de batalla, *entonces* todos los millones de víctimas del frente no habrían perecido en vano. Al contrario: disponer de doce mil canallas en el momento adecuado hubiera valido para salvar quizás a un millón de ordenados trabajadores alemanes dignos del futuro" (p. 772). El nexo entre regularidad aparente, profecía y amenaza se manifiesta como el signo característico de las construcciones condicionales de Hitler.

39. "El más fuerte ha de dominar y no debe mezclarse con el más débil para así rendir su propia grandeza. Sólo el tarado de nacimiento puede pensar que ello sea cruel, pero para eso también es un hombre débil y limitado: puesto que *si esta ley* no *imperase, no sería imaginable ningún desarrollo superior de las formas de vida orgánica.*" (p. 312). "La lucha *siempre es, empero*, un medio de promover la salud y la capacidad de resistencia de la especie y, *por eso mismo*, una razón del desarrollo superior de la misma. *Si este proceso fuera distinto, entonces cesaría todo desarrollo superior y ulterior, y acaecería lo contrario.* Pues, dado que los inferiores *siempre* superan en número a los superiores, aquéllos se multiplicarían, en idénticas condiciones de conservación de la vida y de procreación, *tanto más rápidamente* que los otros, *con lo que al final*, los mejores tendrían necesariamente que retirarse en la sombra. *Por ello es preciso* introducir una modificación a favor de los mejores. Esto, sin embargo, ya lo cuida la naturaleza, *en cuanto*

que somete a sus vástagos más débiles a tan drásticas condiciones de vida que gracias a ellas su cifra disminuirá y *al fin*, no será arbitraria al escoger a los supervivientes para la procreación, sino que tendrá lugar una nueva y despiadada selección basada en la fuerza y la salud" (p. 313).

40. "Las construcciones comparativas pertenecen a las más importantes formas de oración de las que Hitler se vale en *Mi lucha*. Aquí podemos recordar algunos ejemplos: "*Cuanto más* observaba la forma exterior de la socialdemocracia, *tanto más* ávido era mi deseo por conocer el núcleo interno de esa doctrina" (p. 53). "*Cuanto más* gusto hallan los nuevos representantes del pueblo en la aún suave forma de lucha 'revolucionaria' en el Parlamento y el Congreso, *tanto menos* se sienten dispuestos a retornar a la más peligrosa tarea de ilustrar a las grandes masas del pueblo" (p. 115). "Nadie se percató de que [...] *cuanto más* se empeñaba la monarquía en ese sobresaliente arte de gobernar del 'monarca más sabio' de todas las edades, *tanto más catastrófica* tenía que ser la situación" (p. 175). "*Cuanto más* concentremos toda la fuerza de nuestro movimiento en la lucha política *con tanta mayor seguridad* podemos contar con vernos coronados por el éxito en todos los frentes; pero, *cuanto más* prematuramente nos carguemos con problemas sindicales, coloniales y demás, *tanto más estrecho* será el provecho que obtendremos para nuestra causa, tomada en conjunto. Pues, *por más importantes* que sean esos intereses, su consecución *sólo* puede atraer nuestra atención *cuando* seamos capaces de emplear el poder público al servicio de tales cometidos. Hasta entonces, esos problemas perjudicarán al movimiento *tanto más cuanto más* pronto nos ocupemos de ellos, y con *tanta mayor fuerza cuanto que* su entera voluntad ideal (*weltanschaulich*) se verá dañada por ellos" (p. 681). "*Cuanto más* debilitado estaba el honor nacional alemán, *tanto más fácilmente* podía la presión económica y la perpetua pobreza conducirnos a efectos políticamente destructivos" (p. 765).

41. "*Cuanto más humillantes y míseros* son los productos de una época y los hombres que en ella viven, *tanto más* se odia a los testigos de la dignidad y la grandeza pretérita [...] Por ello cada nueva institución, *cuanto más miserable e indigna, tanto más* tratará de borrar hasta las últimas trazas del tiempo pasado" (p. 285). "*Cuanto más incomparable y valiosa* sea la forma y el contenido (del Estado alemán), *tanto mayor* será la envidia y la oposición de sus enemigos" (p. 473). Véase *Hitlers Zweites Buch*, prólogo y comentario de G. L. Weinberg, 1961, pp. 217 y ss.: "Así *cuanto mejor* sea la impresión que Alemania, en cuanto Reich, ofrezca al mundo de la grandeza del pueblo alemán, *tanto mayor* atractivo conservará la noción estatal perdida para siempre del germanismo, para al menos inspirar la pertenencia espiritual a ese pueblo. *Cuanto más apocadamente* represente la madre patria los intereses de la nación alemana y de cara al exterior transmita una impresión negativa, *tanto más tenue* será también la incitación interior de pertenecer a tal pueblo". El lenguaje mismo como tendremos ocasión de mostrar con otros ejemplos, apunta claramente a Hitler como autor de ese libro.

Véase fundamentalmente la introducción del editor (pp. 13 y ss.), de acuerdo con el cual Hitler dictaría el libro en el verano de 1928. (pp. 20 y ss.)

42. *Tan poco como*: "La propaganda [...] es, de acuerdo con su contenido, una ciencia tan poco como un anuncio es arte, en su representación sola" (p. 196). "Tan poco como (la naturaleza) desea el apareamiento de de seres débiles con fuertes, tanto menos la mezcla de una raza superior con otra inferior [...]" (p. 313).

Menos que: "Casi en todos los campos de arte [...] se comenzó, con el inicio de este siglo, a producir poco que fuera nuevo, y mucho más a menospreciar cuanto bueno venía de antiguo y menospreciarlo como superado e inferior [...]" (p. 287). "La cuestión de las causas íntimas de la inmarcesible importancia de la progenie aria puede responderse diciendo que éstas han de buscarse menos en la fuerte imposición de su instinto de autoconservación cuanto, mucho más, en la particular forma de manifestación de este mismo" (p. 326). "La capacidad de contraer alianzas de un pueblo viene determinada mucho menos por un montón muerto de armas preparadas que por la visible existencia de una ardiente voluntad de conservación racional y de un heroico coraje hasta la muerte" (p. 366). Ante nosotros está la innumerable horda, menos de los malos de torcida voluntad cuanto de los indiferentes, perezosos y de los que están incluso interesados en la conservación del estado de cosas presente" (p. 441).

Tanto cuanto: "El profundo conocimiento de los hombres le posibilitaba (a Lueger) tanto para emitir juicios adecuados sobre la fuerzas disponibles cuanto le defendía contra una consideración en exceso pesimista de las instituciones existentes [...]" (p. 108). "Estaba persuadido de que este Estado asfixiaba y mutilaba a todo alemán verdaderamente grande tanto cuanto, al contrario, favorecía toda manifestación antialemana" (p. 135). "Por eso en Roma el ambiente general era pro-alemán tanto cuanto hostil a Austria en el corazón del último italiano" (p. 162). "La más horrenda arma que contra él (el soldado inglés o americano) se usaba, le pareció nada más que la confirmación de la información que ya le habían brindado y fortaleció la fe en la justeza de las declaraciones de su gobierno, tanto cuanto enconaba por otro lado el odio y la rabia contra el avieso enemigo" (p. 199).

Así como — así también: "Así como la naturaleza no concentra [...] su mayor cuidado en la conservación de lo existente, sino en la atención a los vástagos, así también en la vida humana se trata menos de conservar artificialmente lo que existe y es malo [...] que de asegurar desde el principio el desarrollo futuro de un camino sano" (p. 29). "Así como en la vida diaria el llamado genio precisa [...] de unas oportunidades especiales, para salir a la luz, así también una raza genial en la vida de los pueblos" (p. 321). "Así como las grandes especies animales de la prehistoria hubieron de ceder ante otras y desaparecer sin remisión, así también ha de ceder el hombre cuando le falta una determinada fuerza espiritual que, sólo ella,

le proporcionaría las armas necesarias para su autoconservación" (p. 432). "[...] Así como en general la premisa de la capacidad de rendimiento espiritual reside en la cualidad racial de un material humano dado, así también, al tratar de los individuos, ha de tenerse ante todo en cuenta su salud corporal [...]" (p. 451 y ss.). "Así como en general he de juzgar distintos a los pueblos en virtud de su pertenencia racial, así también habré de hacerlo con los hombres individuales en el seno de una comunidad racial" (p. 492).

Como – así también: "Como el color en la sangre de los señores de antaño deja un leve matiz a modo de recuerdo suyo, así también se ilumina levemente la noche de la tiniebla cultural mediante las creaciones que nos restan de los antiguos portadores de la luz" (p. 320). "Como en la vida económica los hombres hábiles no son señalados desde arriba, sino que son ellos mismos los que han de batirse en las dificultades hasta llegar a la cumbre, y así como funciona ese ilimitado aprendizaje que va desde el pequeño comercio a la gran empresa, y como es la misma vida la que establece entonces las correspondientes pruebas, así tampoco pueden naturalmente 'descubrirse' de repente las cabezas políticas" (pp. 500 y s.).

43. "Cuando por primera vez trabé conocimiento con el judío en su cualidad de *cabecilla mercader tan frío cuanto desprovisto de escrúpulos* de aquel indignante y vicioso negocio del deshecho de la gran ciudad, sentí un ligero estremecimiento que recorrió toda mi espalda" (p. 64). La política de alianzas de la Alemania anterior a la guerra era "*tan carente de sentido cuanto peligrosa*" (p. 143). "La naturaleza [...] suele [...] limitar la procreación de la población de determinados países o razas; *y lo hace en modo tan sabio cuanto inmisericorde*" (p. 114). La propaganda enemiga de guerra se describe como "de clase *tan despiadada cuanto genial*" (p. 201); Hitler habla de un "arte *tan genial cuanto pícaro*" (p. 268); de la política francesa con respecto a Alemania se dice: "La podredumbre lograda merced a sangre negra a orillas del Rin, en el corazón de Europa, obedece *tanto* a la sed sádica y perversa de venganza de este chauvinista enemigo ancestral de nuestro pueblo, *cuanto* al frío cálculo de los judíos por comenzar [...] de esa manera la bastardización del continente europeo" (p. 704). Cf. aquí también la concordancia estilística con el segundo libro de Hitler, pp. 83, 85 y ss., 97, 110, 114 y 119; especialmente p. 209. "Pues aunque el Estado austríaco fuera *tan pequeño*, era ya lo *bastante grande como para* ser el portador de un pensamiento de política exterior que correspondía *exactamente* a su pequeñez, y que *sin embargo* podía haber envenenado el pensamiento político de toda Alemania. *Cuanto más limitadas* sean las orientaciones políticas del Estado austríaco, *tanto más fácilmente conducirán* a plantearse problemas [...] que para ese Estado pueden tener sentido, pero que para la Nación alemana no pueden considerarse como pertinentes."

44. "El ario *no* es el mejor en lo relativo a sus propiedades espirituales, *sino* en el calibre de disposición de poner todas sus capacidades al servicio de la comunidad [...] el ario ya *no* trabaja [...] de forma inmediata

para sí mismo, *sino* que proyecta actividad en el espacio de toda la colectividad, no sólo lo hace por el *propio provecho, sino por el provecho de todos*. La más maravillosa explicitación de esta actitud la brinda la palabra 'trabajo', con la cual él *en modo alguno* entiende una actividad encaminada a la propia conservación, *sino* únicamente una creación que *no* contradiga los intereses de la sociedad" (p. 326). El pensamiento y la formulación según alternativas señala ya el estilo de los más tempranos escritos antisemitas del joven Hitler. Véase por ejemplo su carta a Gemlich del 16 de septiembre de 1919, escrita a requerimiento de Karl Mayr, el director del "grupo de instrucción" del IV *Gruppenkommando* del ejército imperial y superior de Hitler, como respuesta a un cuestionario de un antiguo miembro del curso sobre el significado del antisemitismo. Separata de Ernst Deuerlein, "Hitlers Eintritt in die Politik und Reichswehr", en *VfZg* 7 (1959), pp. 177 y ss.; Doc. 12, 203-205. Hitler escribe ahí (p. 204) sobre "el carácter de los judíos". "El valor de los individuos *no* se determina mediante su *carácter*, o el peso de su *aportación a la comunidad*, *sino* exclusivamente en virtud de la cuantía de su *caudal*, de su *dinero*. La grandeza de una nación *no* deberá medirse según eso de acuerdo con la suma de sus *fuerzas espirituales y morales*, *sino* únicamente según la *riqueza* de sus bienes materiales" (p. 204). Con respecto a la instauración de la República de Weimar afirma (pp. 204 y ss.): "La República en Alemania debe su nacimiento *no* a la voluntad de unidad nacional de nuestro pueblo, *sino* a la astuta explotación de una serie de circunstancias que, tomadas juntas, se manifestaron en un profundo descontento general. Tales circunstancias, sin embargo, eran independientes de la forma de Estado y aún hoy son efectivas [...]. Pues una gran parte de nuestro pueblo reconoce que *no* es la modificada forma del Estado en cuanto tal la que podría cambiar y mejorar nuestra situación, *sino* sólo un renacimiento de las fuerzas morales y espirituales de la nación. Y ese renacimiento *no* se pondrá en marcha mediante una dirección estatal dejada en las manos de mayorías irresponsables bajo el influjo de determinados dogmas de partido y de una irresponsable prensa que labora con frases hechas y tópicos de cuño internacional, *sino* tan sólo merced a la acción incomprometida de personalidades rectoras de inspiración nacional y dotadas de un sentido de responsabilidad interior".

45. Véase particularmente la confrontación de Hitler con el movimiento nacional-racista (*völkisch*) pequeño-burgués (pp. 395 y ss. y 516 y ss.)

46. *Der eindimensionale Mensch*, p. 110. Kenneth Burke (*Die Rhetorik in Hitlers "Mein Kampf"* (p. 21) habla de "cuadros de ideas" (*ideational imagery*).

47. *Der eindimensionale Mensch*, pp. 120 y ss. Hitler construye períodos enteros a base de órdenes colocadas en cadena. Los medios estilísticos son: construcciones con futuro e infinitivo, los verbos "haber de", "deber", "tener que". El ejemplo más evidente se encuentra en relación con la definición del Estado nacional-racista (*völkisch*) (pp. 446-448)*: ese Estado "ha de establecer, ha de cuidar, ha de explicar; ha de preocuparse

de; al contrario debe considerar como condenable; debe hacerse sentir; los individuos han de inclinarse ante él; ha de establecer, de explicar, de llevar a término; ha de cuidar, de ordenar; debe sentirse, ha de realizar, ha de instruir, ha de actuar sin ambages". A veces, en el lugar de la orden disfrazada aparece el imperativo conjurado, como cuando habla del "testamento político de la nación alemana" (p. 754 y ss.)*: "Jamás tolere el establecimiento de dos potencias militares en el continente europeo. Vea en cada intento por organizar un segundo poder militar en la frontera con Alemania [...] un ataque contra Alemania, y en él vea no sólo el derecho, sino también el deber de impedir por todos los medios, incluso con el empleo de la fuerza militar, el establecimiento de tal Estado, o si ese Estado se ha establecido ya, de aniquilarlo. Se cuide de que la fuerza de nuestro pueblo no proceda de las colonias sino de la tierra patria en Europa. No estime que el Reich está seguro si no posibilita para cada hijo de nuestro pueblo y durante siglos por venir la posesión de su propio suelo y tierra. Jamás olvide que el más sagrado derecho existente en este mundo es el derecho a la tierra, que uno mismo quiere trabajar, y la víctima más sagrada la sangre que por esa tierra se derrama".

48. "La Bolsa comenzó a triunfar y se encaminó, *sin prisa pero con seguridad*, a tomar la vida de la nación bajo su control y guardia" (p. 257). "En este tiempo de *inicial y lentamente actuante* descomposición del cuerpo popular, hemos de volvernos al ejército como al supremo valor" (pp. 305 y ss.). El Reich alemán, como Estado de todos los alemanes, tiene que abarcar las tareas de extraer de su pueblo las más valiosas esencias raciales, de conservarlas y de conducirlo, *de forma lenta pero segura*, a su lugar dominador" (p. 439)*.

"Los pueblos sin honor (suelen) perder *más tarde o más temprano*, su libertad y su independencia" (p. 194). "Por todas partes nos tropezamos con el germen que causa el comienzo de ese cáncer por el que nuestra cultura *más tarde o más temprano* perecerá" (p. 284).

49. A este conjunto pertenecen los adverbios, característicos del estilo de Hitler, *finalmente, metódicamente y necesariamente* (*endlich, planmäßig, zwangsläufig*), los cuales querrían producir la impresión de inescapable regularidad con connotaciones proféticas. El significado de *finalmente* oscila por ello entre una función que tiende más a precisar y resumir y otra que sea más temporal. "Cuando [la enfermedad del cuerpo popular] no se presenta de forma catastrófica, el hombre comienza a acostumbrarse a ella de manera paulatina y finalmente, aunque con tanta mayor seguridad, se ve por ella aniquilado" (pp. 253 y ss.). "[...] cuando un pueblo y un Estado han tomado ese camino (la higiene racial), entonces su atención se dirigirá naturalmente a elevar el núcleo racialmente más valioso del pueblo y a elevar su fecundidad, para que finalmente el conjunto de ese pueblo pueda ser partícipe de la bendición de un tesoro racial sumamente selecto" (p. 448). *Metódicamente*: "De la lista innumerable de grandes nombres de la historia alemana han de escogerse los más grandes

y presentárselos a la juventud en manera tan incansable que se conviertan en pilares de un nunca intimidado sentimiento nacional. Nuestra enseñanza se basará metódicamente en esos puntos de la historia, y metódicamente se dará forma a una educación tal que el joven, al salir de la escuela, no sea un medio pacifista, un mediodemócrata o cualquiera de esas cosas, sino un alemán entero" (pp. 473 y ss.)*. "Era en verdad desesperante de ver a veces cómo el intrigante judío conseguía enzarzar a nuestro pueblo en asuntos en la actualidad de todo punto baladíes, enconarlo en protestas y manifestaciones, mientras que en las mismas horas Francia mordía palmo a palmo nuestro cuerpo popular y metódicamente nos arrebataba los fundamentos de nuestra independencia" (pp. 706 y ss.).

Necesariamente: La caída de la monarquía austro-húngara "era el resultado necesario de la imposibilidad de regir de forma duradera con diez millones de hombres, un Estado de cincuenta millones de individuos pertenecientes a diferentes naciones [...]" (p. 75). Con respecto al fracaso de las leyes socialistas de Bismark, Hitler escribe: "Todo ello, sin embargo, no fue sino la consecuencia necesaria de la carencia de un ideal nuevo y hostil al marxismo, ideal dotado de voluntad de empuje y conquista" (p. 190). Con respecto al "descuido" de las premisas raciales del Estado: "Tal consideración de principio conduce, en su lógico y consecuente desarrollo, no sólo a un menosprecio de las fuerzas elementales de la raza, sino también a una infravalorización de la persona. Pues la negación de la diferencia entre las diversas razas en relación con sus capacidades generales en cuanto creadoras de cultura tiene necesariamente que trasladar este gran error al propio enjuiciamiento de los individuos" (pp. 419 y ss.).

50. Un ejemplo de conjunto de ese estilo funcional son las construcciones que emplean el nexo (y con ello, y así...) *und damit*, que es ora consecutivo, ora causal, ora copulativo, ora final; véase a este propósito Seidel y Slotty, *Sprachwandel im Dritten Reich* (pp. 18 y ss.). La mezcla y la indiferenciación de funciones causales y copulativas presta a las asociaciones arbitrarias la apariencia de una conexión de fundamentos científicamente establecida: Veamos aquí sólo algunos ejemplos: "Vi entonces ante mí una doctrina (i,e. la socialdemocracia) consistente en egoísmo y odio, la cual, de acuerdo con leyes matemáticas, puede conducir a la victoria, *y con ello* tendrá que aniquilar a la humanidad" (p. 54). "Así surge un movimiento de trabajadores manuales bajo dirección judía, dirigido aparentemente a mejorar la situación de los obreros, pero en realidad empeñado en lograr su esclavitud *y con ello* la aniquilación de todos los pueblos no judíos" (p. 351). El movimiento nacional socialista "tiene que encontrar el coraje de reunir a nuestro pueblo y a su fuerza para marchar por ese camino que nos conduzca fuera de ese hoy nuestro comprimido espacio vital y conquistar así nueva tierra y suelo *y con ello* liberarlo para siempre del peligro de desaparecer de esta tierra, o bien de servir, en calidad de pueblo esclavo, a otros" (p. 313). Lo mismo puede decirse del nexo *mithin* (por ello, consecuentemente): "La lucha es siempre un medio de poten-

ciar la salud y la capacidad de resistencia de la especie, y, *con ello*, causa del superior desarrollo de la misma" (p. 313). "La importancia cultural de una nación está casi siempre unida a la libertad e independencia política de la misma, y *en consecuencia* es esto último condición esencial para la existencia o mejor logro de lo primero" (p. 690).

LENGUAJE E IDEOLOGÍA: "MI LUCHA"

1. *Frankfurter Beiträge zur Soziologie 4: Soziolog. Excurse*, ed. Th. W. Adorno y Walter Dirks, pp. 168, 170.
2. *Ibid.*, p. 169.
3. *Ibid.*
4. *Ibid.*
5. Puesto que Hitler considera que las contradicciones históricas son inmodificables –pues las ocasiona la naturaleza misma–, tendrá que anular la referencia a la historia en cuanto complejo de relaciones socioeconómicas producidas por el hombre. Tal es el sentido del monótono discurso sobre el "destino" de Austria-Hungría (p. 11), de los "austroalemanes" (p. 75), del "germanismo" (p. 82), del "destino de la nación alemana" (p. 134), del "destino de Alemania" (p. 209), el "destino de nuestro pueblo" (p. 753) o del destino sin más (pp. 554, 712, 742, 743, 767); en relación con la miseria de las clases explotadas, producida por el capitalismo, leemos: "Dureza del destino" (p. 20), "incierto destino" (p. 26); al "destino" se le adscribe el desempleo (p. 25), el empresario se trueca en "despiadado ejecutante de la fuerza de ese destino (p. 64); o aún más cargadas las tintas: "el puño del destino" (p. 40), la "cruel diosa de la necesidad" (p. 116), el "imperio del destino", el convertirse en "dueño", en "señor del destino" (p. 137), el "martillazo del destino" (p. 321). El "destino" desempeña en la propia biografía estilizada de Hitler un importante papel: "Lo que mi padre había conseguido hacía cincuenta años, quería yo también arrancárselo al destino" (p. 17); "el destino [...] fue misericorde conmigo" (p. 22); "he de estarle más que grato al destino" (p. 85), "confiaba labrarme un nombre como arquitecto, y en la medida grande o pequeña que me concediese el destino, consagrar mis servicios a la Nación" (p. 136), "me irritaba por la que me parecía mi, en exceso tardía, peregrinación por la vida y consideraba el futuro período de 'tranquilidad y orden' como una inmerecida infamia por parte del destino" (p. 173). "Con orgullosa melancolía reevoco ahora en estos días, [...] aquellas semanas del comienzo de la lucha heroica de nuestro pueblo, en la cual me permitió participar el destino" (pp. 179-180). Con respecto a su entrada en el DAP (*Deutsche Arbeiter Partei*) escribe: "El destino mismo parecía ahora señalarme con el dedo" (p. 242). Hitler identifica su "destino" con el de la Nación: "Más de una vez me atormentaba el pensamiento de que, si la Providencia me hubiera colocado a mí en el lugar de aquellos

inútiles o criminales incapaces o abúlicos de nuestro servicio de propaganda, nuestra lucha contra el destino hubiera sido otra" (p. 206).

El destino –y tal es su significado más importante– es, en fin, idéntico a la ley de la "lucha por la vida". La irracionalidad específica de los antagonismos capitalistas se mistifica para convertirse en "insondable destino" (p. 69), en "Providencia" (pp. 164-165), en "voluntad del Supremo Creador" (p. 314), en "voluntad de la Providencia eterna" ("Los pueblos que se bastardizan o se dejan bastardizar pecan contra la voluntad de la Providencia eterna" (p. 359), en "voluntad eterna que domina este universo" (p. 421), en "bondad del Todopoderoso" (p. 439). En vano actuarán las conjuras contra las leyes de la naturaleza mitificada: "Cuanto acontece en la vida de los pueblos no es manifestación de la casualidad, sino de procesos acordes con las leyes naturales relativas al empuje del instinto de conservación y procreación de raza y especie" (p. 310); la "férrea lógica de la naturaleza" (p. 314). Los antagonismos sociales ocultados, revelados ahora, retornan en cuanto "leyes de la naturaleza"; la ceguera producida se troca en ceguera otorgada naturalmente, que también golpea al autor de esa represión: "el puño de la diosa de la eterna justicia y del inescapable castigo" (p. 13); "la naturaleza eterna venga inapelablemente la infracción de sus mandamientos" (p. 70); la "venganza del insondable destino" (p. 174); "el merecido castigo de la vindicta eterna" (p. 250); "el pecado contra la voluntad del Eterno Creador" (p. 479). La historia se convierte en tribunal universal: "la Providencia eterna y justa" juzga a cada pueblo en la "balanza del destino" (p. 105); "la inapelable mano de la diosa del destino (pesa) a los pueblos y a los hombres (p. 178); la guerra significa para el pueblo alemán el "comparecer ante el tribunal de la historia [...] en su lucha a vida o muerte" (p. 124) o "ante el divino tribunal del Eterno Juez para defender la justicia de la propia causa" (p. 179); en la guerra se debate la "demanda del destino con respecto al ser o no ser" (se debate la "demanda del destino sobre el sentido de la lucha por la existencia de un pueblo" (p. 195). En el transfondo se esconde la mistificación de la lucha de concurrencia –"el libre juego de fuerzas"– caracterizada como "sabiduría de la vida" (p. 573) o lucha por el propio ser: "Pertenece a la esencia propia de las llamadas grandes cuestiones de una época el que en su solución sean millares los que se afanen, multitud los que se crean llamados; mas que el destino mismo escoja a unos cuantos para que el juego libre de fuerzas otorgue la victoria final a los más hábiles, a los más fuertes [...]. La misma naturaleza toma esa decisión con su inapelable lógica, al hacer que los diferentes grupos compitan y peleen por la palma del vencedor" (pp. 570-571). El transfondo sociopsicológico de la creencia en el destino ha sido analizado por Erich Fromm en *Die Furcht vor der Freiheit*, 1966, pp. 142 y ss. La credulidad en el destino es según este investigador el rasgo sobresaliente de la personalidad autoritaria, cuya "forma extrema" corporizaría Hitler (p. 215). La personalidad autoritaria "ama las situaciones que coartan la libertad humana, desea some-

terse al 'destino'. Para este carácter, la situación social de la que depende es su 'destino'. Si se trata de un soldado, serán los caprichos y las órdenes de sus superiores, a los que se entrega con alegría. Si se trata de un pequeño comerciante, su destino lo constituirán las leyes del mercado. Para él las crisis y la prosperidad no son procesos económicos que puedan abolirse por intervención humana, sino expresiones de un poder superior al que el hombre ha de someterse. Y si por ventura él mismo se encontrase en el vértice de la pirámide, su base seguiría siendo la misma para él. La diferencia estribaría tan sólo en el grado no en el sentimiento de dependencia con respecto a una entidad todopoderosa" (p. 169).

6. M. Horkheimer y Th. W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung*, p. 226. En lo relativo al vocabulario de las enfermedades, véase. C. Berning, *Zs. f. dt. Wortforschung* 19 (1963), pp. 105 y ss.

7. *Frankfurter Beiträge*, 4, p. 169.

8. Tratamiento del todo similar reciben en el Segundo Libro de *Mi lucha* los representantes democráticos de la república de Weimar y la Revolución de noviembre (pp. 115 y ss.). La Revolución de noviembre es para Hitler "el más deshonroso y vil crimen de todos los tiempos"; los políticos responsables de ella son denunciados como "criminales de noviembre", "representantes de la canallada de noviembre", "andrajosos representantes de la nueva idea del Estado"; al Estado de Weimar se le apostrofa como "organización de proxenetas, rateros, desertores, estraperlistas y gacetilleros".

9. Paul A. Baran, *Marxismus und Psychoanalyse*: "Su protesta (i.e. la protesta de las masas) contra la racionalidad capitalista, contra la racionalidad del mercado y de la ganancia, se convierte en protesta contra la misma razón, se troca en antiintelectualismo y atiza la agresividad contra aquellos que, para amasar riquezas, manejan a su logro y provecho las reglas del juego capitalista" (p. 88). Las causas del irracionalismo y de la agresividad pertenecen a la estructura misma del capitalismo, la cual no ceja de agudizar "el antagonismo entre racionalidad parcial y racionalidad total" (p. 83).

10. Alexander Mitscherlich, *Auf dem Weg zur vaterlosen Gesellschaft*, 1965, p. 144.

11. *Ibid.*, pp. 435, 196. Lo introyectado proporciona el material y la motivación para la proyección. Véase a ese respecto Mitscherlich, p. 177: "La proyección impide que tenga lugar un reconocimiento que esté desprovisto de prejuicios [...]. Dado que la proyección siempre es defensa contra las propias pulsiones reprimidas y renegadas, no se trata en ella únicamente del miedo auténtico (*Realangst*), como cuando a un enemigo o a una escala desconocida de valores se les reconoce al punto como antagónicos, sino de una defensa contra los propios sentimientos insoportables de la carencia de valor, la cual ha surgido en el espacio interno de ese mundo de experiencia opuesto a nosotros, en el comercio con las personas conocidas y en la confrontación con nuestra propia escala de valores".

12. Leo Löwenthal y Norbert Gutermann, *Agitation und Ohnmacht*, 1966, p. 45.

13. *Ibid.*, p. 46.

14. *Der Eindimensionale Mensch*, p. 106.

15. Georg Lukács, *Von Nietzsche zu Hitler oder Der Irrationalismus und die deutsche Politik (apud Die Zerstörung der Vernunft* 1962), 1966, ed. Fischer 784, p. 247. La identidad entre enemigo de raza y enemigo de clase también la han visto K. D. Bracher en Bracher, Sauer y Schulz, pp. 277 y ss., y E. Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, pp. 486 y ss. y *Die Krise des liberalen Systems*, pp. 76 y ss.

16. Hedwig Conrad-Martius, *Utopien der Menschenzüchtung. Der Sozialdarwinismus und seine Folgen*, 1955, pp. 46 y ss. Precisamente en esa "aristocracia del trabajo" (p. 246) política y económica exigida por sus representantes, se muestra el darwinismo social como consecuencia ideológica, por más que unilateral y exasperada, del liberalismo. H. G. Zmarzlik, *Der Sozialdarwinismus in Deutschland als geschichtliches Problem*, *VfZg* 11 (1963), pp. 246 y ss., sigue el proceso de transformación de la teoría evolucionista del darwinismo, desde la "doctrina de la época ilustrada y liberal" (p. 250) hasta la "antropología racial y socialmente reaccionaria" (p. 253) y la "antidemocrática" y "anticivilizada" higiene racial (pp. 254 y ss.). La destrucción de la "ética social clásica, cristiana y humanístico-ilustrada" (pp. 270-271) no se realizó, como pretende Zmarzlik, contra el liberalismo, sino consecuentemente en el seno de corrientes ideológicas pertenecientes a la sociedad del liberalismo tardío.

17. Las formulaciones que aparecen en el II Libro de Hitler son similares, pp. 65 y ss.: "En cuanto un pueblo ya no honra la expresión cultural de su vida anímica, determinada por la propia sangre, o incluso comienza a avergonzarse de ella para copiar ajenas formas de vida, prescinde así de la fuerza que yace en *la armonía de su sangre* y en la vida cultural que de ella brota. Ese pueblo se verá *destruido*, inseguro en su enjuiciamiento de la realidad y de sus manifestaciones, pierde el conocimiento y el instinto hacia sus propias metas, para en su lugar hundirse en el *caos de ideas y modas internacionales*, y de la destrucción de ellas resultante. Entonces es cuando bien puede el *judío* lanzar su ataque en esa forma, y ese *maestro del envenenamiento internacional y de la corrupción racial* no descansará hasta que haya hecho perder completamente sus raíces a ese pueblo y con ello le haya corrompido". En qué descansa esa "armonía de la sangre", socialmente hablando, es algo que más adelante se aclarará (p. 10): "El pueblo alemán está amenazado con perder poco a poco el valor de la sangre, el sentido de la personalidad y el instinto de la propia conservación. En el lugar de estos valores triunfa el internacionalismo y aniquila nuestros valores nacionales; se extiende la democracia sofocando la idea de la personalidad, y, en fin, un perverso estiércol pacifista envenena la idea del viril instinto de autoconservación [...]. En la derrota de esos síntomas de decadencia de nuestro pueblo estriba la gran tarea de política interior del fu-

turo. Ésa es la misión del movimiento nacionalsocialista. De ese esfuerzo ha de surgir un nuevo cuerpo popular, que borre las más negras sombras del presente, la escisión de las clases de la que por igual son responsables la burguesía y el marxismo". El análisis socio-psicológico confirma esa observación. Véase W. Reich, *Massenpsychologie des Faschismus*, pp. 123 y ss. sobre la pureza racial, el envenenamiento de la sangre y el misticismo, especialmente pp. 142 y ss.: "Tras la idea de la mezcla con razas extrañas se oculta [...] la idea del comercio carnal con los pertenecientes a la clase dominada, y ahí vuelve a funcionar la tendencia de la burguesía de limitar sus fronteras de clase [...]. El comercio carnal de la clase dominante con la clase dominada significa asimismo una conmoción de los pilares ideológicos centrales del dominio de clase, en realidad la posibilidad de una 'democratización' [...]".

18. Esa represión de las contradicciones sociales mediante la ideología fascista tiene el contrario efecto de multiplicarlas. A este propósito véase Tim Mason, *Der Primat der Politik – Politik und Wirtschaft im Nationalsozialismus*, p. 486: "La antigua contradicción entre el potencial poder político y la impotencia económica de la clase trabajadora fue, con todo, 'resuelta' por el nacionalsocialismo merced a la liquidación de las organizaciones de trabajadores; sin embargo, los elementos plebiscitarios del sistema, los cuales se hicieron por necesidad cada vez más presentes tras la consecución del pleno empleo, hicieron preciso no sólo que se reprimiera a la clase trabajadora, sino que se la movilizara mediante mejoras materiales. La contradicción entre demagogia (fuerza conseguida mediante la satisfacción) y praxis política (armamentismo forzado) reprodujeron las contradicciones entre la necesaria base de masas y la inmutada estructura de las relaciones de propiedad".

19. *Die Juden in Europa*, p. 122. Véanse a este respecto las afirmaciones de Hitler en *Mi lucha*: "La historia universal" es "obra de minorías" (p. 441).*

20. M. Horkheimer y Th. W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung*, pp. 200-201.

21. H. Marcuse, *Der Kampf gegen den Liberalismus*, p. 20.

22. Un darwinismo social de carácter fascista sustituye la tradicional economía política: "El más fuerte ha de dominar, y no deberá mezclarse con el más débil para así perder la propia grandeza [...]. La consecuencia de este instinto general, imperante en toda la naturaleza, por lograr la pureza racial no sólo se manifiesta en la aguda delimitación de las razas hacia afuera, sino también en su simétrica entidad racial hacia adentro [...]. La lucha por el pan cotidiano destruye a los débiles y enfermos, a los menos decididos, mientras que la lucha de los machos por la hembra sólo otorga al más sano el derecho a aparearse, o al menos la posibilidad de hacerlo. La lucha siempre es, empero, un medio de promover la salud y la capacidad de resistencia de la especie y, por eso, una causa del desarrollo superior de la misma".

"Si este proceso fuera distinto, entonces cesaría todo desarrollo superior y ulterior, y acaecería lo contrario. Pues, dado que los inferiores siempre superan en número a los superiores, aquéllos se multiplicarían, en idénticas condiciones de conservación de vida y de procreación, tanto más que los otros, con lo que finalmente los mejores tendrían necesidad de retirarse en la sombra. Por eso es menester introducir una modificación a favor de los mejores. Ello sin embargo, ya lo cuida la naturaleza, en cuanto que somete a sus vástagos más débiles a tan drásticas condiciones de vida que, gracias a ello, su cifra disminuirá y, al fin, no será arbitraria al escoger a los supervivientes para la procreación, sino que se creará en ese proceso una nueva y despiadada selección basada en la fuerza y la salud" (pp. 312-313).

23. K. Kraus, *Weltgericht*, 1968 ed. *Fischer* 895, p. 73. C. Berning y Sedel y Slotty (respectivamente, *Zs.f.dt. Wortforschung* 19, 1963, pp. 103 y ss.; *Sprachwandel im Dritten Reich*, pp. 43 y ss.) ya calibraron el significado de las expresiones militares presentes en el lenguaje fascista. En *Mi lucha* se emplean para denotar los más dispares campos: en tono neutro: "el ejército de oficiales superiores, de burócratas del Estado, de artistas y de sabios" —"el ejército aún más numeroso de trabajadores" (p. 23); con *menosprecio*: "el ejército de provincianos burgueses y sus mujercitas" (p. 411), "el lastimoso ejército de nuestros coetáneos pequeño burgueses" (p. 449); con patetismo: "el arrojado ejército de nuestra [...] juventud" (p. 450); con sentimiento de asistir a una conjura: "Yo veía con desazonante angustia [...] que la masa de los sin patria se henchía hasta convertirse en un amenazante ejército" (p. 43).

La confrontación en política interior con el "marxismo" se trueca lingüísticamente en una guerra civil. Hitler califica a la SPD de "ejército de oficiales y soldados", siendo los "trabajadores manuales alemanes" los "soldados" y los "intelectuales judíos" los "oficiales"; los "empleados sindicales" constituirían "los suboficiales", todo el conjunto un "ejército de soldados de partido" (pp. 509-510).* En el tiempo de la Revolución de noviembre, los espartaquistas y la USPD [*Unabhängige Sozialpartei Deutschlands*] sirvieron como "batallones de choque del marxismo revolucionario"; cuando el "ejército socialdemócrata" ocupó la "posición", entonces los "batallones de asalto independientes y espartaquistas" hubieron de retirarse (p. 590). No raras son las formulaciones como "ejército de desertores", (p. 588), "campaña de mentiras de los judíos", "campaña de la prensa judía" (p. 356). Hitler fundó la estructura autoritaria, de orden y dependencia, de su partido según el modelo de la estructura jerárquica del ejército: lo decisivo es la "obediencia" disciplinada con la que los militantes obedecen a su superior espiritual. "Cuando dos formaciones de soldados se enfrentan en batalla, no vencerá aquella cuyos individuos detenten, todos y cada uno, la más perfecta formación estratégica, sino la que posea el mando más reflexivo y, a la vez, la tropa más disciplinada, más obediente y mejor instruida" (p. 510). En el ataque ideológico

al Parlamento, el ejército sirve de punto de arranque y de contraste (pp. 306-308): en éste hallamos responsabilidad absoluta, valor personal, capacidad de sacrificio, idealismo y entrega, fuerza de decisión, fe en la personalidad, fuerza y personalidad del propio pueblo; en aquél: irresponsabilidad, cobardía, egoísmo, codicia, materialismo, incapacidad de decisión, culto a las mayorías, embustera charlatanería sobre la fraternidad internacional. En vista de tales contrastes se impone la impresión de un pensamiento militarizador y la imagen de una sociedad militarizada. En cierto sentido, el lenguaje de Hitler refleja también el origen social de los partidarios del fascismo: E. Nolte, en *Der Faschismus i.s. Epoche*, p. 388, ha hecho notar exageradamente: "El nacionalsocialismo es, primariamente, una reacción ante una guerra perdida; el peso de los soldados es en él y a consecuencia de ello más fuerte desde el mismo comienzo, y, al contrario, los elementos socialistas son en el transcurso de todo el movimiento, de origen reformista y pequeño burgués". Más importante que el origen de ese vocabulario guerrero nos parece que es la función social que en el fascismo manifiesta.

24. *Der Kampf gegen den Liberalismus*, p. 37-38.

25. *Ibid.*, p. 46.

26. *Ibid.*, pp. 44 y ss. Véase W. Reich, *Massenpsychologie des faschismus*, pp. 86 y ss., en lo relativo a las causas sociopsicológicas del heroísmo, y su relación de la represión sexual y de "representaciones emocionalmente acentuadas de honor, deber, valentía y dominio de sí".

27. W. Benjamin, "Theorien des deutschen Faschismus. Zu der Sammelschrift 'Krieg und Krieger' ", en *Das Argument*, 30 (1964), ed. Ernst Jünger, p. 136.

28. Eleonore Sterling, *Er ist wie Du. Aus der Frühgeschichte des Antisemitismus in Deutschland (1815-1850)*, 1956. Sterling sigue la metamorfosis del antisemitismo de impronta teológica hasta dar en el de carácter político (pp. 75 y ss.). Corrientes antisemitas existían tanto en el liberalismo (pp. 88 y ss.) cuanto en el seno del movimiento conservador cristiano-germánico (pp. 118 y ss.). La forma más grávida de consecuencias y la más peligrosa fue, sin embargo, la del antisemitismo militante del artesanado independiente de la pequeña burguesía (pp. 118 y ss.). En esos círculos aparecen por primera vez las ideas del estado nacionalracista (*volkisch*) (pp. 135 y ss.), de la raza judía (pp. 139 y ss.) y, finalmente del exterminio de los judíos (pp. 142 y ss.). Paul V. Massing, *Vorgeschichte des politischen Antisemitismus, Frankfurter Beiträge z. Soziologie*, vol. 8, 1959 (*Rehearsal for Destruction*, Nueva York, 1949). La investigación de Massing muestra ante todo la manipulabilidad de las corrientes antisemitas al servicio de los más diversos fines y direcciones políticas (pp. 221 y ss.).

29. Peter G. J. Pulzer, *Die Entstehung des politischen Antisemitismus in Deutschland und Österreich 1867-1914*, 1966, pp. 109 y ss.

30. P. Massing, en *Vorgeschichte des politischen Antisemitismus*, pp. 21 y ss. y 80 y ss., ha elaborado esta diferencia de manera muy clara.

31. Margherita von Brentano, "Die Endlösung. Ihre Funktion in Theorie und Praxis des Faschismus", en *Antisemitismus. Zur Pathologie der bürgerlichen Gesellschaft*, ed. H. Hess y A. Schröder, 1965, pp. 35-76, *loc. cit.*, 56. Por lo que toca al carácter funcional del antisemitismo, en especial véase Th. W. Adorno y otros, *The Authoritarian Personality*, 1950, pp. 92 y ss. y 609 y ss. Eva G. Reichmann, en *Flucht in den Haß. Die Ursachen der deutschen Judenkatastrophe*, s.f. ha mostrado que la desaparición de los factores sociales objetivos del antisemitismo (rasgos sociales y económicos específicos de los grupos de población judíos) fue lo que creó las premisas para la manipulación psicológica y el antisemitismo colectivo.

32. M. v. Brentano, *Die Endlösung*, p. 56. También P. Massing, *Vorgeschichte d.pol. Antisemitismus*, pp. 103 y ss. y P. Pulzer, *Entstehung d.pol. Antisemitismus*, pp. 24 y ss.

33. M.v. Brentano, *Die Endlösung*, p. 59.

34. M. Horkheimer y Th. W. Adorno, *Dialektik d. Aufklärung*, p. 205. También Eva G. Reichmann, *Flucht in den Haß*, pp. 43 y ss.

35. M.v. Brentano, *Die Endlösung*, p. 59.

36. *Ibid.*, p. 46. M. Horkheimer y Th. W. Adorno, *Dialektik d. Aufklärung*. "Independientemente de cómo en verdad sean los judíos, su imagen, en cuanto imagen de lo superado, porta consigo los rasgos a los que esa dominación convertida en totalitaria ha declarado la guerra a muerte: la imagen de la felicidad desprovista de poder, la de la ganancia libre de trabajo, la de la patria carente de fronteras, la de la religión despegada del mito. El dominador odia esos rasgos porque son los que el dominado en secreto desea. Mas sólo puede existir aquél en tanto el dominado haga de eso mismo que añora objeto de su odio" (p. 234).

37. El mismo cúmulo de representaciones aparece ya en la carta que Hitler dirige a Gemlich el 16 de septiembre de 1919. Véase Ernst Deuerlein, *Hitlers Eintritt in die Politik und Reichswehr*, pp. 208 y ss.; en esa carta Hitler caracteriza el "obrar" de los judíos como "tuberculosis racial de los pueblos", p. 204. En el II Libro de *Mi lucha*, (p. 61 y ss.) se habla de "abscesos en el organismo popular", "incubadores de la mezcla de las sangres y la bastardización", "supurante lacra en la que el judío internacional, gusano de los pueblos, vive y cuida de labrar la definitiva podredumbre". En relación con esto habremos de entender también la cautela contra el "envenenamiento pacifista y democrático" del pueblo alemán (p. 64), contra "el envenenamiento bolchevique" (p. 153) y la "plaga bolchevique" (p. 191).

38. *Mi lucha*, p. 557: el hombre ario corporeifica "la victoria del pensamiento del trabajo creador", el cual siempre "ha sido y será eternamente antisemita". Al judío le falta "mentalidad idealista", "capacidad ideal de autosacrificio"; en una palabra, "la comprensión correcta del concepto trabajo" (p. 331). El reproche del materialismo pertenece a los más antiguos y profundos niveles del antisemitismo hitleriano. En la carta a Gemlich del 16 de septiembre de 1919 (*op. cit.*, p. 203) se afirma del ca-

rácter de los judíos que éste se basa "en la pura materia", que su "afán" "corre tras el dinero y el poder" (p. 204): "Todo lo que hace a los hombres luchar por cosas elevadas, llámese religión, socialismo, democracia, es en el judío un medio de conseguir dinero, y satisfacer su codicia y ambición". En el núcleo del discurso hitleriano "fundamentador" del antisemitismo tenemos (Reginald Phelps, *VfZg*, 16, 1968, pp. 390 y ss.) la diferenciación entre el concepto del trabajo del "ario, creador del Estado y la cultura" y el concepto del trabajo del "parásito judío". "Ser ario significa comprender moralmente el trabajo y mediante él todo eso que tanto repetimos hoy día: el socialismo, el sentido de lo común, el bien común antepuesto al egoísmo; ser judío significa entender el trabajo egoístamente y con ello el materialismo, el culto al dinero y lo contrario al socialismo" (p. 406).

39. Las afirmaciones del II Libro (pp. 220 y ss.) sobre la "esencia" de la "judería internacional" son similares: "El cometido último de la lucha por la vida de los judíos es, en ese proceso, el esclavizamiento de los pueblos productivos", y "el fin de la lucha universal del judío sería así siempre la sangrienta bolchevización, o sea, la aniquilación de las capas superiores espirituales ligadas al pueblo, de forma que él mismo se convierta en señor de una humanidad ya desprovista de guía".

40. M.v. Brentano, *Die Endlösung*, pp. 49 y ss.

41. Rudolph M. Loewenstein, *Pychoanalyse des Antisemitismus* 1968, página 41.

42. *Ibid.*

43. *Ibid.*, pp. 41 y ss. Eleonore Sterling en *Er ist wie Du*, ha relacionado el resultado de estas delirantes representaciones con la reacción del antiguo liberalismo y conservadurismo ante la Revolución de 1848, pp. 150 y ss. Por lo que hace a la función social fundamental del antisemitismo moderno y a sus formas socio-psicológicas de aparición, véase Th. W. Adorno y otros: *Authoritarian Personality*, pp. 603 y ss.

44. M.v. Brentano, *Die Endlösung*, p. 50. E. Nolte ha apuntado también a la relación existente entre el antisemitismo y las visiones de la decadencia, *Der Faschismus i.s. Epoche*, pp. 486 y ss.

45. M. Horkheimer, *Die Juden in Europa*, pp. 116 y ss.

46. *Ibid.*, p. 122.

Manipulación e interés

1. Consúltese, en lo relativo a las características estilísticas individuales, el extraordinario reasunto de E. Seidel e I. Slotty, *Sprachwandel im Dritten Reich*, pp. 144-153.

2. Gerhard Schulz, en la obra de Bracher, Sauer y Schulz (pp. 377 y ss.) ha hecho hincapié en el significado de las ideas de Ernst Jünger y su noción de la movilización total (*totale Mobilmachung*) para la teoría y la

práctica fascista. Por lo que toca a las influencias espirituales y personales que operaron sobre Hitler, véase E. Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, pp. 398 y ss. Kurt Sontheimer en *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik. Die politischen Ideen des deutschen Nationalismus zwischen 1918 und 1933*; 1962; pp. 169 y ss., ha llamado la atención sobre la relación existente entre las corrientes antidemocráticas contemporáneas a Hitler y la *Weltanschauung* de éste en sus contenidos centrales. La aseveración de Maser en su libro *Hitlers Mein Kampf*, p. 77, según la cual "hasta julio de 1921 (y, después, especialmente desde diciembre de 1923 hasta diciembre de 1924, en prisión) Hitler indudablemente leyó más que la mayoría de los intelectuales y académicos de su tiempo" se fundamenta en el testimonio problemático de anteriores jerarcas del partido y, en cuanto tal, es cuestionable. De todas maneras, sus apreciaciones generales sobre las influencias espirituales que operaron sobre Hitler son importantes, *ibid.*, pp. 71 y ss.

3. Alexander Bein, "Der jüdische Parasit", en *VfZg* 13 (1965), pp. 121 y ss.

4. Theodor W. Adorno, *Neue Deutsche Hefte*, 1959 (citado en Karl Korn, *Sprache in der verwalteten Welt*, prefacio, p. 1).

5. M. Horkheimer, *Die Juden in Europa*, p. 128.

6. H. Marcuse, *Der Eindimensionale Mensch*, p. 110.

7. Roland Barthes, *Mythen des Alltags*, 1964, p. 27.

8. M. Horkheimer, *Die Juden in Europa*, p. 133.

9. Johannes Agnoli y W. Brückner, *Die Transformation der Demokratie*, 1967. Si a las instituciones democráticas les queda hoy día una apariencia de legitimación y la conservación de unas formas exteriores, se debe a que la concentración del capital y el crecimiento en poder de la industria pesada, por un lado, y el disciplinamiento y mediatización de la clase trabajadora y de las clases medias por el otro, se puede lograr en virtud de los medios políticos y estatales existentes; sobre este punto, así como sobre la desigual estructura de salarios y de fortuna existentes en la República Federal Alemana, véase Jörg Huffschmid, *Die Politik des Kapitals. Konzentration und Wirtschaftspolitik in der Bundesrepublik*, 1969, pp. 11 y ss. y pp. 36 y ss.

10. La psicología de masas sigue basándose aún hoy en Freud, "Massenpsychologie und Ich-Analyse", en *Das Unbewußte. Schriften zur Psychanalyse*, 1960, pp. 217 y ss., quien fue el primero que apuntó a la sustitución de la imagen del padre individual por una imagen colectiva como el proceso decisivo en la educación de las masas. En lo relativo al papel del miedo en los procesos de integración colectiva, véase Franz Neumann, *Demokratischer und autoritärer Staat. Studien zur pol. Theorie*, 1967, pp. 261 y ss.

11. Th. W. Adorno *u.a.*, *The Authoritarian Personality*, *passim*.

12. Talcott Parsons, "Demokratie und Sozialstruktur in Deutschland vor der Zeit des Nationalsozialismus", en *T. P. Soziologische Theorie*, 1964,

pp. 256-281, en especial pp. 270 y ss.

13. El síndrome autoritario en Hitler ha sido cuidadosamente estudiado por Erik H. Erikson, *Childhood and Society*, Penguin, 1967², pp. 317 y ss.

14. Leo Löwenthal y Norbert Gutermann, *Agitation und Ohnmacht*, pp. 14 y ss. Sobre el mismo tema son fundamentales las observaciones de Erich Fromm en *Die Furcht vor der Freiheit*, p. 137 y ss. y 203 y ss.

15. Leo Löwenthal y Norbert Gutermann, *Agitation und Ohnmacht*, p. 32.

16. *Ibid.*, pp. 42 y ss.

17. *Ibid.*, pp. 51 y ss.

18. Reinhard Kühnl, Rainer Rilling y Christine Sager, *Die NPD, Struktur Ideologie und Funktion einer neofaschistischer Partei*, 1969, p. 79.

19. *D. N. (Deutsche Nachrichten)*, 6.1.1968: "La matriz originaria del caos no conoce frontera alguna, todo aparece confuso, mezclado, ni valor ni carencia de valor, ni virtud ni vicio son distinguibles. Luz y sombra proyectan una gris y sucia unidad; la mediocridad es garantía del éxito, la bajeza tiene todas las oportunidades, la excelencia ninguna, sólo la de achicarse y envilecerse. Lo horizontal impera. Lo vertical, lo inspirado, el gótico de nuestras catedrales [...], todo eso hace desaparecer [...]. Con todo, las milenarias presas del orden aún se mantienen; mas ¿por cuánto tiempo aún? En el Este la más brutal tiranía del mundo espera su momento, aguarda a que se rompa el gran dique y con sorna aplaude y apoya a los propagandistas del caos. (Cit. *apud* R. Kuhln y otros, *Die NPD*, p. 88).

20. Wulf D. Hund, "Zur Spruche der NPD. Eine analyse des Pateisorgans Deutsche Nachrichten", en: *Blatter fur deutsche und internationale Politik*, 13, 1968, p. 186.

21. R. Kühnl y otros, *Die NPD*, p. 103, nota 95.

22. *DN* (19 enero 1968), cit. por R. Kühnl y otros, *Die NPD*, p. 184.

23. R. Kühnl y otros, *Die NPD*, p. 186 ss.

24. Ibid., p. 192 y ss.

25. *Ibid.*, p. 189. F. J. Strauss estaba destinado a expresar el potencial fascista del odio a los intelectuales. En relación con las elecciones generales de 1969 se pronunció en el *Bayernkurier* (40, 1969), contra toda evidencia: sobre "el masivo boicot (a su partido) por parte de la prensa, la radio y la televisión", sobre "el frente de unión de los publicistas" y los "fabricantes de la opinión pública". Sin embargo "el sano instinto político del pueblo [...] no se dejó engañar". En relación con esto han de recordarse los reiterados llamamientos por parte de los políticos al público, tendentes a la "autoavuda" con respecto a las minorías de manifestantes y a la acción de las "gentes de orden" de las organizaciones de la CDU y de la NPD en el transcurso de las elecciones de 1969; véanse a este respecto *FR* [*Frankfurter Rundschau*] del 28 y 30-7-1969 (*NPD-Terror*); *FR* del 13-9-69; *Praktik der CDU/CSU*.

26. R. Kühnl y otros, *Die NPD*, p. 190. Marcel Hepp en el *Bayernku-*

rier de 1969 caracteriza de igual forma a los miembros de la oposición extraparlamentaria: "Canallas, populacho izquierdoso, el arroyo, intelectuales arrogantes, revolucionarios imberbes, Neo Revoluzzer, Rowdies, Radikalinskis, Rocker, Pendencieros, Fascistas de izquierda, hordas de vándalos degenerados". Véase D. E. Zimmer en *Die Zeit*, 37, 1969.

27. R. Kühnl y otros, *Die NPD*, p. 300, nota 20.
28. *Ibid.*
29. *Der Spiegel*, 31, 1969.
30. R. Kühnl y otros, *Die NPD*, p. 300, nota 20. La concordancia entre la CSU de F. J. Strauss y la NPD se extiende a muchos otros extremos importantes en lo relativo a metas sociales y de poder; véase a este respecto Conrad Taler "Menetekel Harzburger Front", en *Blätter fur deutsche und internationale Politik*, XIV, 1969, pp. 695 y ss. Lo mismo es válido para la cadena de periódicos Springer; véase R. Kühnl, *Deutschland zwischen Demokratie und Faschismus*, 1969, pp. 123 y ss.
31. Kurt Georg Kiesinger el 22-I-1969 se expresó de la siguiente forma ante la "Unión de Comerciantes de Münster de 1835" (*Bulletin des Presse– und Informationsamtes der Bundesregierung* 9, 24-1-1969): "Esto se extiende como una plaga por todo el mundo. Si ustedes han leído los periódicos de los últimos días, sabrán que tanto el antiguo como el nuevo presidente de los Estados Unidos hubieron de ser protegidos por cordones policiales contra los manifestantes, que tienen la misma catadura física y espiritual que los nuestros". La referencia a una conjura mundial se revela cuando Kiesinger prosigue: "En Viena, donde hasta ahora todo era calma, la llegada del Sha de Persia ha inducido a elementos manipulados desde fuera a organizar sus manifestaciones. Señores: no nos dejemos engañar. Lo que tenemos ante nosotros es el trabajo de una minoría en nuestras universidades empeñada en el asalto más decidido a nuestro orden social y estatal".

Rica en consecuencias es la comparación entre la versión oficial de este discurso y su grabación en cinta. En el original se muestran las tendencias fascistas en toda su pureza: la denuncia sin el disfraz del "estadista": "manifestantes con el mismo corte de pelo y de barba y la misma catadura espiritual", "los mismos tramoyistas que entre nosotros desencadenaron en Berlín aquella maldita cadena de manifestaciones". Y amenaza abierta al uso de la fuerza por parte de los trabajadores, que se convierten ahora en fuerza de sostén de la clase dominante: "Así, lo que ha sacudido a Francia hasta sus cimientos no acaecerá entre nosotros, ante todo porque nuestros trabajadores están satisfechos con sus condiciones de vida y por eso se oponen decididamente a todas esas gentes", "y sólo haría falta una palabra [...] para que los trabajadores salieran a la calle". "La gente sabe muy bien que ahora va en serio y que nosotros jamás permitiremos una escalada de la violencia"; "eso habrá de suceder antes o después en Münster y la llama se irá encendiendo aquí y allí [...] hasta que acabemos con ellos de una vez por todas y en todos los países". Véase Hellmut Geissner, *Rede*

in der Öffentlichkeit. Eine Einführung in die Rhetorik, 1969, pp. 71 y ss. (Apéndice), *loc. cit.*, pp. 77, 78, 79.

32. R. Kühnl y otros, *Die NPD*, p. 300, nota 20.

33. *Ibid.*, p. 198.

34. *Ibid.*, p. 301, nota 24.

35. *Bayernkurier*, 31, 1969.

36. W. Reich ha analizado cuán fácilmente cuadra con esos supuestos la disposición psicológica e ideológico-moral de la clase media pequeñoburguesa en su obra *Massenpsychologie des Faschismus*, p. 65 y ss.

37. Reinhard Opitz, ("Der grosse Plan der CDU: Die 'Formierte Gesellschaft'", en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 1965 (Fascículo 9, también como *separata* en la serie *Argumente zur Zeit* 17) revela el "proceso de formación espiritual" con su objetivo de lograr una "conciencia global de la sociedad" en cuanto expresión de una más astuta política alemana de gran potencia, que tenga en cuenta los errores de la era hitleriana, el progreso técnico y la situación general tanto exterior como interior. Los fundamentos, pues, han cambiado, pero el fin sigue siendo el mismo. Los modernos kapos de la industria del año 1965 no desean por supuesto aquel anticuado fascismo de 1933; lo que sí quieren es un fascismo "adecuado a los tiempos", esto es, que cuadre, con las condiciones tecnológicas y políticas de los años 1965 a 1970"; p. 24. Jörg Huffschmid en *Die Politik des Kapitals*, pp. 114 y ss. muestra de forma impresionante que lo mismo es válido para Karl Schiller con su ideario de la "global dirección económica", aunque su formulación sea más moderada.

38. J. Habermas, *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, 1965², pp. 236 y ss. por lo que se refiere al "tipo del consumidor político". Con relación a las causas sociopsicológicas de la adaptación social, que es como lo que hoy se nos aparece la integración, cf. Klaus Horn, "Zur Formierung der Innerlichkeit. Demokratie als psychologisches Problem", en *Der CDU-Staat. Studien zur Verfassungswirklichkeit der Bundesrepublik*, editado por G. Schaffer y C. Nedelmann, 1967, pp. 182 y ss., y, además, "Über den Zusammenhang zwischen Angst und politischer Apathie", en H. Marcuse y otros: *Aggression und Anpassung in der Industriegesellschaft*, 1968, pp. 59 y ss. Cuando Horn caracteriza ahí el proceso de adaptación como "arcaico efecto de conjunto de parciales impulsos instintivos y modelos de roles" (p. 67), está describiendo con meridiana exactitud el mecanismo psicológico del lenguaje y la ideología fascista.

39. Oskar Negt en *"In Erwartung der autoritären Leistungsgesellschaft"*, en *Der CDU-Staat*, (pp. 100 y ss.), ha mostrado que la tendencia a abocar en "una integración autoritaria" (p. 204), desde ese trasfondo de "imperceptible ecuación entre modos de pensar militares y civiles" (p. 204) determina la concepción social que de sí mismas tienen las clases dirigentes en lo económico y lo militar. Con ello su *desideratum* político es, como con el fascismo clásico, el de lograr "una comunidad popular (*Volksgemeinschaft*), sin clases, pero bajo las duraderas condiciones de la estructura

de dominación existente en una sociedad con clases" (p. 210). El discurso de Kurt Georg Kiesinger pronunciado ante el VIII Congreso Superior del *Deutscher Bundeswehr-Verband* (Asociación del ejército federal) el 18 de junio de 1969 y publicado en el *Bulletin des Presse- und Informationsamtes der Bundesregierung*, n.º 82, 24-6-1969, en el cual se llama al ejército federal "gran escuela de la nación", representa en las líneas rectoras de su pensamiento sólo un testimonio especialmente claro de la mentalidad autoritaria y tendencialmente fascista. Por lo que respecta al nuevo nacionalismo, véanse los análisis de los discursos de Strauß, Mende, Gerstenmaier y Erhard contenidos en el trabajo de Kurt Sontheimer *Die Wiederkehr des Nationalismus in der BRD*, editado por la Central para Formación política del Land de Hesse, 1966; asimismo en *Tribüne* 5 (1966) fascículo 18, pp. 1916 y ss.

Para calibrar la dimensión de las tendencias fascistas en la República Federal (o sea, métodos terroristas de dominación, ideología fascista, defensa de los privilegios económicos y políticos de las clases dominantes), véase R. Kühnl, *Deutschland zwischen Demokratie und Faschismus*, pp. 111 y ss., y pp. 159 y ss.

40. Urs Jaeggi, *Macht und Herrschaft in der Bundesrepublik*, 1969, p. 195.

41. Herbert Marcuse, *Der Kampf gegen den Liberalismus*, p. 43.

42. "Das Kunstwerk in Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit", en Walter Benjamin, *Illuminationen. Ausgewählte Schriften*, 1961, pp. 174 y ss.

43. Walter Jens, *Von deutscher Rede*, 1969, p. 22.

44. Walter Jens, *Von deutscher Rede*, *passim* y en el trabajo de M. Horkheimer *Egoismus und Freitsbewegung*.

45. Walter Jens, *Von deutscher Rede*, p. 32.

46. Que este cambio concierne al conjunto del liberalismo europeo lo ha mostrado J. Habermas en la mutación funcional de la realidad política: véase *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, pp. 91 y ss. y pp. 143 y ss. En lo referente a este desarrollo en Alemania, véanse los trabajos de Eckart Kehr en *Der Primat der Innenpolitik*, edit. H. U. Wehler y 1965 y Helga Grebing, "Nationalismus und Demokratie in Deutschland", en I. Fetscher, H. Grebing y otros, *Rechtsradikalismus*, 1967, p. 31 y ss. Grebing habla aptamente de la "feudalización de la burguesía" (p. 45).

47. Max Horkheimer, *Egoismus und Freiheitsbewegung*, p. 41.

ÍNDICE

Prefacio 7

Fascismo, capitalismo y crítica del lenguaje . . 11

Lenguaje y propaganda: *Mi lucha* 29

Lenguaje e ideología: *Mi lucha* 65

Manipulación e interés 107

Notas 121

El presente estudio de Lutz Winckler, profesor de la Universidad de Würzburg, pretende ser una aportación a la teoría del fascismo. Sus interrogantes apuntan al contenido social de la ideología fascista y su relación con el lenguaje, relación que está mediatizada en lo económico, histórico, institucional, psicológico y semántico. Por ello rechaza la vecina equiparación entre lenguaje y realidad fascistas. Esta última no puede explicarse mediante la simple exposición de la lengua empleada. Y la barbarie fascista tampoco se limita al "imperialismo de la palabra", en expresión de Karl Kraus. Sólo una historia de los efectos de la lengua bajo el fascismo podría sacar a la luz la verdad parcial de tales equiparaciones. Tal investigación está aún por hacer y el presente trabajo es, cuanto menos, un paso en ese camino.

ariel quincenal